



# LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Lectulandia

Durante el tiempo que pasó en la cárcel Rosa Luxemburgo escribió una de sus obras más célebres: *La crisis de la socialdemocracia*, conocida también como *Panfleto Junius*. En ella explicaba que el conflicto bélico no poseía un carácter defensivo frente al zarismo ruso, sino que constituía una guerra imperialista surgida de las contradicciones y necesidades del desarrollo del capitalismo; y afirmaba: «*La demencia no tendrá fin, la masacre no se detendrá hasta que los obreros de Alemania, Francia, Rusia e Inglaterra despierten de su embriaguez, se estrechen fraternalmente las manos y ahoguen el coro brutal de los agitadores belicistas y el grito de las hienas capitalistas bajo el poderoso grito del trabajador: ¡Proletarios del mundo, uníos!*».

**Lectulandia**

Rosa Luxemburgo

# **La crisis de la socialdemocracia**

ePub r1.0

Blok 07.02.15

Título original: *Die Krise der Sozialdemokratie*  
Rosa Luxemburgo, 1916  
Traducción: Fundación Federico Engels  
Diseño de cubierta: Orkelyon

Editor digital: Blok  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# I. Cambio de escena

La escena ha cambiado fundamentalmente. La marcha de seis semanas sobre París ha degenerado en un drama mundial<sup>[1]</sup>; la carnicería se ha convertido en fatigosa y monótona operación cotidiana, sin que se haga avanzar o retrasar la solución. La política burguesa está en un callejón sin salida, atrapada en su propio cepo; los fantasmas invocados ya no pueden ser conjurados.

Ha pasado el delirio. Ha pasado el bullicio patriótico de las calles, la caza a los automóviles de lujo, la continua sucesión de falsos telegramas, las fuentes envenenadas con bacilos de cólera, los estudiantes rusos que arrojaban bombas desde todos los puentes del ferrocarril de Berlín, los franceses que venían sobre Nuremberg, los excesos callejeros de la muchedumbre husmeando espías, las oleadas humanas en los cafés, en donde una música ensordecedora y las canciones patrióticas alcanzaban los tonos más elevados; poblaciones urbanas enteras se convertían en chusma, dispuestas a denunciar, a violar a las mujeres, a gritar ¡hurra! y a llegar al delirio propagando absurdos rumores; una atmósfera de crimen ritual, un ambiente de Kichinev, en donde el guardia en la esquina era el único representante de la dignidad humana.

La dirección escénica ha desaparecido. Los sabios alemanes, esos «lémures vacilantes», hace tiempo que se retiraron a su madriguera. Los trenes de reservistas ya no son acompañados del júbilo bullicioso de las jóvenes que se lanzaban en pos de ellos, ni tampoco saludan al pueblo con alegres sonrisas desde las ventanillas; andan despaciosamente, con su macuto en la mano, por las calles donde los transeúntes se dirigen con abatidos rostros a sus quehaceres cotidianos.

En la severa atmósfera de estas tristes jornadas se escucha un coro muy distinto: el grito ronco de los buitres y de las hienas sobre el campo de batalla. ¡Garantizadas 10 000 tiendas de campaña de reglamento! ¡Se pueden entregar inmediatamente 100 000 kilos de tocino, de cacao en polvo, de sustitutos de café, pagando al contado! ¡Granadas, tornos, cartucheras, arreglos matrimoniales para las viudas de los soldados caídos, cinturones de cuero, intermediarios para los abastecimientos del ejército... sólo se aceptan ofertas serias!

La carne de cañón cargada de patriotismo en agosto y septiembre, se descompone ahora en Bélgica, en los Vosgos y en Masuria, en campos de exterminio, donde las ganancias de la guerra rezuman en los hierbajos. Se trata de llevar rápidamente la cosecha al granero. Sobre el océano se extienden miles de manos codiciosas para participar en el reparto.

Los negocios prosperan sobre las ruinas. Las ciudades se convierten en montones de escombros; las aldeas, en cementerios; las iglesias, en caballerizas; el derecho internacional, los tratados estatales, las alianzas, las palabras más sagradas, las mayores autoridades se desintegran; todo soberano por la gracia de Dios considera a

su igual del campo contrario como infeliz y perjuro; todo titulado ve al colega del otro bando como canalla consumado; todo gobierno considera a los demás como una maldición de su propio pueblo y los entrega al desprecio general; y los tumultos causados por el hambre en Venecia, en Lisboa, en Moscú y en Singapur; y la peste se extiende en Rusia, y la miseria y la desesperación reinan por doquier.

Cubierta de vergüenza, deshonrada, chapoteando en sangre, nadando en cieno: así se encuentra la sociedad burguesa, así es ella. No como cuando, delicada y recatada, simula cultura, filosofía, y ética, orden, paz y estado de derecho, sino como bestia predatoria, como cazadora de brujas de la anarquía, como peste para la cultura y para la humanidad: así se muestra en su verdadera figura al desnudo.

Y en medio de esa caza de brujas se produce una catástrofe histórico-mundial: la capitulación de la socialdemocracia internacional. Engañarse al respecto, encubrirlo, sería lo más insensato, lo más funesto que podría sucederle al proletariado. «El demócrata (es decir, el pequeñoburgués revolucionario) —decía Marx— sale de la más vergonzosa derrota tan puro e inocente como cuando entró en ella, con el convencimiento recién adquirido de que debe triunfar, no de que él mismo y su partido deben superar sus antiguos puntos de vista, sino todo lo contrario, que las circunstancias han de evolucionar a su favor».

El proletariado moderno saca otras conclusiones de las pruebas históricas. Sus errores son tan gigantescos como sus tareas. No tiene un esquema predeterminado y válido para siempre, ni un jefe infalible que le muestre la senda por la que ha de marchar. La experiencia histórica es su único maestro, el camino de espinas hacia su propia liberación no sólo está empedrado de padecimientos ingentes, sino también de innumerables errores. La meta de su viaje, su liberación, depende de que el proletariado sepa aprender de sus propios errores. La autocrítica más despiadada, cruel y que llegue al fondo de las cosas, es el aire y la luz vital del movimiento proletario. El caso del proletariado socialista en la actual guerra mundial es inaudito, es una desgracia para la humanidad. El socialismo estaría perdido si el proletariado internacional no valorara en su justa medida la profundidad de esta caída, y no quisiera extraer sus enseñanzas.

Lo que ahora está en cuestión es toda la etapa que abarca los últimos 45 años de desarrollo del moderno movimiento obrero. Asistimos a la crítica, al balance de nuestro trabajo desde hace ya casi medio siglo. La tumba de la Comuna de París cerró la primera fase del movimiento obrero europeo y de la Primera Internacional. Comenzó entonces un nuevo período. En lugar de revoluciones espontáneas, de insurrecciones, de luchas de barricadas, tras las cuales el proletariado recaía en estado de pasividad, comenzó la lucha diana sistemática, la utilización del parlamentarismo burgués, la organización de masas, el enlace de la lucha económica con la lucha política, y del ideal socialista con la defensa tenaz de los intereses cotidianos más inmediatos. Por vez primera la causa del proletariado y de su emancipación se vio iluminada por el norte de una doctrina rigurosamente científica. En lugar de sectas,

escuelas, utopías y experimentos llevados a cabo en cada país por cuenta propia surgía una base teórica uniforme e internacional que entrelazaba los países como se entrelazan las páginas de un libro. La teoría marxista dio a la clase obrera de todo el mundo una brújula para que se orientara por el torbellino de los acontecimientos cotidianos, para que dirigiera en todo el mundo la táctica de lucha hacia la inamovible meta final.

Fue la socialdemocracia alemana la portadora, defensora y guardiana de ese nuevo método. La guerra de 1870 y la derrota de la Comuna de París trasladaron el centro de gravedad del movimiento obrero europeo a Alemania. Al igual que Francia había sido el lugar clásico durante la primera fase de la lucha de clases proletaria, y al igual que París fue el corazón palpitante y sangrante de la clase obrera europea de aquella época, del mismo modo la clase obrera alemana se convirtió en la vanguardia durante la segunda fase. A costa de los innumerables sacrificios del infatigable trabajo cotidiano, se creó la más fuerte y modélica organización, la prensa más numerosa, se dio vida a los más eficaces medios de educación e ilustración, agrupó en torno suyo a poderosas masas de electores y conquistó las más numerosas representaciones parlamentarias. La socialdemocracia alemana era considerada la más pura encarnación del socialismo marxista. Tenía y exigía un puesto especial como maestra y guía de la Segunda Internacional. Federico Engels escribía en 1895, en su famoso prólogo a la obra de Marx, *La lucha de clases en Francia*: «Independientemente de lo que pueda suceder en otros países, la socialdemocracia alemana goza de una posición especial y tiene por ello, al menos de momento, también una tarea especial. Los dos millones de electores que envía a las urnas, juntamente con los jóvenes no electores de ambos sexos que la apoyan, forman la masa más numerosa y compacta, decisiva ‘fuerza de choque’ del ejército proletario internacional». La socialdemocracia alemana fue, como escribía el *Wiener Arbeiterzeitung* el 15 de agosto de 1914, «la perla de la organización del proletariado con conciencia de clase». Sus huellas fueron seguidas asiduamente por la socialdemocracia francesa, italiana y belga, por el movimiento obrero de Holanda, de los países escandinavos, de Suiza y de los Estados Unidos. Los países eslavos, los rusos, los socialdemócratas balcánicos, la contemplaban con una admiración sin límites y casi exenta de crítica. En la Segunda Internacional, la «fuerza de choque» alemana desempeñaba el papel principal. En los Congresos, en las sesiones del Buró de la Internacional Socialista, todo reposaba en la opinión de los alemanes. Sí, hasta en las cuestiones de la lucha contra el militarismo y la guerra siempre era decisiva la opinión de la socialdemocracia alemana. «Para nosotros, alemanes, esto es inaceptable», esto bastaba, por lo general, para determinar la orientación de la Internacional. Con una confianza ciega se entregaba a la dirección de la admirada y poderosa socialdemocracia alemana; era el orgullo de todo socialista y el terror de las clases dominantes de todos los países.

¿Y qué presenciamos en Alemania cuando llegó la gran prueba histórica? La

caída más profunda, el desmoronamiento más gigantesco. En ninguna parte la organización del proletariado se ha puesto tan completamente al servicio del imperialismo, en ninguna parte se soporta con menos oposición el estado de sitio, en ninguna parte está la prensa tan amordazada, la opinión pública tan sofocada y la lucha de clases, económica y política de la clase obrera, tan abandonada como en Alemania.

Pero la socialdemocracia alemana no era únicamente la vanguardia más poderosa, era también el cerebro pensante de la Internacional. Por eso debemos aplicar a ella y a su caso el análisis, el proceso de autorreflexión. Tiene el deber de tomar la iniciativa de la salvación del socialismo internacional, es decir, ser la primera en proceder a una autocrítica despiadada. Ningún otro partido, ninguna otra clase de la sociedad burguesa puede demostrar ante todo el mundo los propios errores y las propias debilidades en el diáfano espejo de la crítica, pues el espejo refleja, al mismo tiempo, los límites históricos de su futuro y la fatalidad histórica de su pasado. La clase obrera puede, sin temor, mirar la verdad cara a cara, hacerse la más amarga autocrítica, pues sus debilidades son sólo un ofuscamiento; la rígida ley de la historia le devuelve la fuerza, le garantiza su victoria final.

La autocrítica despiadada no es únicamente un derecho vital, sino el deber supremo de la clase obrera. ¡A bordo de nuestro barco llevamos los tesoros más grandes de la humanidad, cuya custodia fue legada al proletariado! Y mientras la sociedad burguesa, avergonzada y deshonrada por la orgía sangrienta, sigue avanzando hacia su destrucción, el proletariado internacional debe reaccionar y reaccionará para salvar los tesoros que él, en el furioso torbellino de la guerra mundial y en un momento de ofuscación y debilidad, dejó que se hundieran en el abismo.

Una cosa es cierta: la guerra mundial representó un viraje en la historia mundial. Sería una insensatez pensar que sólo necesitamos sobrevivir a la guerra, como liebre que espera el final de la tormenta bajo el matorral, para proseguir después alegremente la antigua andadura. La guerra mundial ha transformado las condiciones de nuestra lucha y, sobre todo, a nosotros mismos. No se trata de que las leyes fundamentales del desarrollo capitalista o de la guerra a muerte entre el capital y el trabajo hayan sufrido una desviación o apaciguamiento. Ya hoy, en medio de la guerra, caen las máscaras y nos sonrían irónicamente los antiguos rostros conocidos. Pero el ritmo del desarrollo ha recibido un poderoso impulso con la erupción del volcán imperialista; la violencia de los enfrentamientos en el seno de la sociedad, la magnitud de las tareas que se presentan al proletariado socialista a corto plazo, todo esto hace aparecer como un dulce idilio a todo lo que había venido ocurriendo hasta ahora en la historia del movimiento obrero.

Históricamente, esta guerra estaba llamada a promover poderosamente la causa del proletariado. En Marx, que descubrió con visión profética tantos aspectos históricos en el seno del futuro, se encuentra el siguiente notable párrafo, en su libro



### *La lucha de clases en Francia:*

«En Francia, el pequeñoburgués hace lo que normalmente tendría que hacer el burgués industrial (luchar por los derechos parlamentarios); el obrero hace lo que debería ser tarea del pequeñoburgués (luchar por la república democrática); y la misión del obrero, ¿quién la cumple? Nadie. En Francia no se lleva a cabo, sólo se proclama. No se realiza en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales. La guerra de clases en el seno de la sociedad francesa se transforma en una guerra mundial en la que se enfrentan las naciones. La solución sólo comenzará cuando el proletariado, mediante una guerra mundial, sea llevado a dirigir el pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir Inglaterra. La revolución no encuentra aquí su meta, sino su comienzo organizativo, no es una revolución de cortos vuelos. La generación actual se parece a los judíos que conducía Moisés por el desierto. No sólo ha de conquistar un mundo nuevo, sino que debe perecer para dejar sitio a los hombres que crecerán en un mundo nuevo».

Esto fue escrito en 1850; en una época en la que Inglaterra era el único país capitalista desarrollado, el proletariado inglés, el mejor organizado y el que parecía llamado, por el auge económico de su país, a dirigir a la clase obrera internacional. Léase en lugar de Inglaterra: Alemania, y las palabras de Marx son una predicción genial de la actual guerra mundial. Estaba ésta destinada a poner al proletariado alemán a la cabeza del pueblo y, con ello, a producir «un comienzo organizativo» para el gran enfrentamiento internacional generalizado entre el trabajo y el capital en torno al poder político del Estado.

¿Y habíamos imaginado acaso de forma diferente el papel que desempeñaría la clase obrera en la guerra mundial? Recordemos cómo describíamos el porvenir hace todavía muy poco tiempo:

«Entonces vendrá la catástrofe. Sonará en Europa la hora de la gran marcha final en la que de 16.000 000 a 18.000 000 de hombres, flor y nata de diferentes naciones, equipados con los mejores instrumentos de muerte, entrarán en campaña como enemigos. Pero, en mi opinión, tras esa gran marcha general se encuentra la gran derrota. Y no vendrá por nosotros, vendrá por su propio peso. Llevan las cosas al extremo, conducen a la catástrofe. Cosecharán lo que han sembrado. El ocaso de los dioses del mundo burgués está en marcha. Estad seguros: ¡Está en marcha!».

Así hablaba en el Reichstag, durante el debate sobre Marruecos, Bebel, el representante de nuestra fracción.

El folleto del partido *¿Imperialismo o Socialismo?* que fue difundido hace algunos años por centenares de miles de ejemplares, concluía con las siguientes palabras:

«La lucha contra el imperialismo se convierte cada vez más en una lucha decisiva entre el capital y el trabajo. ¡Peligro de guerra, encarecimiento de la vida y capitalismo, o paz, bienestar para todos, socialismo! Ésta es la alternativa. La historia se encuentra ante grandes decisiones. El proletariado debe trabajar incansablemente

en su tarea histórico-mundial, fortalecer el poder de su organización y la claridad de sus conocimientos. Suceda lo que suceda, o bien tiene fuerza para conseguir ahorrar a la humanidad el terrible espanto de una guerra mundial, o bien se hundirá el mundo capitalista en la historia de la misma forma en que nació, es decir, en sangre y violencia: el momento histórico encontrará preparada a la clase obrera, y el estar preparada es todo».

En el oficial *Manual de los electores socialdemócratas* de 1911, publicado con motivo de las últimas elecciones al Reichstag, se puede leer en la página 42 lo siguiente sobre la esperada guerra mundial:

»¿Creen nuestros gobernantes y clases dominantes que pueden imponer a los pueblos esa monstruosidad? ¿No se apoderará de los pueblos un grito de horror, de ira y de indignación, llevándolos a terminar con este asesinato?

»¿No preguntarán: para quién, por qué todo esto? ¿Somos, acaso, enfermos mentales para ser tratados así? ¿O para qué nos dejamos tratar así?

»Quien reflexione sosegadamente sobre la probabilidad de una gran guerra europea no podrá llegar a otras conclusiones que las aquí expuestas. La próxima guerra europea se jugará el todo por el todo, un juego como el mundo no ha visto hasta ahora; será, según todas las predicciones, la última guerra».

Con este lenguaje y con estas palabras hicieron su propaganda para conseguir 110 escaños nuestros actuales diputados en el Reichstag. Cuando en el verano de 1911 el salto de pantera sobre *Agadir*<sup>[2]</sup> y la ruidosa campaña difamatoria del imperialismo alemán habían hecho inminente el peligro de guerra europea, una asamblea internacional, reunida en Londres el 14 de agosto, tomaba la siguiente resolución:

«Los delegados alemanes, españoles, ingleses, holandeses y franceses de las organizaciones obreras declaran estar dispuestos a rechazar, por todos los medios a su alcance, toda declaración de guerra. Toda nación representada contrae la obligación, de acuerdo con las resoluciones de sus Congresos Nacionales y de los Internacionales, a actuar en contra de todas las intrigas criminales de las clases dominantes».

Pero cuando en noviembre de 1912 se reunía en Basilea el Congreso de la Internacional, cuando llegaba a la catedral la gran comitiva de representantes obreros<sup>[3]</sup>, un estremecimiento de horror sacudió el pecho de todos los presentes ante la magnitud del momento crucial que se acercaba y surgió una decisión heroica.

El frío y escéptico Víctor Adler, exclamó:

»Camaradas, lo más importante es que aquí encontremos la raíz común de nuestra fuerza, que de aquí nos llevemos la energía para que cada uno haga en su país lo que pueda, con las formas y medios que tengamos, con todo el poder que poseemos, para oponernos a esta guerra criminal. Y si llegara a declararse, si verdaderamente llegara a consumarse, entonces hemos de procurar que sea una primera piedra, la primera piedra del final.

»Éste es el espíritu que anima a toda la Internacional.

»Y cuando el asesinato, el incendio y la pestilencia se extiendan por la civilizada Europa... sólo podemos pensar con horror en ello, y la indignación y el espanto invaden nuestros pechos. Y nos preguntamos: ¿son, acaso, los hombres, los proletarios, borregos que pueden ser conducidos estúpidamente al matadero...?».

Troelstra habló en nombre de las «pequeñas naciones» y en nombre de Bélgica:

«El proletariado de los países pequeños se encuentra en cuerpo y alma a disposición de la Internacional en todo lo que decida para alejar el peligro de la guerra. Expresamos la esperanza de que cuando las clases dominantes de los grandes Estados llamen a las armas a los hijos del proletariado para saciar las ansias de poder de su gobierno en la sangre y en la tierra de los pueblos pequeños, entonces, los hijos de los proletarios, bajo la poderosa influencia de sus padres proletarios; de la lucha de clases y de la prensa proletaria, lo pensarán tres veces antes de hacerles algún daño a sus hermanos, a sus amigos, a nosotros, por ponerse al servicio de esa empresa enemiga de la civilización».

Y Jaurés, después de que hubo leído el manifiesto contra la guerra en nombre del Buró de la Internacional, cerraba su discurso con estas palabras:

«¡La Internacional representa a todas las fuerzas honestas del mundo! Y si llega la hora trágica, en la que nos entregaremos sin reservas, esa conciencia nos sostendrá y nos fortalecerá. No es hablar por hablar, no, desde lo más profundo de nuestro ser declaramos que estamos dispuestos a realizar todos los sacrificios».

Fue como un juramento de Rütli<sup>[4]</sup>. Todo el mundo dirigió sus miradas a la catedral de Basilea, donde las campanas repicaban grave y solemnemente por la gran batalla futura entre el ejército del trabajo y el poder del capital.

El 3 de diciembre de 1912 hablaba en el Reichstag alemán David, el representante de la fracción socialdemócrata:

»Fue uno de los momentos más hermosos de mi vida, lo confieso. Cuando las campanas de la catedral acompañaban a la comitiva de los socialdemócratas internacionales, cuando las banderas rojas se colocaban en el coro y en el altar de la iglesia, y los sones del órgano saludaban a los delegados de los pueblos, que querían pronunciarse por la paz, me produjo una impresión que no olvidaré... Lo que sucede debería estar claro para ustedes. Las masas dejan de ser rebaños sin voluntad ni pensamiento.

Esto es nuevo en la historia. En otros tiempos las masas se habían dejado llevar ciegamente unas contra otras, por aquellos que tenían intereses en la guerra, hacia el genocidio. Esto se acaba. Las masas dejan de ser instrumentos sin voluntad y satélites de cualquier tipo de intereses belicistas.

Una semana antes del comienzo de la guerra, el 26 de julio de 1914, se escribía en los periódicos del partido alemán:

«No somos marionetas, combatimos con toda energía un sistema que hace de los hombres instrumentos sin voluntad de circunstancias que actúan ciegamente, combatimos ese capitalismo que se prepara a transformar en un humeante campo de

matanza a una Europa sedienta de paz. Si la ruina siguiera su curso, si la decidida voluntad de paz del proletariado alemán y del proletariado internacional, que se expresará en los próximos días en poderosas manifestaciones, no fuese capaz de impedir la guerra, entonces ésta debiera ser la última guerra, debiera convertirse en el crepúsculo de los dioses del capitalismo» (*Frankfurter Volkstimme*).

El 30 de julio de 1914 escribía el órgano central de la socialdemocracia alemana:

«El proletariado socialista rechaza toda responsabilidad por los acontecimientos que desencadena una clase dominante ofuscada hasta el desvarío. Sabe que una nueva vida florecerá para él sobre las ruinas. Toda la responsabilidad recae sobre los gobernantes de hoy. Se trata para ellos de una cuestión de vida o muerte. La historia mundial es el juicio mundial».

Llegó entonces lo inesperado, lo atípico, el 14 de agosto de 1914<sup>[5]</sup>. ¿Era necesario que ocurriese? Un acontecimiento de esta trascendencia no es, por cierto, un juego de azar. Debe ser el resultado de profundas y amplias causas objetivas. Pero estas causas pueden radicar también en errores de la socialdemocracia, en errores de la dirección del proletariado, en el fracaso de nuestra voluntad de lucha, de nuestro valor, de nuestra fidelidad a los principios. El socialismo científico nos ha enseñado a comprender las leyes objetivas del desarrollo histórico. Los hombres no hacen su historia libremente. Pero la hacen ellos mismos. El proletariado depende en su acción del grado de madurez correspondiente al desarrollo social, pero el desarrollo social no se produce, al margen del proletariado, es en igual medida tanto su motor y su causa, su producto y su resultado. Su propia acción es parte codeterminante de la historia. Y si bien no podemos saltar por encima de ese desarrollo social, pero el desarrollo social no se produce al margen de sombras, podemos acelerarlo o retrasarlo.

El socialismo es el primer movimiento popular de la historia mundial que se ha puesto como objetivo, y está llamado por la historia a introducir en el hacer social de los hombres un sentido consciente, un pensamiento planificado y, por consiguiente, la acción libre. Por eso Federico Engels califica a la victoria definitiva del proletariado socialista de salto de la humanidad desde el reino animal hasta el reino de la libertad. Este *salto* es resultado de ineluctables leyes de la historia, de millares de escalones de una evolución anterior penosa y demasiado lenta. Pero nunca podrá ser llevado a cabo si, de todo ese substrato de condiciones materiales acumuladas por la evolución, no salta la chispa incandescente de la voluntad consciente de la gran masa del pueblo. La victoria del socialismo no caerá del cielo como algo fatal. Sólo podrá ser alcanzada superando una gran cadena de tremendas pruebas de fuerza entre los viejos y los nuevos poderes, pruebas de fuerza en las que el proletariado internacional, bajo la dirección de la socialdemocracia, aprende y trata de tomar en sus propias manos el destino, de apoderarse del timón de la vida social, de dejar de ser un juguete pasivo de la historia para convertirse en su conductor clarividente.

Decía Engels: «La sociedad burguesa se encuentra ante un dilema: o avance hacia el socialismo o recaída en la barbarie». ¿Qué significa «recaída en la barbarie» en el

nivel actual de la civilización europea? Hasta ahora hemos leído todas esas palabras distraídamente y las hemos repetido sin presentir su terrible seriedad. Una ojeada a nuestro alrededor en este momento muestra lo que significa una recaída de la sociedad burguesa en la barbarie.

La guerra mundial; ésta es la recaída en la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce al aniquilamiento de la cultura; esporádicamente, durante la duración de una guerra moderna, y definitivamente, en el caso de que el período iniciado de guerras mundiales haya de seguir su curso sin obstáculos hasta sus últimas consecuencias. Hoy nos encontramos, como Engels pronosticaba ya hace una generación, hace cuarenta años, ante la alternativa: o el triunfo del imperialismo, el ocaso de toda civilización y, como en la vieja Roma, despoblamiento, degeneración, desolación, un enorme cementerio; o victoria del socialismo, es decir, de la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo y su método: la guerra. Éste es el dilema de la historia mundial; una alternativa, una balanza cuyos platillos oscilan ante la decisión del proletariado con conciencia de clase. El futuro de la cultura y de la humanidad depende de que el proletariado arroje con varonil decisión su espada de lucha revolucionaria en uno de los platillos de la balanza. En esta guerra ha triunfado el imperialismo. Su espada sangrienta del genocidio ha hundido con brutal sobrepeso al platillo de la balanza en el abismo del valle de lágrimas y de la vergüenza. Todo ese valle de lágrimas y toda esa vergüenza sólo pueden ser contrapesadas si aprendemos de la guerra cómo el proletariado puede desembarazarse del papel de siervo en manos de las clases dominantes para convertirse en el señor de su propio destino.

La moderna clase obrera paga caro el conocimiento de su vocación histórica. El camino del Gólgota de su liberación de clase está sembrado de víctimas. Las luchas de junio, las víctimas de la Comuna, los mártires de la revolución rusa: una danza trágica de sombras ensangrentadas. Los que han caído en el campo del honor se encuentran, como Marx escribía de los héroes de la Comuna, «grabados en el corazón de la clase obrera para siempre». Ahora caen millones de proletarios de todas las naciones en el campo de la vergüenza, del fratricidio, de la autodestrucción, con el canto del esclavo en los labios. Hemos debido sufrir hasta eso. Nos parecemos a los judíos que condujo Moisés a través del desierto. Pero no estamos perdidos, y triunfaremos si no hemos perdido la capacidad de aprender. Y si la socialdemocracia, actual guía del proletariado, no supiese aprender, entonces perecerá «para dejar lugar a los hombres que crecerán en el mundo nuevo».

## II. Ante la ‘realidad’

«Estamos ante el hecho inevitable de la guerra. Nos amenazan los horrores de las invasiones enemigas. Hoy no podemos ya decidir en pro o en contra de la guerra, sino sobre la cuestión de los medios necesarios para la defensa del país... En el caso de una victoria del despotismo ruso, manchado con la sangre de los mejores hijos de su propio pueblo, se habrá puesto en peligro mucha, si no toda, de la independencia futura de nuestro pueblo. Hay que luchar contra ese peligro, debemos poner a salvo la cultura y la independencia de nuestro propio país. Hagamos realidad lo que hemos afirmado siempre: en el momento del peligro no dejemos a la patria en la estacada. Por eso estamos de acuerdo con la Internacional, que ha reconocido siempre el derecho de cada pueblo a la independencia y a la autodefensa nacional, del mismo modo que, también coincidentes con ella, condenamos toda guerra de conquista... Guiados por estos principios, aprobamos los créditos de guerra solicitados». Con esta declaración, la fracción del Reichstag lanzaba el 4 de agosto la consigna que habría de determinar y dominar la actitud del proletariado alemán durante la guerra. Patria en peligro, defensa nacional, guerra popular por la existencia, por la cultura y la libertad: tal fue la consigna dada por la representación parlamentaria de la socialdemocracia. Todo lo demás fue simple consecuencia: la actitud de la prensa del partido y de los sindicatos, el tumulto patriótico de las masas, la tregua con la burguesía, la disolución súbita de la Internacional: todo esto fue inevitable consecuencia de esa primera orientación tomada en el Reichstag.

Si realmente está en juego la existencia de la nación y de la libertad, si ésta sólo puede defenderse con mortífera metralla, si la guerra es una causa sagrada del pueblo, entonces todo es claro y evidente, debemos soportarlo todo. Si se quiere el fin, se han de querer también los medios. La guerra es un gigantesco asesinato metódico y organizado. Pero para el asesinato sistemático hay que crear primero el correspondiente delirio en hombres normalmente constituidos. Desde siempre, éste es el método correcto de los que dirigen la guerra. La bestialidad de la acción responde a la bestialidad de los pensamientos y de la conciencia, ésta la prepara y acompaña. Después, el *Wahre Jacobs*<sup>[6]</sup> del 28 de agosto, con la imagen del matón alemán, los periódicos del partido en Chemnitz, Hamburgo, Kiel, Frankfurt, Koburg y otras ciudades, su incitación patriótera en poesía y en prosa con el correspondiente y necesario narcótico espiritual para un proletariado, que solamente puede salvar su existencia y su libertad hundiendo la metralla mortal en el pecho de sus hermanos rusos, franceses e ingleses. Aquellos libelos son más consecuentes que los que intentan conciliar la montaña y el valle, que quieren hacer cesar la guerra con la «humanidad», el asesinato con el amor fraterno, la aprobación de los créditos de guerra con la hermandad socialista entre los pueblos.

Si la consigna lanzada el 4 de agosto por la fracción alemana del Reichstag



hubiera sido justa, entonces se hubiera debido condenar la Internacional obrera no sólo por esta guerra, sino en general. Por primera vez desde que existe el moderno movimiento obrero se abre un abismo entre los deberes de la solidaridad internacional de los proletarios y los intereses de la independencia y la existencia nacional de los pueblos; por primera vez descubrimos que la independencia y la libertad de las naciones exigen imperiosamente que los proletarios de los diversos países se asesinen y exterminen mutuamente. Hasta ahora habíamos vivido convencidos de que los intereses de las naciones y los intereses de clase del proletariado coinciden, que son idénticos, que es imposible que puedan entrar en contradicción. Ésta era la base de nuestra teoría y de nuestra práctica, el alma de nuestra agitación entre las masas del pueblo. ¿Nos hemos equivocado en este punto cardinal de la concepción del mundo? Estamos ante la cuestión vital del socialismo internacional.

La guerra mundial no es la primera prueba que sufren nuestros principios internacionales. Nuestro partido pasó la primera prueba hace 45 años. El 21 de julio de 1870, Wilhelm Liebknecht y August Bebel dieron la siguiente explicación histórica en el Norddeutscher Reichstag<sup>[7]</sup>:

»La guerra actual es una guerra dinástica, emprendida en interés de la dinastía de Bonaparte, al igual que la guerra de 1866 lo fuera en interés de la dinastía de los Hohenzollern.

No podemos aprobar los créditos que se piden al Reichstag para la dirección de la guerra, porque significaría un voto de confianza para el gobierno prusiano, que, con su proceder en 1866, preparó la guerra actual. Tampoco podemos rechazar los créditos exigidos, pues podría interpretarse como una aprobación de la política aventurera y criminal de Bonaparte.

Adversarios, por principio, de toda guerra dinástica, social-republicanos y miembros de la Asociación Obrera Internacional, que combate a todos los opresores sin diferencia de nacionalidad, que trata de unificar a todos los oprimidos en una gran alianza fraternal, no podemos pronunciarnos ni directa ni indirectamente por la guerra actual y, por lo tanto, nos abstenemos de votar, expresando nuestra más ferviente esperanza de que los pueblos de Europa puedan aprender de los funestos acontecimientos actuales y hagan todo cuanto esté a su alcance por conquistar su derecho a la autodeterminación y para acabar la actual dominación clasista del sable, como causa de todos los males estatales y sociales.

Con esta declaración, los representantes del proletariado alemán pusieron su causa clara e inequívocamente bajo la bandera de la Internacional y desposeyeron a la guerra contra Francia del carácter de una guerra nacional por la independencia. Bebel escribe en sus memorias que él habría votado en contra de la aprobación de los créditos si, a la hora de votar, hubiera sabido todo lo que se dio a conocer en los años siguientes.

En aquella guerra, que toda la opinión pública burguesa y la inmensa mayoría del

pueblo, bajo la influencia de las maquinaciones de Bismarck, consideraban de interés vital y nacional para Alemania, los dirigentes de la socialdemocracia defendían el siguiente punto de vista: los intereses vitales de la nación y los intereses de clase del proletariado internacional coinciden, ambos están contra la guerra. La actual guerra mundial, la declaración de la fracción socialdemócrata del 4 de agosto de 1914, desvelan por primera vez el terrible dilema: ¡Por un lado, independencia nacional; por otro, socialismo internacional!

Pues bien, el hecho fundamental en la declaración de nuestra fracción en el Reichstag, la nueva orientación de principios de la política proletaria, fue una revelación súbita e inesperada. Fue un simple eco de la versión del discurso del trono y del discurso del canciller el 4 de agosto. «No nos mueve ningún deseo de conquista —se dice en el discurso del trono—, nos anima la inflexible voluntad de defender el lugar en que Dios nos ha puesto, a nosotros y a todas las generaciones venideras. Por los documentos que les han entregado podrán juzgar cómo mi gobierno, y sobre todo mi canciller, se esforzaron hasta el último momento por evitar lo peor. En legítima defensa, con conciencia tranquila y mano limpia, empuñamos la espada». Y Bethmann Hollweg<sup>[8]</sup> declaraba: «Señores míos, nos vemos obligados a defendernos por necesidad, y la necesidad carece de ley... Quien se encuentra tan amenazado como nosotros y lucha por lo más sagrado, sólo ha de pensar en cómo se abre paso por la fuerza... Luchamos por los frutos de nuestro trabajo pacífico, por la herencia de un gran pasado y por nuestro futuro». Ésta es la esencia de la declaración socialdemócrata: 1) Hemos hecho todo lo posible por mantener la paz, la guerra nos ha sido impuesta por los demás; 2) Puesto que estamos en guerra debemos defendernos; 3) En esa guerra se lo juega todo el pueblo alemán. La declaración de nuestra fracción del Reichstag sólo presenta diferencias de estilo respecto de las declaraciones del gobierno. La fracción invoca, al igual que aquél, los esfuerzos diplomáticos en favor de la paz de Bethmann Hollweg y los telegramas imperiales, manifestaciones de los socialdemócratas en favor de la paz antes de iniciarse la guerra. Lo mismo que el discurso del trono rechaza todo deseo de conquista, la fracción también lo rechaza aludiendo al socialismo. Y cuando el káiser y el canciller exclaman: «¡Luchamos por lo que nos es más sagrado!, no conozco ningún partido, sólo conozco alemanes»; responde como un eco la declaración socialdemócrata: «Nuestro pueblo se lo juega todo, en la hora del peligro no dejaremos nuestra patria en la estacada».

Sólo en un punto se aparta la declaración socialdemócrata del esquema gubernamental: sitúa en primer plano el despotismo ruso como un peligro para la libertad de Alemania. En el discurso del trono se dice refiriéndose a Rusia: «Con dolor de corazón he debido movilizar mi ejército contra un vecino con el que hemos combatido juntos en tantos campos de batalla. Con sincero pesar vi cómo se deshacía una amistad mantenida fielmente por Alemania». La fracción socialdemócrata ha utilizado la dolorosa ruptura de una amistad fielmente mantenida con el zarismo ruso,

transformándola en una fanfarria de la libertad contra el despotismo, en el único punto en que nuestra independencia respecto de la declaración gubernamental ha utilizado tradiciones revolucionarias del socialismo<sup>[9]</sup> para ennoblecer democráticamente la guerra y crearle una gloria popular.

Todo esto, como hemos dicho, le pareció evidente a la socialdemocracia el 4 de agosto. Cuanto había dicho hasta aquel día, cuanto dijo en vísperas del desencadenamiento de la guerra, era exactamente lo contrario de la declaración de la fracción. Así, *Vorwärts* escribía el 25 de julio, cuando fue publicado el ultimátum austriaco a Serbia, que provocó la guerra:

»Ellos quieren la guerra, los elementos sin conciencia, los que en la corte vienesa tienen influencia y poder de decisión. Quieren la guerra: esto es lo que suena desde hace semanas en los gritos salvajes de la prensa difamadora negro-amarilla. Quieren la guerra: el ultimátum austriaco a Serbia lo evidencia y pone de manifiesto ante todo el mundo...

Sólo porque la sangre de Francisco Fernando y de su esposa fue derramada por los disparos de un loco fanático, debe correr la sangre de miles de obreros y campesinos; un crimen demencial ha de ser culminado por un crimen mucho más demencial aún... ¡El ultimátum austriaco a Serbia puede ser la antorcha que pondrá fuego a Europa por los cuatro costados! Ese ultimátum es tanto en su redacción como en sus exigencias tan desvergonzado, que un gobierno serbio, que retrocediese servilmente ante esta nota, tendría que contar con la posibilidad de ser expulsado por las masas populares en un abrir y cerrar de ojos...

Fue un crimen de la prensa chauvinista alemana incitar al máximo en sus ambiciones belicistas al fiel aliado, y sin duda alguna también el señor von Bethmann Hollweg ha prometido su respaldo al señor Verchfel. Pero en Berlín se lleva a cabo un juego tan peligroso como en Viena...

El *Leipziger Volkszeitung* escribía el 24 de julio:

«El partido militar austríaco... se lo juega todo a una carta, porque el chauvinismo nacional y militarista nada tiene que perder en ningún país del mundo... En Austria los círculos chauvinistas se encuentran en bancarrota, sus aullidos nacionalistas tratan de encubrir su ruina económica, y el robo y el asesinato de la guerra han de llenar sus arcas...».

El mismo día se expresaba de la siguiente manera el *Dresdener Volkszeitung*:

»...De momento los instigadores de la guerra en la Ballhausplatz vienesa siguen sin ofrecer las pruebas definitivas que autorizarían a Austria el plantear reclamaciones a Serbia.

»Mientras el gobierno austriaco no esté en condiciones de ofrecerlas, con su atropello insultante y provocador a Serbia se presenta ante toda Europa carente de razón; aunque se probara la culpabilidad de Serbia, aunque el atentado de Sarajevo se hubiera preparado con la complicidad del gobierno serbio, las exigencias planteadas en la nota sobrepasan los límites aceptables. Sólo las intenciones de guerra más

frívolas hacen explicables que un gobierno pueda plantearle a otro Estado tales exigencias...».

El *Münchener Post* opinaba el 25 de julio:

«La nota austriaca es un documento sin igual en la historia de los últimos dos siglos. Basándose en autos de procesamiento, cuyo contenido se había sustraído hasta ahora a la opinión pública europea, y sin estar respaldados por un juicio público contra los asesinos de los herederos del trono, se plantean exigencias a Serbia cuya aceptación equivaldría al suicidio de ese Estado...».

*Schleswig-Holsteinische Volkszeitung* declaraba el 24 de julio:

»Austria provoca a Serbia, Austria-Hungría quiere la guerra, comete un crimen que puede ahogar en sangre a toda Europa...

»Austria se lo juega todo a una carta. Arriesga una provocación contra el Estado serbio, que no aceptará, excepto que se encuentre totalmente indefenso...

»Todo hombre civilizado debe protestar de la forma más enérgica contra la actuación criminal de los gobernantes austriacos. Los obreros, principalmente, y todas aquellas personas que tengan un mínimo interés de defender la paz y la cultura, deben intentarlo todo para evitar las consecuencias de la locura sangrienta desencadenada por Viena».

*Magdeburger Volksstimme* decía el 25 de julio:

»Cualquier gobierno serbio que hiciese el más leve ademán de tomarse en serio esas exigencias sería barrido, en ese mismo momento, por el parlamento y por el pueblo.

»El proceder de Austria es tanto más reprochable por cuanto los Berchtold se presentan ante el gobierno serbio y, de hecho, ante toda Europa pertrechados de aseveraciones sin sentido.

»Hoy no se puede urdir de esta manera una guerra que se convertiría en guerra mundial. No se puede proceder así, a menos que se quiera perturbar la paz de todo el continente. Así no se pueden hacer conquistas morales, o convencer del propio derecho a los no beligerantes. Suponemos, por estas razones, que la prensa de Europa y después sus gobiernos llamarán enérgica e inequívocamente al orden a los desvariados gobernantes vieneses».

*Frankfurter Volksstimme* escribía el 24 de julio:

«Apoyándose en las maquinaciones de la prensa ultramontana, que llora en Francisco Fernando su mejor amigo y quisiera vengar su muerte en el pueblo serbio; apoyándose en una parte de los agitadores en favor de la guerra del Reich alemán, cuyas palabras se vuelven cada día más amenazantes y vulgares, el gobierno austriaco ha dirigido al Estado serbio un ultimátum, que no sólo está redactado en un lenguaje que raya la insolencia, sino que contiene exigencias cuyo cumplimiento es completamente imposible al gobierno serbio».

El mismo día escribía *Elberfelder Freie Presse*:

«Un telegrama oficioso de la oficina de Wolff reproduce las exigencias austriacas

respecto a Serbia. Se deduce claramente que los gobernantes vieneses presionan con toda violencia a favor de la guerra, pues lo que se exige en la nota entregada anoche en Belgrado es una especie de protectorado de Austria sobre Serbia. Sería de la máxima urgencia que la diplomacia berlinesa hiciera comprender a los instigadores de Viena que Alemania no moverá un dedo para apoyar sus exigencias desmedidas, y que, por lo tanto, sería recomendable una renuncia a las demandas austríacas».

*Y Bergische Arbeiterstimme de Solingen:*

»Austria quiere el conflicto con Serbia y utiliza el atentado de Sarajevo sólo como pretexto para sustraer toda razón moral a Serbia. Pero la cuestión ha sido iniciada de forma demasiado burda como para lograr engañar a la opinión pública europea...

»Si los instigadores de la Ballhausplatz vienesa en favor de la guerra creen, quizá, que en caso de conflicto, en el que también entraría Rusia, tendrían que venir en su ayuda los otros dos miembros de la alianza tripartita, Italia y Alemania, se hacen falsas ilusiones. Italia vería muy oportuno un debilitamiento de Austria-Hungría, su rival en el Adriático y en los Balcanes, y no se pillarán los dedos por apoyar a Austria. Pero en Alemania deben ser los gobernantes —aun cuando fuesen tan locos como para desearlo— los que no se atrean a arriesgar la vida de un solo soldado por la criminal política de fuerza de los Habsburgo, sin desencadenar la ira popular».

Así enjuiciaba la guerra toda nuestra prensa del partido «sin excepción», una semana antes de su comienzo. Según ella, no se trataba de la existencia y de la libertad de Alemania, sino de una criminal aventura del partido belicista austriaco, no se trataba de defensa, ni legítima ni nacional, ni tampoco de guerra santa impuesta en nombre de la propia independencia, sino de una frívola provocación, de una desvergonzada amenaza a la independencia y libertad serbias.

¿Qué sucedió el 4 de agosto para que se invirtiese súbitamente esa concepción de la socialdemocracia tan claramente sostenida y divulgada? Sólo un nuevo hecho se añadió: el libro blanco presentado ese mismo día al Reichstag por el gobierno alemán. Y allí se dice en la página 4:

»Bajo tales circunstancias, no era compatible ni con la dignidad ni con el mantenimiento de la monarquía austriaca seguir contemplando por más tiempo cruzada de brazos las maniobras más allá de sus fronteras. El gobierno real e imperial nos comunicó su opinión y nos pidió la nuestra. De todo corazón expresamos a nuestro aliado nuestro acuerdo con su apreciación de la situación, y le aseguramos que cualquier acción considerada necesaria para acabar con el movimiento dirigido contra la existencia de la monarquía, en Serbia, encontrada nuestra aprobación. Al decir esto, éramos conscientes de que una posible acción bélica de Austria-Hungría contra Serbia haría entrar en liza a Rusia, y que, por lo tanto, conformes con nuestro deber de aliado, podríamos vemos envueltos en una guerra. Pero, sabiendo que intereses vitales de Austria-Hungría se encontraban en juego, no podíamos aconsejar a nuestro aliado una moderación que no se compaginara con su dignidad ni tampoco negarle nuestro apoyo en ese difícil momento. No podíamos hacer menos, sobre todo

cuando nuestros intereses se encontraban también amenazados en lo más sensible por la constante labor de zapa serbia. Si se hubiese permitido por más tiempo que los serbios, con ayuda de Rusia y Francia, pusieran en peligro la existencia de la vecina monarquía, la consecuencia hubiera sido el desmembramiento paulatino de Austria y la sumisión de todo el pueblo eslavo al cetro ruso, haciéndose insostenible en Europa central la posición de la raza germánica.

»Austria, moralmente debilitada y quebrantada por el avance del paneslavismo ruso, dejaría de ser para nosotros un aliado seguro y en el que pudiéramos confiar, teniendo en cuenta la actitud cada vez más amenazante de nuestros vecinos orientales y occidentales. Por eso dimos vía libre a Austria en su acción contra Serbia. No hemos, sin embargo, participado en los preparativos».

Estas palabras fueron presentadas el 4 de agosto a la fracción socialdemócrata del Reichstag; palabras que constituyen la única parte importante y decisiva de todo el libro blanco, rotundas declaraciones del gobierno alemán, junto a las cuales todos los demás libros amarillos, grises, azules y anaranjados explicando la historia diplomática anterior a la guerra y sus fuerzas instigadoras más inmediatas aparecen como indiferentes y desprovistos de interés. La fracción del Reichstag tenía en sus manos la clave para enjuiciar la situación. Toda la prensa socialdemócrata había enjuiciado y gritado una semana antes que el ultimátum austriaco era una criminal provocación a la guerra mundial, y esperaba que el gobierno alemán ejerciera una acción moderadora sobre los incitadores vieneses en favor de la guerra. La socialdemocracia y la opinión pública alemana estaban convencidas de que el gobierno alemán trabajaba arduamente, a partir del ultimátum austriaco, por el mantenimiento de la paz europea. Toda la prensa socialdemócrata suponía que el ultimátum austriaco había sido para el gobierno alemán un rayo caído del cielo, como lo fue para la opinión pública alemana. El libro blanco manifestaba claramente y sin ambages: 1) que el gobierno austriaco había obtenido la aprobación de Alemania antes de dar un paso contra Serbia; 2) que el gobierno alemán era consciente de que el proceder de Austria conduciría a la guerra con Serbia y, posteriormente, a la guerra europea; 3) que el gobierno alemán no sólo no aconsejó a Austria moderación, sino que afirmaba, por el contrario, que una Austria condescendiente y debilitada ya no podría ser un aliado digno de Alemania; 4) que el gobierno alemán había asegurado su apoyo total en la guerra a Austria antes de que ésta diese su paso contra Serbia; y, finalmente, 5) que el gobierno alemán no se había reservado el derecho de control sobre el ultimátum decisivo de Austria a Serbia, del que dependía la guerra mundial, sino que «había dado a Austria vía libre».

De todo esto se enteró nuestra fracción del Reichstag el 4 de agosto. Y el mismo día se enteró de un nuevo hecho por boca del gobierno: el ejército alemán había entrado ya en Bélgica. La fracción socialdemócrata dedujo de todo esto que se trataba de una guerra de legítima defensa de Alemania contra una invasión extranjera, que estaba en juego la existencia de la patria, de la cultura; que se trataba, en definitiva,



de una guerra por la independencia en contra del despotismo ruso.

El trasfondo alemán de la guerra y los bastidores provisionales que lo cubrían, el juego diplomático que enmarcó el desencadenamiento de la guerra, el griterío del mundo de enemigos que quería atentarse contra la vida de Alemania, debilitarla, humillarla y sojuzgarla: ¿Podía eso constituir una sorpresa para la socialdemocracia alemana, exigir demasiado de su capacidad de juicio y de su espíritu crítico? ¡No, al menos en el caso de nuestro partido! Ha vivido ya dos grandes guerras alemanas, y ha podido extraer de ellas importantes experiencias. Todo alumno de primeras letras que estudie historia sabe hoy que la primera guerra de 1866 contra Austria fue preparada metódicamente con mucha antelación por Bismarck, y que su política llevaba desde el primer momento a la ruptura y a la guerra con Austria. El príncipe heredero, más tarde emperador Federico, escribía en su diario, con fecha del 14 de noviembre de aquel año, sobre los propósitos del canciller:

»Él (Bismarck) había tenido el firme propósito, ya al hacerse cargo de su puesto, de conducir a Prusia a la guerra con Austria, pero se había guardado muy bien de hablar de ello entonces —o demasiado pronto, en general— con su Majestad, hasta que consideró llegado el momento oportuno.

»Compárese, pues, esta confesión —dice Auer en su folleto *Los hombres libres de Sedán y la socialdemocracia*— con el texto del llamamiento que dirigió a su pueblo el rey Guillermo:

»¡La patria está en peligro!

»¡Austria y una gran parte de Alemania se han levantado en armas contra ella!

»Hace sólo pocos años que yo, por libre decisión y sin pensar en iniquidades pasadas, tendí la mano de aliado al emperador de Austria, cuando se trataba de liberar una región alemana de la dominación extranjera... Pero mis esperanzas han sido frustradas. Austria no quiere olvidar que sus príncipes dominaron en otro tiempo Alemania; en los jóvenes, pero fuertemente desarrollados prusianos, no quiere reconocer a sus aliados naturales, sino a rivales hostiles. Prusia —así piensa ella— ha de ser combatida en todas sus empresas, porque lo que beneficia a Prusia perjudicará a Austria. La vieja y nefasta envidia arde de nuevo a llamaradas: Prusia ha de ser debilitada, aniquilada, infamada. Frente a ella ya no valen los tratados, los príncipes federales alemanes no sólo son llamados contra Prusia, sino que son incitados a romper la alianza. En Alemania nos encontramos rodeados de enemigos por todas partes, cuyo único grito de combate es: ‘humillar a Prusia’.

»Y con el fin de ganarse la bendición del cielo para esta justa guerra, el rey Guillermo promulgó un decreto que establecía el 18 de julio como día nacional de oración y penitencia, en el que decía: ‘Dios no se ha dignado coronar con éxito mis esfuerzos para obtener los beneficios de la paz para mi pueblo’.

Si nuestra fracción no hubiese olvidado completamente la historia de su propio partido, ¿no habría tenido que parecerle la música oficial que el 4 de agosto acompañó el inicio de la guerra un vivo recuerdo de melodías y palabras conocidas

desde hace mucho tiempo?

Pero sigamos. En 1870 proseguía la guerra contra Francia; su desencadenamiento está inseparablemente unido, en la historia, a un documento: el *Emser Depesche*<sup>[10]</sup>, documento que ha pasado a ser un clásico para toda la diplomacia burguesa en cuestiones de guerra, y que señala también un memorable episodio en la historia de nuestro partido. Fue el viejo Liebknecht, fue la socialdemocracia alemana, los que consideraron entonces su misión y deber revelar y mostrar a las masas populares: «Cómo se hacen las guerras».

«Hacer la guerra» única y exclusivamente en defensa de la patria amenazada no fue, por otra parte, un invento de Bismarck. El solo siguió, con la falta de escrúpulos que le caracteriza, una receta general y verdaderamente internacional del arte burgués de gobernar. ¿Cuándo y dónde ha habido una guerra, desde que la llamada opinión pública desempeña un papel en los cálculos de los gobiernos, en que todo partido beligerante no haya desenvainado la espada con gran pesar, única y exclusivamente para defender a la patria y su causa justa del pérfido ataque del enemigo? La leyenda pertenece tanto a la historia de las guerras como la pólvora y el plomo. El juego es viejo. Lo nuevo es que un partido socialdemócrata haya participado en él.

### III. Nada en el secreto

Conexiones y conocimientos más profundos y fundamentales prepararon a nuestro partido para discernir la verdadera esencia y los objetivos reales de esa guerra, y no dejarse sorprender en modo alguno. Los sucesos y las fuerzas que condujeron al 4 de agosto de 1914 no eran un secreto para nadie. La guerra mundial había sido preparada durante décadas ante la opinión pública, en plena luz del día, paso a paso y minuto a minuto. Y cuando hoy algunos socialistas se pronuncian rabiosamente en favor de la destrucción de esa «diplomacia secreta», que había tramado tal diablura tras los bastidores, están atribuyendo inmerecidamente a los pobres granujas fuerzas mágicas y misteriosas, como los botocudos, que azotan a su fetiche por el desencadenamiento de una tormenta. Los llamados conductores de los destinos del Estado fueron esta vez, como siempre, sólo piezas de ajedrez movidas por acontecimientos históricos en el interior de la sociedad burguesa. Y si hubiera alguien que se hubiera esforzado durante todo ese tiempo por comprender con lucidez estos procesos y estos movimientos, y era capaz de lograrlo, era la socialdemocracia alemana.

Dos líneas de fuerza de la evolución histórica más reciente conducen directamente a la guerra actual. Una arranca del período de constitución de los llamados «Estados nacionales», es decir, de los modernos estados capitalistas, de la época de las guerras de Bismarck contra Francia. La guerra de 1870, que, debido a la anexión de Alsacia y Lorena, lanzó a la república francesa en los brazos de Rusia, provocó la escisión de Europa en dos campos enemigos e inauguró la era de la loca carrera armamentista, echó las bases que condujeron a la actual conflagración mundial. Cuando se encontraban las tropas de Bismarck todavía en Francia, escribió Marx al comité de Brunswick:

»Quien no esté completamente ensordecido por el griterío de la hora presente, o no tenga interés por ensordecer al pueblo alemán, debe reconocer que la guerra de 1870 dará origen a una guerra entre Alemania y Rusia debe ser considerada desde ahora como *un fait* de 1870. Digo necesaria e inevitablemente, salvo en el improbable caso del desencadenamiento de una revolución en Rusia. Si esta eventualidad improbable no se produjera, entonces la guerra entre Alemania y Rusia debe ser considerada desde ahora como un *fait accompli*<sup>[11]</sup>. La utilidad o nocividad de esta guerra depende enteramente de la actitud actual de los vencedores alemanes. Si se apoderan de Alsacia y Lorena, Francia combatirá contra Alemania al lado de Rusia. Resulta superfluo hablar de las funestas consecuencias.

En aquella época se burlaron de esta profecía; los lazos que unían a Prusia con Rusia parecían tan sólidos que era insensato pensar ni por un instante siquiera que la Rusia autocrática pudiera aliarse con la Francia republicana. Los defensores de esta concepción eran considerados simplemente como locos de atar. Y, sin embargo, todo lo que predijo Marx se cumplió al pie de la letra. «Eso es precisamente lo que

diferencia —dice Auer en sus *Fiestas de Sedán*— la política socialdemócrata, que ve claramente lo que ocurre, y la política vulgar, que no ve más allá de sus narices ante cualquier éxito».

Ahora bien, esta conexión no significa que un deseo de desquite presente desde 1870 por la anexión de Bismarck hubiera empujado a Francia por una fatalidad ineluctable a enfrentarse con el imperio alemán, como si la actual guerra mundial fuese esencialmente la tan cacareada «revancha» por Alsacia-Lorena. Cómoda leyenda nacionalista forjada por los instigadores alemanes en favor de la guerra, de una Francia siniestra y vengativa que «no podía olvidar» su derrota, la misma que los órganos de prensa adictos a Bismarck contaban en 1876 de la princesa destronada de Austria que «no podía olvidar» su rango anterior, antes de la llegada de la encantadora Cenicienta prusiana. En realidad, la venganza de Alsacia-Lorena era sólo un recurso teatral de algunos bufones patrioterros, y el *Lion de Belfort*<sup>[12]</sup> se había convertido en un viejo animal heráldico.

En la política francesa hacía ya tiempo que había sido superada la anexión, que había sido sustituida por nuevas preocupaciones, y ni el gobierno ni ningún partido serio de Francia pensaban en una guerra con Alemania por el susodicho Estado alemán. Si la herencia de Bismarck fue el primer paso hacia la conflagración mundial, lo fue en el sentido de que Alemania, tanto como Francia, y con ellas toda Europa, fueron impulsadas, por una parte, hacia la deslizante pendiente de la carrera armamentista, y, por otra, porque ha producido como inevitable consecuencia la alianza entre Francia y Rusia y entre Alemania y Austria. Esta alianza fortalecía extraordinariamente al zarismo ruso como factor determinante de la política europea. Y precisamente, desde entonces, comenzó la sistemática rivalidad entre la Prusia alemana y la república francesa para obtener el favor de Rusia. Así se produjo la alianza política del Reich alemán con Austria-Hungría, cuya culminación, como demuestran las palabras citadas del libro blanco alemán, es la «fraternidad de armas» en la guerra actual.

Así, la guerra de 1870 ha tenido como consecuencia: en política exterior, el reagrupamiento de Europa en torno al eje formado por la oposición germano-francesa, y ha iniciado el período de la denominación formal del militarismo en la vida de los pueblos europeos. Esta denominación y este reagrupamiento ha dado desde entonces un contenido completamente nuevo a la evolución histórica. La segunda línea de fuerza, que desemboca en la actual guerra mundial y corrobora brillantemente la profecía de Marx, deriva de acontecimientos de carácter internacional que Marx no conoció: el desarrollo imperialista de los últimos 25 años.

El auge capitalista que sentó plaza en la nueva Europa reconstruida, después del período de guerra de los años 1860 y 1870, que, especialmente una vez superada la gran depresión consecutiva a la fiebre de especulación y al crac de 1873, había alcanzado un nivel sin precedentes en la coyuntura favorable de los años noventa, e inauguraba, como es sabido, un nuevo período de efervescencia en los estados

Europeos: su expansión competitiva hacia los países y zonas del mundo no capitalistas. Ya desde los años ochenta se puede apreciar un impulso particularmente violento hacia las conquistas coloniales. Inglaterra se apoderó de Egipto y creó en África del Sur un gigantesco imperio colonial; Francia ocupó Túnez en el norte de África, y el Tonkin en Asia oriental; Italia se implantó en Abisinia; Rusia completó sus conquistas en Asia central y penetró hasta Manchuria; Alemania ganó en África y en los mares del Sur sus primeras colonias; y, finalmente, también los Estados Unidos entraron en danza y adquieren con las Filipinas «intereses» en Asia oriental. Este período de febril reparto de África y de Asia, que, a partir de la guerra chino japonesa en 1895, desencadenó una serie casi ininterrumpida de sangrientas guerras, culminó en la gran campaña de China y terminó con la guerra ruso-japonesa de 1904.

Todos estos acontecimientos, que se sucedieron uno tras otro, crearon nuevos antagonismos fuera de Europa: entre Italia y Francia, en el norte de África; entre Francia e Inglaterra, en Egipto; entre Inglaterra y Rusia, en el Asia central; entre Rusia y Japón, en Asia oriental; entre Japón e Inglaterra, en China; entre los Estados Unidos y Japón, en el océano Pacífico; un mar revuelto, un flujo y reflujo de agudos antagonismos y alianzas pasajeras, de tensiones y distensiones, en las que cada par de años amenazaba con estallar una guerra parcial entre las potencias europeas, pero que siempre era postergada. Desde entonces estaba claro para todos: 1) que la guerra secreta y sorda de todos los estados capitalistas entre sí y sobre las espaldas de los pueblos asiáticos y africanos tendría que conducir tarde o temprano a un general arreglo de cuentas; que los vientos sembrados en África y Asia tendrían que azotar un día a Europa, en forma de terrible tempestad, tanto más cuanto los acontecimientos asiáticos y africanos tenían como contrapartida el creciente rearme de Europa; 2) que la guerra mundial europea estallaría tan pronto como los enfrentamientos parciales y cambiantes entre los estados imperialistas encontraran un eje central, una contradicción fuerte y predominante en torno al cual pudieran agruparse temporalmente. Esta situación se creó con la aparición del imperialismo alemán.

En Alemania se puede observar el surgimiento del imperialismo en un período muy corto de tiempo y en toda su pureza. El auge sin par de la gran industria y del comercio desde la fundación del Reich dio lugar en los años ochenta a dos formas especialmente características de la acumulación capitalista: al mayor desarrollo de los cárteles en Europa y a la más grande expansión y concentración de la banca en todo el mundo. Aquél ha organizado la industria pesada, es decir, la rama del capital especialmente interesada en los suministros al Estado de armamentos militares y en las empresas imperialistas (construcción de ferrocarriles, explotación del subsuelo, etc.), como el factor más influyente en el Estado. La concentración bancaria ha convertido al capital financiero en una potencia sin fisuras, dotado de una energía en continuo crecimiento y expansión; en una potencia que reina en la industria, el comercio y el crédito, tan poderosa en la economía privada como en la pública, con una capacidad de expansión ágil e ilimitada, siempre en busca de beneficio y de

acción; en una potencia impersonal, gigantesca, audaz y sin escrúpulos, de alcance internacional, y que, por su naturaleza misma, ha transformado el mundo en escenario de sus hazañas.

Añádase a ello un poder personal muy fuerte e inestable en sus iniciativas políticas, y el parlamentarismo más débil, incapaz de toda oposición, junto a todas las capas burguesas unidas en la oposición más salvaje a la clase obrera y atrincheradas tras el gobierno, se podrá, entonces, prever que ese imperialismo joven rebosante de energía y sin obstáculos de ninguna clase, que sí, señores míos, ustedes están en el comienzo y ciertamente un debutaba en el escenario mundial con enormes apetitos, cuando el mundo se encontraba, por así decirlo, ya repartido, debía convertirse rápidamente en el factor incalculable de agitación general.

Esta agitación se manifestó ya con el cambio radical en la política militar del Reich a fines de los años noventa, con los dos proyectos de ley sobre rearme naval; que aparecieron uno tras otro en 1898 y 1899, y que significaban, en un ejemplo sin precedentes, la duplicación inmediata de la marina de guerra, y un gigantesco plan de construcciones navales calculado aproximadamente para dos décadas. Esto no significaba solamente una profunda reestructuración de la política financiera y comercial del Reich —la tarifa arancelaria de 1902 fue sólo una sombra que siguió a los dos proyectos de ley sobre rearme naval—, sino la prolongación lógica de la política social y de todas las relaciones internas de clase y de partidos. Los decretos sobre las fuerzas navales significaban ante todo un significativo cambio en la dirección de la política exterior del Reich, en relación a como había sido desde su fundación. Mientras que la política de Bismarck se basaba en el principio de que el Reich fue siempre una potencia militar en tierra y debía seguir siéndolo, y la flota alemana se consideraba, todo lo más, como requisito superfluo para la defensa de las costas (el mismo secretario de Estado, Hollmann, declaraba en marzo de 1897 ante la comisión de Hacienda del Reichstag: «Para la protección de las costas no necesitamos marina, las costas se defienden por sí solas»), ahora se establecía un nuevo programa: Alemania debía convertirse en la primera potencia en tierra y en el mar. Se pasaba de la política continental de Bismarck a la política mundial, de la defensa al ataque como finalidad del rearme. El lenguaje de los hechos era tan claro que en el mismo Reichstag alemán se hizo necesario el comentario.

El 11 de marzo de 1896, después del famoso discurso del káiser con motivo del vigésimoquinto aniversario del Reich alemán, en el que, como indicio de los proyectos de rearme naval, había expuesto el nuevo programa, Lieber, entonces dirigente del centro, hablaba de «ilimitados planes navales» contra los que se debía protestar decididamente. Otro dirigente del centro, Schadler, manifestaba en el Reichstag el 23 de marzo de 1898, cuando se presentó el primer proyecto de ley de rearme naval: «El pueblo considera que no podemos ser la primera potencia en tierra y en el mar. Si ahora mismo se me dice que no se trata de eso, responderé: sí, señores míos, ustedes están en el comienzo y ciertamente un comienzo irreversible». Y



cuando se presentó el segundo proyecto, declaraba el mismo Schadler en el Reichstag el 8 de febrero de 1900, después de haber hecho alusión a las anteriores declaraciones, en las que se afirmaba que no se pensaba en ningún proyecto nuevo de ley sobre fuerzas navales: «y hoy esa fábula inaugura ni más ni menos que la creación de una flota a escala mundial, como base a una política mundial, mediante la duplicación de nuestra flota a través de un programa que debe durar casi dos décadas». Por otra parte, el mismo gobierno expuso abiertamente el programa político de la nueva orientación: el 11 de diciembre de 1899 decía von Bülow, entonces secretario de estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, en defensa del segundo proyecto de ley de rearme naval: «Si los ingleses hablan de una *greater Britain* (una Gran Bretaña más grande), si los franceses hablan de una *nouvelle France* (nueva Francia), si los rusos se apoderan de Asia, nosotros tenemos también el derecho a *ein grosseres Deutschland* (una Alemania más grande)... Si no construimos una flota capaz de proteger nuestro comercio, nuestros ciudadanos en el extranjero, nuestras misiones, y garantizar la seguridad de nuestras costas, ponemos en peligro los intereses más vitales de la patria... En el próximo siglo el pueblo alemán será *yunque o martillo*». Si se elimina el floreo retórico sobre la protección de las costas, de las misiones y del comercio, queda el programa lapidario: una Alemania más grande, política de martillo para los otros pueblos.

Para todos estaba claro contra quién se dirigían, en primer lugar, esas provocaciones: la nueva política naval agresiva hacía de Alemania el competidor de la primera potencia naval, Inglaterra. Y así se entendió en Inglaterra. La reforma de la flota y las declaraciones programáticas que la acompañaban provocaron en Inglaterra una viva inquietud que no ha cesado desde entonces. En marzo de 1910 repetía lord Robert Cecil, en el curso del debate sobre la flota sostenido en la Cámara de los Comunes, que retaba a cualquiera que justificara la construcción por Alemania de una gigantesca flota, si no tuviera la intención de entrar en lucha contra Inglaterra. La rivalidad en el mar mantenida por ambas partes desde hace quince años, y, finalmente, la febril construcción de *dreadnoughts* y de *super dreadnoughts*<sup>[13]</sup> era ya la guerra entre Alemania e Inglaterra. El proyecto de ley de rearme naval de 11 de diciembre de 1899 era una declaración de guerra por parte de Alemania, acusando recibo Inglaterra el 4 de agosto de 1914.

Debemos hacer notar que esa rivalidad naval no tenía nada que ver con la lucha económica por el mercado mundial. «El monopolio inglés» en el mercado mundial, que estrangulaba supuestamente el desarrollo capitalista de Alemania, y del que tantos disparates se dicen hoy día, constituye una de esas leyendas patrióticas de guerra que incluye también el mito de la feroz «revancha» francesa. Ya desde los años ochenta aquel «monopolio» se había convertido, para desgracia de los capitalistas ingleses, en una vieja historia. El desarrollo industrial de Francia, Bélgica, Italia, Rusia, India, Japón, pero, sobre todo, de Alemania y de los Estados Unidos había acabado con aquel monopolio en la primera mitad del siglo XIX, hacia los años

sesenta. En las últimas décadas un país tras otro irrumpieron junto a Inglaterra en el mercado mundial; el capitalismo se desarrolló impetuosamente, de acuerdo con su naturaleza, hasta formar la economía mundial capitalista.

Pero la supremacía naval inglesa, que aún hoy perturba el sueño a más de un socialdemócrata alemán, y cuya destrucción les parece una necesidad urgente a esos buenos señores para la prosperidad del socialismo internacional; esta supremacía naval, consecuencia de la expansión del imperio británico en los cinco continentes, no sólo no ha perturbado al capitalismo alemán, sino que éste creció con asombrosa rapidez bajo su yugo y se convirtió en un robusto mozo de fuertes carrillos. Justamente Inglaterra y sus colonias son la pieza angular del auge de la gran industria alemana, tal como, a la inversa, Alemania es para el imperio británico el más importante e indispensable cliente. Lejos de chocar el desarrollo del gran capital británico y del alemán, dependen el uno del otro y están ligados por una amplia división del trabajo; favorecida, en gran medida, por el libre comercio inglés. El comercio alemán y sus intereses en el mercado mundial no tenían nada que ver con el cambio de frente en la política alemana y con la construcción de la flota.

Tampoco el dominio colonial alemán conducía por sí mismo a un peligroso enfrentamiento mundial ni a la rivalidad naval con Inglaterra. Las colonias alemanas no necesitaban para su protección una potencia naval de primer orden, porque, por su condición, apenas despertaban en nadie, y mucho menos en Inglaterra, la envidia hacia el Reich alemán. Y si ahora, en el curso de la guerra, se han apoderado de ellas Inglaterra y Japón, que lo robado cambie de propietario, es una medida corriente y efecto de la guerra, tal como ahora el apetito de los imperialistas alemanes se lanza insaciable hacia Bélgica sin que antes, en tiempo de paz, nadie que no estuviera loco se hubiera atrevido a plantear la anexión de Bélgica. Nunca se hubiese producido una guerra por tierra o por mar entre Inglaterra y Alemania a causa de África suroriental y suroccidental, del país de Guillermo o del Tsingtao, pues inmediatamente antes de empezar la guerra actual se había llegado a un acuerdo entre Alemania e Inglaterra para iniciar un reparto amistoso entre las dos potencias de las colonias portuguesas en África.

El desarrollo del poder naval y el despliegue del estandarte político mundial por parte alemana presagiaban nuevas y grandes incursiones del imperialismo alemán en el mundo. Con esta ofensiva flota de primera clase y los continuos incrementos del ejército, que se sucedieron con rapidez paralelamente a la construcción de la flota, se creó un aparato para la futura política, cuya orientación y objetivos tenían abiertas las puertas en par para incalculables posibilidades. La construcción de la flota y el rearme se convirtieron en el negocio más grandioso de la gran industria alemana, abriendo al mismo tiempo ilimitadas perspectivas para las ulteriores operaciones de los cárteles y de los bancos en todo el mundo. Con esto quedaba asegurada la unión de todos los partidos burgueses bajo la bandera del imperialismo. El centro socialdemócrata siguió el ejemplo de los nacional-liberales<sup>[14]</sup>, tropa de choque de la

industria pesada imperialista; precisamente el centro<sup>[15]</sup>, que, con la aceptación, en 1900, de los proyectos de ley sobre las fuerzas navales<sup>[16]</sup> que inauguraba una política mundial denunciada por él obstinadamente, se convirtió definitivamente en un partido gubernamental; los liberales siguieron rezagadamente al centro en el asunto del proyecto de ley sobre las fuerzas navales y las tarifas aduaneras; posteriormente cerraba la marcha la nobleza terrateniente, que de adversario contumaz de la «horrible flota<sup>[17]</sup>» y de la construcción del canal, pasó a ser solícito gorrón y parásito del militarismo naval, del robo colonial y de la política arancelaria que le acompañaba. Las elecciones al Reichstag de 1907, las llamadas «elecciones de hotentotes», mostraron al desnudo una Alemania burguesa por entero, en un paroxismo de entusiasmo imperialista y firmemente unida bajo una bandera: la Alemania de von Bülow<sup>[18]</sup>, que se sentía llamada a salir a escena como martillo del mundo. Y estas elecciones —con su atmósfera de pogromo, preludio de la Alemania del 4 de agosto— fueron una provocación no sólo a la clase obrera alemana, sino también a los demás Estados capitalistas, un puño levantado contra nadie en particular, pero contra todos en general.

## IV. La expansión imperialista alemana

Turquía se convirtió en el campo de operaciones más importante del imperialismo alemán; su guía fue el Deutsche Bank y sus gigantescos negocios en Asia, que se encuentran en el centro de la política alemana en el Oriente. En los años cincuenta y sesenta operaba principalmente en la Turquía asiática el capital inglés, que construyó el ferrocarril que partía de Esmirna y obtuvo la concesión del primer tramo del ferrocarril desde Anatolia hasta Esmit. En 1888 hizo su aparición el capital alemán, que recibió de Abdul Hamid para su explotación los tramos construidos por los ingleses y la concesión para construir los nuevos tramos desde Esmit hasta Aniora con las líneas secundarias hacia Escútari, Brussa, Konia y Kaizarile. En 1899 el Deutsche Bank consiguió la opción para construir y usufructuar un puerto con sus instalaciones adjuntas en Haidar Pacha, así como la exclusiva del comercio y de las aduanas en ese puerto. En 1901 el gobierno turco otorgaba al Deutsche Bank la concesión del gran ferrocarril de Bagdad hasta el golfo Pérsico, y en 1907, la desecación del lago de Karaviran y la irrigación de la planicie de Koma.

La otra cara de la medalla de esa gran «obra cultural pacífica» es la «pacífica» e inmensa ruina del campesinado del Asia Menor. Los costos de estas colosales obras fueron adelantados, naturalmente, por el Deutsche Bank, mediante un ampliamente ramificado sistema de deuda pública; el Estado turco se convirtió para siempre en deudor de los señores Siemens, Gwinner, Helferich, etc., tal como antes lo había sido de los capitales inglés, francés y austriaco. Este deudor no sólo debía extraer cuantiosas sumas de las arcas del Estado para pagar los intereses de los empréstitos, sino que estaba obligado a garantizar las ganancias brutas de los ferrocarriles construidos. Los medias de transporte y las instalaciones más modernas se situaban en un contexto económico extremadamente atrasado, basado fundamentalmente en una economía natural, es decir, en una economía campesina de lo más primitiva: del árido suelo de esta economía, succionada sin escrúpulos desde hacía siglos por el despotismo oriental, y que apenas producía algunas briznas para la alimentación propia del campesinado, una vez pagados los impuestos al Estado, no podía salir, como es obvio, el necesario tráfico y las ganancias para los ferrocarriles. De acuerdo con las características económicas y culturales del país, el tráfico de mercancías y viajeros estaba muy poco desarrollado y sólo podía crecer con lentitud. A fin de compensar lo que faltaba para completar el beneficio del capital empleado, el Estado turco acordó conceder anualmente a las compañías ferroviarias una subvención, bajo la forma de «garantía de kilometraje». Fue siguiendo este sistema como el capital austriaco y el francés construyeron el ferrocarril en la Turquía europea; el mismo sistema se aplicó en todas las empresas del Deutsche Bank en la Turquía asiática. Como garantía y para asegurar el pago del subsidio, el gobierno turco transfirió a los representantes del capital europeo el llamado «consejo de administración de la deuda pública», la fuente principal de los ingresos del Estado turco: los diezmos de una

serie de provincias. Entre 1893 y 1910, por ejemplo, el gobierno turco ha subvencionado con unos noventa millones de francos el ferrocarril hasta Angora y el ramal Eskischeir-Konia. Los «diezmos» que hipoteca repetidamente el Estado turco en favor de sus acreedores europeos son los antiquísimos tributos campesinos en especies, cereales, corderos, seda, etc. Los diezmos no son percibidos directamente, sino a través de intermediarios del tipo de los famosos recaudadores de impuestos de la Francia prerrevolucionaria; el Estado vende en subasta, es decir, a los que ofrezcan más, los ingresos previstos por los tributos de cada *wilajet* (provincia) contra el pago al contado. Si el diezmo de un *wilajet* ha sido adquirido por un especulador o por un consorcio, éstos venden los diezmos de cada *sandschaks* (distrito) a otros especuladores, que a su vez ceden su parte a toda una serie de pequeños agentes. Como todos quieren cubrir sus gastos y obtener todo el beneficio que sea posible, el diezmo crece como una avalancha a medida que se acerca al campesino. Éste, casi siempre endeudado, espera con impaciencia el momento de vender su cosecha, pero una vez que ha segado sus mieses debe esperar, a veces semanas enteras, para hacer la trilla, a que el recaudador se lleve la parte que le corresponde. El recaudador, con frecuencia comerciante él mismo en granos, utiliza esta situación del campesino, que siente la amenaza de que se le pudra toda la cosecha en el campo, para arrancársela a bajo precio, y sabe hacer frente a las quejas de los descontentos con la ayuda de los funcionarios y especialmente de los *muktars* (alcaldes). Si no se encuentra ningún recaudador de impuestos, el gobierno recoge los diezmos en especies, los lleva a los depósitos y los transfiere a los acreedores capitalistas como «subvención». Éste es el mecanismo interno de la «regeneración económica de Turquía» mediante la obra cultural del capital europeo.

Por medio de estas operaciones se logran dos resultados. La pequeña economía campesina del Asia Menor se convierte en objeto de un bien organizado proceso de succión para provecho y utilidad del capital financiero e industrial europeo, en este caso, sobre todo del alemán. Con ello crece la «esfera de intereses» de Alemania en Turquía, que, a su vez, da fundamento y ocasión para la «protección» política de Turquía. Al mismo tiempo, el aparato de succión necesario para la explotación económica del campesinado, es decir, el gobierno turco, se convierte en obediente instrumento, en vasallo de la política exterior alemana. Ya desde hace mucho tiempo estaban bajo control europeo las finanzas, la política arancelaria, la política tributaria y el presupuesto nacional de Turquía. La influencia alemana se ha apoderado especialmente de la organización militar.

De todo esto resulta claro que el imperialismo alemán está interesado en el fortalecimiento del Estado turco, para evitar, al menos, su desmoronamiento, su caída prematura. La liquidación acelerada de Turquía conduciría a su reparto entre Inglaterra, Rusia, Italia, Grecia y otros; y el capital alemán perdería una base excepcional para las grandes operaciones. Se produciría, al mismo tiempo, un extraordinario crecimiento del poder de Rusia y de Inglaterra, así como de los

Estados mediterráneos. Para el imperialismo alemán se trata de conservar el cómodo aparato del «Estado turco independiente» y de la «integridad» de Turquía el tiempo suficiente, hasta que sea devorado desde su interior mismo por el capital alemán, como lo fuera anteriormente Egipto por los ingleses o ahora Marruecos por los franceses, cayendo en manos alemanas como fruto maduro. El conocido portavoz del imperialismo alemán, Paul Rohrbach, declaraba franca y honradamente: «La misma situación de Turquía hace que, rodeada por todas partes de ambiciosos vecinos, busque el apoyo de una potencia que en lo posible no tenga intereses territoriales en Oriente. Esta potencia es Alemania. Nosotros, por nuestra parte, sufriríamos grandes pérdidas si desapareciese Turquía. Si Rusia e Inglaterra fueran los herederos principales de los turcos, resulta evidente que esos dos Estados incrementarían considerablemente su poder. Pero aunque Turquía fuese dividida de forma que una parte importante nos tocara, esto implicaría para nosotros dificultades sin fin, pues Rusia, Inglaterra y en cierto sentido también Francia e Italia son vecinas de la actual zona de soberanía turca y, bien por tierra o por mar, o por ambas vías, están en condiciones de ocupar y defender su parte. Nosotros, por el contrario, no tenemos ningún contacto directo con el Oriente... Un Asia Menor o una Mesopotamia alemanas sólo podrían llegar a ser realidad si antes, por lo menos, Rusia y también Francia fueran obligadas a renunciar a sus actuales fines e ideales políticos, es decir, si antes la guerra mundial tuviese un desenlace decisivo en beneficio de los intereses alemanes» (*Der Krieg und die deutsche Politik* [La guerra y la política alemana], pág. 36).

Alemania, que el 8 de noviembre de 1898 juró solemnemente en Damasco, a la sombra del gran Saladino, defender y amparar al mundo mahometano y a la verde bandera del Profeta, fortaleció con gran celo durante una década al régimen del sanguinario sultán Abdul Hamid, prosiguiendo su obra, tras un corto período de alejamiento, en el joven régimen turco<sup>[19]</sup>. Además de los pingües negocios del Deutsche Bank, la misión se ocupó de la reorganización y entrenamiento de las fuerzas militares turcas con Goltz Pascha a la cabeza, utilizando instructores alemanes. La modernización del ejército generó nuevas y pesadas cargas sobre los hombres del campesinado turco, pero también nuevos y brillantes negocios para Krupp y el Deutsche Bank. Al mismo tiempo, el militarismo turco se convertía en dependiente del militarismo prusiano-alemán y en punto de apoyo de la política alemana en el Mediterráneo y en el Asia Menor.

Que la «regeneración de Turquía» emprendida por Alemania no es más que un intento artificial por galvanizar a un cadáver lo demuestra mejor que nada el destino de la revolución turca. En su primera fase, mientras el elemento ideológico predominaba en el joven movimiento turco, mientras se abrigaban proyectos de altos vuelos e ilusiones en torno a una nueva primavera rebosante de vida y a la renovación interna de Turquía, sus simpatías políticas se dirigían principalmente hacia Inglaterra, considerada ideal del moderno Estado liberal, mientras que Alemania, protectora



oficial durante muchos años del sagrado régimen del viejo Sultán, aparecía como enemigo de los Jóvenes Turcos. La revolución de 1908 parecía ser la derrota de la política alemana en el Oriente y, en general, así fue interpretada, presentándose el derrocamiento de Abdul Hamid como el fin de la influencia alemana. Pero, una vez que los Jóvenes Turcos llegaron al poder, mostraron una incapacidad total para realizar cualquier tipo de reforma moderna en lo económico, social y nacional; a medida que se manifestaba cada vez más su carácter contrarrevolucionario, volvieron rápidamente a los métodos patriarcales de opresión de Abdul Hamid, es decir, al baño de sangre periódicamente organizado entre los pueblos sometidos, a los que se azuzaba unos contra otros, y a la ilimitada explotación oriental del campesinado, que constituían los dos pilares fundamentales del Estado. El mantenimiento artificial de este régimen de violencia se convirtió en la preocupación principal de la «Joven Turquía», y se retornó también en política exterior a las tradiciones de Abdul Hamid: a la alianza con Alemania.

Teniendo en cuenta lo complejo de la cuestión de las nacionalidades que dividen el Estado turco: armenios, kurdos, sirios, árabes, griegos (y, hasta hace poco, albanos y macedonios); dada la multiplicidad de problemas económico-sociales en las diferentes partes del reino; dado el surgimiento de un fuerte y vigoroso capitalismo en los jóvenes Estados balcánicos vecinos, y, sobre todo, la actividad económica disgregadora del capital y de la diplomacia internacional en Turquía durante largos años, todo el mundo, pero especialmente la socialdemocracia alemana, veía claramente ya desde hace tiempo que la real regeneración del Estado turco era empresa desesperada y que todos los intentos por mantener aquel montón de ruinas tambaleante e inestable terminaría en una operación reaccionaria. Ya con motivo de la importante insurrección cretense de 1896 tuvo lugar en la prensa del partido alemán una profunda discusión del problema del Oriente, que condujo a la revisión del punto de vista defendido por Marx en la época de la guerra de Crimea<sup>[20]</sup> y a rechazar definitivamente la idea de la «integridad turca» como una herencia de la reacción europea. La prensa socialdemócrata alemana denunció, antes que nadie, con rapidez y precisión la esterilidad social en el interior y el carácter reaccionario del régimen de los Jóvenes Turcos.

Era una idea típicamente prusiana pensar que bastaba un ferrocarril estratégico para una rápida movilización y algunos valientes instructores militares para restaurar una barraca tan carcomida como era el Estado turco<sup>[21]</sup>.

Ya en el verano de 1912 el régimen de los Jóvenes Turcos iniciaba el camino de la contrarrevolución. El primer acto de la «regeneración» turca en esa guerra fue, significativamente, el golpe de Estado<sup>[22]</sup>, la abolición de la Constitución, es decir, también en ese aspecto, el retorno formal al régimen de Abdul Hamid.

El militarismo turco, impulsado por Alemania, sufrió ya en la primera guerra de los Balcanes, una lamentable derrota<sup>[23]</sup>. Y la guerra actual, en cuyo fatídico torbellino

ha sido empujada Turquía<sup>[24]</sup> en calidad de *protegida* de Alemania, conducirá fatalmente, cualquiera que sea su resultado, a una vasta o definitiva liquidación del Imperio turco.

La posición del imperialismo alemán —es decir, esencialmente los intereses del Deutsche Bank— ha colocado en Oriente al Reich alemán en conflicto con todos los demás estados. Sobre todo con Inglaterra. Ésta no sólo tuvo que ceder a sus rivales alemanes buenos negocios y, por lo tanto, pingües beneficios en Anatolia y Mesopotamia —situación que aceptó resignadamente—, sino que la construcción de ferrocarriles con fines estratégicos y el fortalecimiento del militarismo turco bajo influencia alemana se producía en uno de los puntos más sensibles de la política mundial para Inglaterra: en un punto crucial situado entre el Asia central, Persia e India, por una parte, y Egipto por la otra.

«Inglaterra —escribe Rohrbach en *El ferrocarril de Bagdad*— sólo puede ser atacada y lesionada gravemente, fuera de Europa, en un lugar: en Egipto. Con Egipto, Inglaterra perdería no sólo el dominio sobre el canal de Suez y la comunicación con la India y Asia, sino también probablemente sus posesiones en el África central y oriental. La conquista de Egipto por parte de una potencia musulmana como Turquía podría tener peligrosas repercusiones sobre los 60.000 000 de súbditos musulmanes de Inglaterra en la India, a los que habría que añadir los de Afganistán y Persia. Pero Turquía sólo puede pensar en Egipto a condición de que disponga de un amplio sistema ferroviario en el Asia Menor y en Siria, que ampliando el ferrocarril de Anatolia, pueda rechazar un ataque inglés en Mesopotamia, que aumente y mejore su ejército, y que progresen favorablemente su situación económica general y sus finanzas».

En su libro *La guerra mundial y la política alemana* aparecido a comienzos de la guerra mundial, dice:

«El ferrocarril de Bagdad tenía la finalidad, desde un principio, de comunicar directamente a Constantinopla y a los principales puntos militares del reino turco en Asia Menor, con Siria y las provincias del Eúfrates y del Tigris... Estaba previsto, naturalmente, que el ferrocarril, junto a las líneas ferroviarias de Siria y Arabia, en parte sólo proyectadas y en parte en obras ya terminadas, debía garantizar la posibilidad de poder transportar tropas turcas en dirección a Egipto... Nadie negará que, supuesta la alianza germano-turca, y otras condiciones, cuya realización hubiese sido menos sencilla que aquella alianza, el ferrocarril de Bagdad significa para Alemania un seguro de vida político».

Así de claro hablaban los portavoces semioficiosos del imperialismo alemán sobre sus planes e intenciones en Oriente. La política alemana mostraba allí contornos fuertemente expansivos, una tendencia agresiva que ponía en peligro el equilibrio de la política mundial mantenido hasta entonces, y situada una visible punta de lanza contra Inglaterra. La política alemana en Oriente era el comentario concreto a la política naval inaugurada en 1899.

Al mismo tiempo, Alemania, con su programa de integridad para Turquía, entraba en conflicto con los Estados balcánicos, cuya culminación histórica y auge interno se identificaba con la liquidación de la Turquía europea. Finalmente, entró en conflicto con Italia, cuyos apetitos imperialistas se dirigían fundamentalmente hacia las posesiones turcas. En la Conferencia de Marruecos, celebrada en Algeciras en 1905<sup>[25]</sup>, Italia se encontraba ya al lado de Inglaterra y Francia. Y, seis años después, la expedición italiana a Trípoli, que siguió a la anexión de Bosnia por Austria, fue el preludio de la primera guerra de los Balcanes y significó el desafío de Italia, la ruptura de la alianza tripartita y el aislamiento de la política alemana también por este lado.

La segunda orientación de los esfuerzos expansionistas alemanes se manifestó en Occidente, en el caso marroquí. En ningún otro aspecto se mostró tan radicalmente el alejamiento de la política de Bismarck. Como es sabido, Bismarck favoreció intencionadamente las aspiraciones coloniales de Francia, con el fin de desviarla de los puntos álgidos en el continente, de Alsacia y Lorena. La nueva orientación de Alemania se dirigía, por el contrario, directamente contra la expansión colonial francesa. Pero la situación objetiva en Marruecos era completamente distinta a la de la Turquía asiática. La presencia de intereses del capital alemán en Marruecos era mínima. Sin duda, durante la crisis de Marruecos, los imperialistas alemanes hicieron mucho ruido en torno a las reivindicaciones de la firma capitalista Mannesmann de Remscheid, que había prestado dinero al Sultán de Marruecos, recibiendo a cambio concesiones de explotaciones mineras consideradas como de «interés vital para la patria». Sin embargo, era demasiado claro que ambos grupos capitalistas competidores en Marruecos —tanto el grupo Mannesmann como la sociedad Krupp-Scheider— representaban una combinación internacional de empresas alemanas, francesas y españolas, para hablar en serio y con fundamento de una «esfera de intereses alemanes». Más sistemática fue la decisión y la energía de que dio muestras súbitamente el Reich alemán, en 1905, al dar a conocer su pretensión de cooperar en la solución del asunto de Marruecos y su protesta contra la hegemonía francesa en Marruecos. Era el primer choque en la arena político-mundial con Francia. Todavía en 1895, Alemania, junto con Francia y Rusia, atacaron al victorioso Japón, para impedirle que explotase su victoria sobre China en Chimonoseki. Cinco años más tarde marchaba estrechamente unida a Francia en la gran falange internacional formada por la expedición de pillaje contra China. Y ahora, en Marruecos, se asistía a un cambio radical de la política alemana en sus relaciones con Francia. Por dos veces, en los siete años que duró la crisis de Marruecos, se estuvo muy cerca de una guerra entre Francia y Alemania; ya no se trataba de la «revancha», de un enfrentamiento continental entre ambos Estados. Aquí se manifestaba un nuevo antagonismo debido a los intereses contradictorios de los imperialismos alemán y francés. Como resultado final de la crisis, Alemania se conformó con el territorio francés en el Congo, reconociendo implícitamente que no poseía ni tenía que defender intereses propios en

Marruecos. Pero, precisamente por eso, alcanzó una gran importancia política la presencia alemana en la cuestión de Marruecos. El mismo carácter indeterminado de los objetivos y reivindicaciones concretas de la política alemana en Marruecos revelaba lo ilimitado de sus apetitos, de sus intentos en busca de botín; fue una declaración de guerra imperialista contra Francia. La oposición entre los dos Estados se manifiesta aquí con meridiana claridad. Por una parte, un desarrollo industrial lento, una población estancada, un Estado de rentistas que invierte principalmente en el extranjero, dueño de un gran imperio colonial que apenas podía mantener; por otra parte, un capitalismo poderoso, joven, que aspira a ocupar el primer puesto y que recorre el mundo a la caza de colonias. Era impensable la ocupación de colonias inglesas. Por eso, las ansias insaciables del imperialismo alemán sólo podían dirigirse, en primer lugar, con excepción de la Turquía asiática, a las posesiones francesas. Estas posesiones ofrecían fácil carnaza para resarcir eventualmente a Italia a costa de Francia por las previsibles veleidades expansionistas de Austria en los Balcanes, y mantenerla en la alianza tripartita ligándola a una empresa común. Que las pretensiones alemanas en Marruecos inquietaran al imperialismo francés es natural, si se piensa que Alemania, establecida en cualquier parte de Marruecos, siempre estaría en condiciones de prender fuego por los cuatro costados al imperio norteafricano francés, suministrando armas a una población que vivía en crónico estado de guerra contra los conquistadores franceses. La renuncia y conformidad final de Alemania sólo eliminaron la inmediatez del peligro, pero persistía la inquietud francesa y el antagonismo creado en el plano de la política mundial<sup>[26]</sup>.

La política alemana en Marruecos no sólo entraba en conflicto con Francia, sino también indirectamente con Inglaterra. La súbita presencia del imperialismo alemán, sus pretensiones y el vigor que confirió a su actuación en Marruecos, muy próximo a Gibraltar, uno de los puntos cruciales más importantes de las vías políticas mundiales del imperialismo británico, tenía que ser considerada necesariamente como una manifestación hostil contra Inglaterra. Aún desde el simple punto de vista formal, la primera protesta de Alemania se dirigía contra el convenio de 1904 entre Inglaterra y Francia sobre Marruecos y Egipto, y la petición alemana aspiraba clara y rotundamente a excluir a Inglaterra de todo acuerdo en el caso de Marruecos. Las consecuencias inevitables de esta actitud, respecto a las relaciones anglo-alemanas, no podían ser un secreto para nadie. El corresponsal en Londres del *Frankfurter Zeitung* describe claramente la situación creada en su crónica del 8 de noviembre de 1911:

«Éste es el resultado: un millón de negros en el Congo, una gran modorra y un fuerte resentimiento contra la ‘pérfida Albión’. Alemania superará la modorra. Pero ¿qué pasará respecto a nuestras relaciones con Inglaterra? Tal como están, no pueden continuar así, sino que según todo el cálculo de probabilidades histórico, o se agravarán, conduciendo a la guerra, o mejorarán rápidamente... La expedición del *Panther* fue —como expresaba recientemente y con acierto el corresponsal berlinés

del *Frankfurter Zeitung*— un golpe de efecto para demostrar a Francia que Alemania todavía existe... Las repercusiones que esta expedición ha producido aquí no pueden haber sorprendido a nadie en Berlín; al menos, ningún corresponsal de esta ciudad ha dudado de que Inglaterra se pondría enérgicamente al lado de Francia. ¡Cómo puede el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* seguir aferrado al tópico de que Alemania debe negociar ‘sólo con Francia’! Desde hace ya siglos se ha ido configurando en Europa una interrelación cada vez más fuerte de intereses políticos. Cuando un país es maltratado, se cumple la ley política natural que nos rige, según la cual unos se alegran y otros se irritan. Cuando hace dos años los austríacos tuvieron pleito con Rusia a causa de Bosnia, Alemania ocupó el primer plano en ‘brillante defensa’, aunque en Viena, como después se dijo, hubieran preferido arreglar el asunto por sí mismos... Vi incomprensible que se haya podido pensar en Berlín que los ingleses, recién superado un período de actitud decididamente antialemana, pudiese dejarse convencer de que nuestras negociaciones con Francia no les afectaban en modo alguno. Se trataba, en último término, de una cuestión de fuerza, pues un codazo, por muy pacífico que quiera aparecer, es un hecho, y nadie puede prever con qué rapidez le seguirá un puñetazo en la boca... Desde entonces la cuestión ha sido menos crítica. En el momento en que hablaba Lloyd George existía, tal como hemos sido fielmente informados, el grave peligro de una guerra entre Alemania e Inglaterra... Teniendo en cuenta la política que desde hace tiempo prosigue sir Edward Grey y sus representantes, cuyas motivaciones no vamos a discutir ahora, ¿cabría esperar acaso de ellos otra actitud ante la cuestión de Marruecos? Nos parece que si Berlín ha tenido en cuenta todo esto, su política está ya juzgada».

De esta forma la política imperialista creó tanto en el Próximo Oriente como en Marruecos un agudo conflicto entre Alemania e Inglaterra, así como con Francia. ¿Cuál era el estado de las relaciones entre Alemania y Rusia? ¿Qué es lo que hay en el fondo del enfrentamiento? En el clima de pogrom que se había apoderado de la opinión pública alemana en las primeras semanas de la guerra, se creía cualquier cosa. Se creía que las mujeres belgas sacaban los ojos a los heridos alemanes, que los cosacos comían cera y cogían a los niños por las piernas y los despedazaban; se creía también que el objetivo bélico ruso era la anexión del Reich alemán, aniquilar la cultura alemana e implantar el absolutismo desde el Warthe hasta el Rhin, desde Kiel hasta Munich.

El *Chemnitzer Volksstimm*, órgano socialdemócrata, escribía el 2 de agosto:

«En estos momentos sentimos todo el deber de luchar, por encima de todo, contra el dominio del látigo ruso. Las mujeres y los niños de Alemania no deben convertirse en víctimas de las brutalidades rusas, ni la nación alemana en presa de los cosacos. Si triunfa la alianza tripartita, no será un gobernador inglés o un republicano francés quienes gobiernen Alemania, sino un zar ruso. Por eso defendemos en estos momentos todo cuanto hay, de cultura y libertad alemanas contra un enemigo implacable y bárbaro».

El *Frankische Tagespost* hacía un llamamiento el mismo día:

«No queremos que los cosacos, que han ocupado ya todos los puestos fronterizos, irrumpan en nuestro país y traigan la destrucción a nuestras ciudades. No queremos que el zar ruso, en cuyo amor por la paz no ha creído la socialdemocracia ni siquiera el día que publicó su manifiesto por la paz, que es el peor enemigo del pueblo ruso, domine sobre cualquier persona de origen alemán».

Y el *Konigsberger Volkszeitung* escribía el 2 de agosto:

«Pero ninguno de nosotros, se encuentre en edad militar o no, puede dudar ni un solo momento que mientras dure la guerra, deba hacer todo lo posible para alejar de nuestras fronteras al infame régimen zarista, pues si triunfara, miles de nuestros camaradas acabarían en las crueles cárceles rusas. Bajo el cetro ruso no queda ni rastro del derecho a la autodeterminación de los pueblos; allí no se permite prensa socialdemócrata; están prohibidas las asociaciones y asambleas socialdemócratas. Y por eso, ninguno de nosotros puede pensar o prever en esta hora si Rusia vencerá o no, sino que todos queremos, a pesar de nuestro odio por la guerra, cooperar para protegernos de los horrores de esos infames que gobiernan en Rusia».

Tendremos ocasión de analizar más de cerca la relación entre la cultura alemana y el zarismo ruso, que representan un capítulo completo de la actitud de la socialdemocracia alemana en esta guerra. Por lo que concierne a las veleidades anexionistas del zar con respecto al Reich alemán, podría suponerse igualmente que Rusia intenta anexionarse Europa, también, quizá, la Luna. En la guerra actual se trata fundamentalmente de la existencia de dos Estados: Bélgica y Serbia. Contra los dos se dirigieron los cañones alemanes proclamando que estaba en juego la existencia de Alemania. No se puede discutir con fanáticos del asesinato ritual. Pero para la gente que no tenga en cuenta los instintos del populacho ni las burdas consignas que la difamatoria prensa nacionalista le dirige al populacho, sino simplemente el punto de vista político, ve claramente que el zarismo ruso tenía tanta probabilidad de anexionarse a Alemania como la Luna. A la cabeza de la política rusa se encuentran canallas consumados, pero no locos; y la política del absolutismo, dentro de sus peculiares características, tiene en común con cualquier otra que no se mueve en las nubes, sino en el mundo de las posibilidades reales, en el espacio donde las cosas chocan duramente entre sí. Y en lo que concierne a la temida detención y deportación a perpetuidad de los camaradas alemanes en Siberia, como a la implantación del absolutismo ruso en el Reich alemán, los políticos del sanguinario zar son, pese a toda su inferioridad intelectual, mejores materialistas históricos que nuestros periodistas del partido. Estos políticos saben muy bien que una forma de Estado no puede «introducirse» a capricho no importa dónde, sino que toda forma de Estado corresponde a una base determinada económico-social; saben por experiencia propia y amarga que hasta en la misma Rusia las condiciones de su dominación están a punto de desaparecer; saben también que la reacción dominante en cada país sólo puede soportar y exige las formas que le convienen, y que la especie de absolutismo

que corresponde a las relaciones alemanas de clases y partidos es el Estado policiaco de los Hohenzollern y el derecho electoral censitario prusiano. Considerando objetivamente las cosas, no existía el menor motivo de preocupación de que el zarismo ruso, aun en el improbable caso de su victoria total, intentaría seriamente destruir estos productos de la cultura alemana.

En realidad, los antagonismos entre Rusia y Alemania se desarrollaban en un plano completamente distinto. No se enfrentaban en el plano de la política interior, que, por el contrario, gracias a sus tendencias comunes e íntima afinidad había fundamentado una antigua y secular amistad entre ambos Estados, sino, en contra y a pesar de la solidaria política interior, en el terreno de la política exterior, en el terreno de la política de conquistas a nivel mundial.

Al igual que en los Estados occidentales, el imperialismo ruso se compone de elementos muy diversos. Pero su característica más destacada no es, como en Alemania e Inglaterra, la expansión económica del capital sediento de acumulación, sino el interés político del Estado. Es verdad que la industria rusa —como es típico, en general, de toda producción capitalista— exporta (a causa de la debilidad de su mercado interior) a Oriente, China, Persia y al Asia central, y que el gobierno zarista trata de fomentar por todos los medios estas exportaciones como fundamento conveniente de su «esfera de intereses». Pero en este caso la política estatal es la parte impulsora, no la impulsada. Por un lado, en las tendencias de conquista del zarismo se manifiesta la expansión tradicional de un poderoso imperio, cuya población abarca hoy 170 millones de hombres y que trata de alcanzar, por motivos tanto económicos como estratégicos, el acceso libre a los mares, al océano Pacífico en el Oriente, y al Mediterráneo en el Sur. Por otro lado, la pervivencia del absolutismo exige la necesidad de mantener una posición que imponga respeto en la concurrencia general de los grandes Estados a nivel de la política mundial para asegurarse el crédito financiero del capitalismo extranjero, sin el cual el zarismo no puede vivir. A esto se añade finalmente, como en todas las monarquías, el interés dinástico que, dada la oposición cada vez más aguda entre el régimen y la gran masa de la población, necesita mantener su prestigio en el extranjero y distraer la atención de las dificultades internas, como instrumento indispensable de su política.

Sin embargo, cobran cada vez más importancia los intereses burgueses modernos como factor del imperialismo en el imperio zarista. El joven capitalismo ruso, que bajo el régimen absolutista no puede alcanzar, como es natural, su completo desarrollo ni salir, en general, de la fase del primitivo sistema de saqueo, ve ante sí un brillante futuro por las inconmensurables fuentes naturales de este gigantesco imperio. No cabe la menor duda de que en cuanto Rusia se desembarace del absolutismo —supuesto que el nivel internacional de la lucha de clases le otorgue todavía ese plazo— se desarrollará rápidamente hasta convertirse en el primer Estado capitalista moderno. Es la previsión de ese futuro y, por decirlo así, como adelanto de la avidez de acumulación, lo que llena a la burguesía rusa de un ímpetu



marcadamente imperialista y que la hace manifestar con ardor sus pretensiones en el reparto del mundo. Este ímpetu histórico encuentra, al mismo tiempo, apoyo en los intereses actuales muy poderosos de la burguesía rusa. En primer lugar, los intereses evidentes de la industria de armamentos y sus distribuidores; en Rusia desempeña también un papel muy importante la industria pesada fuertemente organizada en cárteles. En segundo lugar, el antagonismo con el «enemigo interno», con el proletariado revolucionario, ha revalorizado especialmente la estima de la burguesía rusa por el militarismo y por los efectos desorientadores del evangelio de la política mundial, y obligado a cerrar filas tras el régimen contrarrevolucionario. El imperialismo de los círculos burgueses en Rusia, particularmente de los liberales, ha crecido en la atmósfera tormentosa de la revolución y le ha prestado características más actuales en este bautizo moderno de la política exterior tradicional del imperio zarista.

El objetivo principal de la política tradicional del zarismo y de la burguesía rusa actual son los Dardanelos, que, según el conocido dicho de Bismarck, representan la clave de las posesiones rusas en el mar Negro. En pos de este objetivo Rusia ha sostenido desde el siglo XVIII toda una serie de sangrientas guerras con Turquía, aceptando la misión de libertadora en los Balcanes y produciendo, a su servicio, enormes montañas de cadáveres en Ismail, en Navarin, en Sinope, Silistra y Sebastopol, en Plevna y Chipka. La defensa de los hermanos eslavos y cristianos contra las crueldades turcas actuó en el *mujik* ruso como leyenda bélica con la misma fuerza que actúa hoy en la socialdemocracia alemana la defensa de la cultura alemana y el temor ante las crueldades rusas. La burguesía rusa sentía más entusiasmo por las perspectivas en el Mediterráneo que por la misión civilizadora en Manchuria y Mongolia. La guerra japonesa fue criticada duramente por la burguesía liberal como una absurda aventura, porque desviaba la política rusa de su más importante tarea: los Balcanes. Pero en otro sentido, la desgraciada guerra contra el Japón produjo el mismo efecto. La expansión del poderío ruso en Asta oriental y central, hasta el Tíbet y su penetración en Persia, tenía que inquietar vivamente al vigilante imperialismo inglés. Preocupada por el enorme imperio indio, Inglaterra seguía con creciente desconfianza los avances asiáticos del imperio zarista. De hecho, el antagonismo anglo-ruso en Asia a comienzos de siglo era la contradicción político-mundial más fuerte de la coyuntura internacional y se convertirá probablemente, después de la actual guerra mundial, en el foco del futuro desarrollo imperialista. La estrepitosa derrota de Rusia en 1904 y el estallido revolucionario modificaron la situación. Al visible debilitamiento del imperio zarista siguió la distensión con Inglaterra, que condujo en 1907 a un acuerdo sobre el reparto de Persia y a relaciones de buena vecindad en Asia central. Todo esto contribuyó, por lo pronto, a debilitar los impulsos de Rusia hacia las grandes empresas en Oriente, y su energía se dirigió con más fuerza a su antiguo objetivo: la política balcánica. Y fue aquí donde la Rusia zarista, después de un siglo de fiel y bien fundada amistad, entró, por vez primera, en

doloroso conflicto con la civilización alemana. El camino hacia los Dardanelos pasaba por el cadáver de Turquía, pero Alemania consideraba, desde hacía ya una década, que su tarea político-mundial más importante era mantener la integridad de este cadáver. Ciertamente, los métodos de la política rusa en los Balcanes tuvieron sus altibajos, y Rusia también defendió durante algún tiempo —irritada por el «desagrado» de los liberales eslavos de los Balcanes, que intentaban romper su dependencia del imperio zarista— el programa de la «integridad» de Turquía, sobreentendiéndose que el reparto habría de ser aplazado para tiempos más favorables. Pero ahora la liquidación final de Turquía correspondía tanto a los planes de Rusia como a los de la política inglesa, que, para fortalecer sus propias posiciones en la India y Egipto, trataba de unificar en un solo imperio mahometano, bajo el cetro británico, los dos territorios turcos que estaban en medio: Arabia y Mesopotamia. De esta forma, el imperialismo ruso tropezaba en Oriente, como antes el inglés, con el imperialismo alemán, que había puesto pie en el Bósforo en su papel de protector y beneficiario privilegiado del desmoronamiento turco<sup>[27]</sup>.

La política rusa en los Balcanes chocaba con Austria aún más directamente que con Alemania. El imperialismo austriaco es el complemento político del imperialismo alemán, su hermano siamés, y su perdición al mismo tiempo.

Alemania, que con su política mundial se ha aislado en todas las direcciones, encuentra su único aliado en Austria. La alianza con Austria es antigua, establecida por Bismarck ya en 1879, pero ha cambiado desde entonces completamente su carácter. Lo mismo que el enfrentamiento con Francia, la alianza con Austria adquirió un nuevo contenido en el curso del desarrollo de las últimas décadas. Bismarck pensaba únicamente en la defensa de las posesiones conquistadas en las guerras de 1864 a 1870. La alianza tripartita constituida por él tenía un carácter fundamentalmente conservador; significaba que Austria debía renunciar definitivamente a entrar en la confederación de estados alemanes; el reconocimiento de la situación creada por Bismarck; la ratificación de la división nacional de Alemania y de la hegemonía militar de la Gran Prusia. Las tendencias austriacas hacia los Balcanes contrariaban tanto a Bismarck como las adquisiciones alemanas en Sudáfrica. En sus *Pensamientos y Recuerdos* dice:

«Es natural que los habitantes de la cuenca del Don tengan necesidades y planes que sobrepasan los límites actuales de la monarquía; y la Constitución alemana del Reich muestra el camino por el que puede llegar Austria a reconciliar sus intereses políticos y materiales existentes entre la frontera oriental del pueblo rumano y la bahía de Cártaro. Pero no es tarea del Reich alemán disponer de la vida y la hacienda de sus súbditos para la realización de los deseos de un vecino».

Declarando también, en otra ocasión, más drásticamente, en célebres palabras, que Bosnia no valía la vida de un ganadero de Pomerania. Que Bismarck no pensara, de hecho, en poner la alianza tripartita al servicio de las aspiraciones expansionistas austriacas, lo demuestra el «Tratado de seguridad», firmado en 1884 con Rusia, según

el cual el Reich alemán, en caso de guerra entre Rusia y Austria, no se pondría de parte de esta última, sino que mantendría una «amistosa neutralidad».

Desde que se produjo el viraje imperialista en la política alemana se modificaron también sus relaciones con Austria. Austria-Hungría se encuentra entre Alemania y los Balcanes, o sea, en el cambio hacia el foco de la política alemana en Oriente. Pero tener Austria como enemiga, dado el aislamiento general en que había caído Alemania con su política, equivalía a renunciar a todos los planes respecto de su política mundial. Pero aun en el caso del debilitamiento y de la ruina de Austria-Hungría, que implicaría la liquidación inmediata de Turquía y un gran fortalecimiento de Rusia, de los Estados de los Balcanes y de Inglaterra, se produciría la realización de la unidad territorial nacional y el reforzamiento de Alemania; pero la política imperialista del Reich alemán sería condenada a muerte<sup>[28]</sup>. La salvación y conservación de la monarquía de los Habsburgo pasó a ser lógicamente una tarea accesoria del imperialismo alemán, del mismo modo que el mantenimiento de Turquía fue esa tarea principal.

Pero Austria significa un permanente y latente estado de guerra en los Balcanes. Desde que el proceso irreversible de la disolución de Turquía condujera a la formación y fortalecimiento de los Estados balcánicos en la inmediata proximidad de Austria, comenzó también el conflicto entre el Estado de los Habsburgo y sus jóvenes vecinos. Es evidente que el nacimiento de Estados nacionales independientes y capaces de supervivencia en vecindad de una monarquía, configurada por fragmentas de esas mismas nacionalidades, a las que sólo sabe gobernar bajo la férula de las disposiciones dictatoriales, debía acelerar su descomposición. La incapacidad interna de Austria se mostró en su política balcánica y especialmente en sus relaciones con Serbia. Austria, a pesar de sus apetitos imperialistas, que se orientaban indiscriminadamente ya hacia Salónica ya hacia Durazzo, no estaba en condiciones de anexionarse Serbia, ni siquiera cuando no había aún alcanzado el crecimiento y la expansión, resultado de las dos guerras de los Balcanes. Con la incorporación de Serbia, Austria habría fortalecido en su seno de manera peligrosa a una de las nacionalidades eslavas más rebeldes del Sur, a la que apenas hubiese podido refrenar a pesar del régimen estúpido y brutal de su reacción<sup>[29]</sup>.

Sin embargo, Austria no podía tolerar el desarrollo autónomo de Serbia, ni la obtención de beneficios mediante normales relaciones comerciales; la monarquía de los Habsburgo no es la organización política de un Estado burgués, sino únicamente un sindicato inconexo de algunas camarillas de parásitos sociales que quieren recoger a manos llenas, utilizando los medios de poder estatales, mientras se mantenga el podrido tinglado de la monarquía.

En interés de los agricultores húngaros y con el fin de encarecer artificialmente los productos del campo, Austria prohibió a Serbia la exportación de ganado y fruta, privando a este país agrícola del mercado principal de sus productos. En beneficio de los industriales cárteles austriacos obligó a Serbia a importar productos industriales a

precios elevadísimos únicamente de Austria. Con el fin de mantener a Serbia en una dependencia económica y política, le impidió procurarse en el Oeste, mediante una alianza con Bulgaria, el acceso al mar Negro, y en el Occidente, mediante la adquisición de un puerto en Albania, el acceso al Adriático. La política de Austria en los Balcanes se orientaba al estrangulamiento de Serbia. Trataba, al mismo tiempo, de impedir todo acercamiento mutuo y el auge interno de los Estados balcánicos en general, que constituía para ella un peligro permanente. El imperialismo austriaco amenazaba continuamente la existencia y las posibilidades de desarrollo de los Estados balcánicos, tanto con la anexión de Bosnia como por sus pretensiones en Sandschak, Novibazar y Salónica, en la costa albanesa. En aras de estas tendencias austriacas, y debido a la competencia italiana, después de la segunda guerra de los Balcanes, fue creada la imagen ridícula de una «Albania independiente» bajo un príncipe alemán, que desde el primer momento no fue más que un juguete de las intrigas de los rivales imperialistas.

De esta forma, la política imperialista de Austria en la última década se convirtió en un freno para el normal desarrollo de los Balcanes y condujo por sí misma al inevitable dilema: ¿O la monarquía de los Habsburgo o el desarrollo capitalista de los Estados balcánicos! Los Balcanes, que se habían emancipado de la dominación turca, se veían enfrentados a una segunda tarea: eliminar el obstáculo austriaco. La liquidación de Austria-Hungría históricamente no es más que la prosecución del derrumbamiento de Turquía y de la necesidad del proceso de evolución histórica.

Pero este dilema no tenía otra solución que la guerra, y, en este caso, la guerra mundial. Tras Serbia se encontraba Rusia, que ni podía renunciar a su influencia en los Balcanes ni a su papel de «protector», sin comprometer todo su programa imperialista en Oriente. En contradicción directa con la política austriaca, la política rusa estaba orientada a fusionar los Estados balcánicos, naturalmente, bajo un protectorado ruso. La Confederación balcánica, cuya guerra victoriosa en 1912 casi había acabado con la Turquía europea, era obra de Rusia, y en sus intenciones entraba dirigir sus fuerzas principalmente contra Austria. Bien es verdad que, pese a todos los esfuerzos de Rusia, la Confederación balcánica se fragmentó rápidamente en la segunda guerra de los Balcanes, pero Serbia, que resultó victoriosa de esa guerra, estaba obligada a la alianza con Rusia en la medida en que Austria se convertía en su enemigo mortal. Alemania, unida al destino de la monarquía de los Habsburgo, se vio obligada a dar su apoyo a la política archirreaccionaria de ésta en los Balcanes y enfrentarse a Rusia en un conflicto doblemente agudo.

La política austriaca en los Balcanes condujo además al enfrentamiento con Italia, que estaba vivamente interesada en la liquidación tanto de Austria como de Turquía. El imperialismo italiano encuentra, en las posesiones austriacas en Italia, el pretexto más próximo y cómodo, por ser el más popular, para sus apetitos expansionistas, que, dado el nuevo orden de cosas en los Balcanes, se dirigen sobre todo hacia las cercanas costas albanesas del Adriático. La alianza tripartita, que ya en la guerra de

Trípoli había sufrido un duro golpe, se desmorona completamente por la aguda crisis que siguió a las dos guerras balcánicas, enfrentando a las dos potencias centrales con todo el mundo. El imperialismo alemán, encadenado a dos cadáveres putrefactos, caminaba en la línea recta hacia la guerra mundial.

El camino hacia la guerra era, por otra parte, completamente consciente. Austria era la principal fuerza impulsora, que corría ciega y fatalmente hacia su perdición desde hacía años. Su camarilla dominante, clerical y militar, con el archiduque Francisco Fernando, y su hombre de confianza, el barón von Chlumezki a la cabeza, buscaba afanosamente pretextos para lanzarse al ataque. En 1909, para desatar el necesario furor bélico en los países alemanes, hizo preparar por el profesor Friedmann los célebres documentos que ponían al descubierto una extendida y diabólica conjura, de los serbios contra la monarquía de los Habsburgo, y que sólo tenían el pequeño defecto de estar falsificados desde la A a la Z. Algunos años más tarde, la noticia diariamente difundida del terrible martirio a que estaba sometido el cónsul austriaco Prohaska en Usküb, habría de ser la chispa que cayera sobre el barril de pólvora; mientras tanto Prohaska, feliz y contento, se paseaba silbando por las calles de Usküb. Finalmente, se produjo el atentado de Sarajevo, un auténtico crimen indignante y largamente deseado. «Si un sacrificio ha tenido alguna vez un efecto liberador y redentor, fue en esta ocasión», gritaron jubilosos los portavoces del imperialismo alemán. Los imperialistas austríacos gritaron más fuerte y decidieron utilizar los cadáveres de los archiduques mientras estaban aún frescos<sup>[30]</sup>.

Tras el rápido entendimiento con Berlín, se acordó la guerra y se envió el ultimátum que sería la antorcha que prendería fuego por los cuatro costados al mundo capitalista.

El incidente de Sarajevo no hizo más que proporcionar el pretexto. Las causas y los antagonismos que llevaban a la guerra estaban maduros desde hacía ya mucho tiempo; el panorama que presenciamos hoy estaba listo desde hacía una década. Cada año y cada acontecimiento político de los últimos tiempos la acercaban un poco más: la revolución turca, la anexión de Bosnia, la crisis de Marruecos, la expedición de Trípoli, las dos guerras de los Balcanes. Todos los proyectos militares de los últimos años estaban directamente relacionados con esa guerra, su preparación consciente para el inevitable ajuste de cuentas general. Por cinco veces, en el curso de los últimos años, estuvo a punto de estallar la actual guerra: en el verano de 1905, cuando Alemania anunció por primera vez, de manera perentoria, sus pretensiones en Marruecos; en el verano de 1908, cuando Rusia, Inglaterra y Francia, después del encuentro de los monarcas en Reval debido a la cuestión macedónica, querían enviar un ultimátum a Turquía, y Alemania estaba dispuesta a lanzarse a la guerra en su defensa, que sólo impidió la súbita irrupción de la revolución turca<sup>[31]</sup>; a comienzos de 1909, cuando Rusia respondía con la movilización ante la anexión austriaca de Bosnia, y que dio ocasión para que Alemania declarase formalmente en San Petersburgo que estaba dispuesta a ir a la guerra al lado de Austria; en el verano de

1911, cuando el *Panther* fue enviado a Agadir, y que hubiera provocado el desencadenamiento de la guerra si Alemania no hubiera renunciado a su parte en Marruecos y dejado indemnizar con el Congo; y, finalmente, a comienzos de 1913, cuando Alemania, ante la proyectada invasión de Rusia en Armenia, declaró formalmente, por segunda vez, en San Petersburgo, que estaba preparada para la guerra.

La actual guerra mundial flotaba en el aire desde hacía ocho años. Si fue aplazada una y otra vez, se debió únicamente a que cada una de las partes contendientes no había acabado todavía los preparativos militares. La aventura del *Panther* en 1911 hizo madurar particularmente la actual guerra mundial...; sin el asesinato de la pareja archiducal, sin aviones franceses sobre Nuremberg y sin invasión rusa en Prusia oriental, Alemania no hizo más que postergarla hasta el momento que le pareció oportuno. Basta con leer las francas declaraciones de los imperialistas alemanes: «Los llamados círculos ‘panalemanes’ reprochaban la debilidad de la política alemana durante la crisis de Marruecos en 1911; para acabar con esta falsa idea es necesario recordar que cuando enviamos el *Panther* a Agadir, la reconstrucción del canal del Báltico se encontraba en plena obra, que estaban lejos de terminarse las obras que harían de Helgoland una gran base naval, y que la relación de fuerzas entre nuestra flota y la potencia naval inglesa en acorazados y armamento auxiliar nos era más desfavorable que tres años más tarde. Tanto el canal como Helgoland, o el poderío de nuestra flota, se encontraban en comparación con el presente año de 1914 en gran parte muy atrasadas y en parte todavía inutilizables para la guerra. En situación tal, y sabiendo que algo más tarde se tendrían oportunidades mucho más favorables, hubiera sido sencillamente una locura haber querido provocar una guerra decisiva<sup>[32]</sup> ».

En primer lugar, era necesario acondicionar la flota alemana e imponer en el Reichstag los grandes proyectos militares. En el verano de 1914, Alemania se sentía preparada para la guerra, mientras que en Francia se trabajaba todavía para lograr el servicio militar de tres años, y Rusia no tenía listos ni el programa naval ni el del ejército de tierra. Se trataba de aprovechar la situación. El mismo Rohrbach, que no sólo es el portavoz más serio del imperialismo alemán, sino casi su portavoz oficioso, por sus contactos directos con los círculos dirigentes de la política alemana, escribe refiriéndose a la situación alemana de 1914:

«Nuestra principal preocupación, tanto para Alemania como para Austria-Hungría, consistía en que, debido a la temporal y aparente actitud conciliadora de Rusia, podíamos vernos obligados a esperar hasta que Rusia y Francia estuviesen verdaderamente preparadas<sup>[33]</sup> ».

Con otras palabras: la preocupación principal en julio de 1914 era que la «acción por la paz» del gobierno alemán pudiera tener éxito, que Rusia y Serbia pudiesen ceder. Se trataba de obligarlas a la guerra. Tuvimos éxito: «Con profundo dolor vimos cómo fracasaban nuestros incansables esfuerzos dirigidos al mantenimiento de la paz

mundial..., etc.».

Cuando los batallones alemanes invadieron Bélgica, cuando el Reichstag alemán fue colocado ante el hecho consumado de la guerra y del estado de sitio, no había por qué sentirse sorprendidos, puesto que no se trataba de algo inesperado, de una situación inaudita, de un acontecimiento que pudiera significar, por sus nexos políticos, una sorpresa para la fracción socialdemócrata. La guerra mundial comenzada oficialmente el 4 de agosto era la misma por la que trabajaba incansablemente desde hacía décadas la política imperialista alemana e internacional; la misma cuya proximidad profetizaba cada año, desde hacía una década, la socialdemocracia alemana con igual e incansable insistencia; la misma que condenaron miles de veces los parlamentarios, los periódicos y los folletos socialdemócratas como un frívolo crimen imperialista, que no tenía nada que ver ni con la civilización, ni con los intereses nacionales, sino que, más bien, estaba en contradicción con ambos.

Y, efectivamente, en esta guerra no se trataba de «la existencia y del desarrollo libre de Alemania», como se dice en la declaración de la fracción socialdemócrata, ni tampoco se trataba de la civilización alemana, como escribe la prensa socialdemócrata, sino de los beneficios actuales del Deutsche Bank en la Turquía asiática y de los futuros de los Mannesmann y los Krupp en Marruecos; estaba en juego la existencia de Austria y de su régimen reaccionario, de ese «montón de podredumbre organizada que se llamaba monarquía de los Habsburgo», como escribía el *Vorwärts* del 25 de julio de 1914; los cerdos y las ciruelas húngaras; el párrafo 14 y la cultura Friedmann-Prohaska; el mantenimiento del poder turco de los *baschibuzukis* en Asia Menor y la contrarrevolución en los Balcanes.

Una gran parte de nuestra prensa del partido se encontraba moralmente indignada porque los enemigos de Alemania llevaran a la guerra a «gentes de color y a los salvajes», negros, sijs y maoríes. Pues bien, esos pueblos desempeñan en la guerra actual aproximadamente el mismo papel que el desempeñado por los proletarios socialistas de los Estados europeos. Y si los maoríes de Nueva Zelanda, según los informes de *Reuter*, ardían en deseos de dejarse romper la crisma por el rey inglés, demostraban poseer igual conciencia de sus intereses propios que la fracción alemana socialdemócrata, cuando confundía la conservación de la monarquía de los Habsburgo, de Turquía y de los tesoros del Deutsche Bank con la existencia, la libertad y la cultura del pueblo alemán. Pese a todo, existe una gran diferencia: hace una generación, los maoríes se dedicaban al canibalismo y no a la teoría marxista.



## V. El zarismo

¿Y el zarismo? Éste fue sin duda alguna el que determinó la actitud del partido en el primer momento de la guerra. En su declaración, la fracción socialdemócrata había lanzado la consigna: ¡Contra el zarismo! La prensa socialdemócrata convirtió esta consigna en un combate por la «cultura» en toda Europa.

El *Frankfurter Volksstime* escribía ya el 31 de julio:

«La socialdemocracia alemana ha acusado desde hace tiempo al zarismo como la vanguardia sangrienta de la reacción europea; desde la época en que Marx y Engels seguían con penetrante mirada cada movimiento de ese régimen bárbaro, hasta hoy, que llena las cárceles de presos políticos, y tiembla, sin embargo, ante todo movimiento obrero. Ahora se presenta la ocasión de al ajustarle las cuentas a esa sociedad espantosa marchando bajo las banderas de guerra alemanas».

El *Pfalzische Post* de Ludwigshafen del mismo día escribía:

«Éste es un principio que forjó nuestro inolvidable August Bebel. Se trata de una lucha entre la civilización y la barbarie, en la que también participa el proletariado».

Y el *Münchener Post* del 1 de agosto:

«En el cumplimiento del deber de la defensa de la patria contra el zarismo sangriento no queremos que se nos considere ciudadanos de segunda clase».

Y el *Volksblatt* de Halle del 5 de agosto:

«Si es verdad que hemos sido atacados por Rusia —y todas las noticias así parecen confirmarlo—, es lógico que la socialdemocracia apruebe todos los medios para la defensa. El zarismo debe ser arrojado del país con todas las fuerzas a nuestro alcance».

Y el 18 de agosto:

«Pues bien, ahora que la suerte está echada, no sólo es el deber ante la defensa de la patria, de la autoconservación nacional, lo que nos hace empuñar las armas como a todos los demás alemanes, sino también la conciencia de que el enemigo que combatimos en el Este es, al mismo tiempo, el enemigo de todo progreso y de toda cultura... La derrota de Rusia es la victoria de la libertad en Europa».

El *Volksfreund* de Brunswick del 5 de agosto escribía:

«La presión irresistible de la violencia militar arrasa todo a su paso. Pero los obreros con conciencia de clase no siguen únicamente por presión externa, sino que obedecen a su convicción propia al defender su tierra de la invasión del Este».

El *Arbeiterzeitung* de Essen exclamaba ya el 3 de agosto:

«En estos momentos en que nuestra patria se encuentra amenazada por las acciones de Rusia, los socialdemócratas, conscientes de que la lucha contra el sangriento zarismo ruso implica la lucha contra los innumerables crímenes perpetrados contra la libertad y la cultura, no se dejarán aventajar por nadie en el cumplimiento del deber y en espíritu de sacrificio... ¡Abajo el zarismo! ¡Abajo la vanguardia de la barbarie! Ésta será la consigna». Igualmente el *Volkswacht* de

Bielefeld del 4 de agosto:

«La consigna será la misma en todas partes: ¡Contra el despotismo ruso y su perfidia...!».

El periódico del partido en Elberfeld del 5 de agosto:

«Toda Europa occidental comparte el interés vital de aniquilar el zarismo abominable y sediento de sangre. Pero ese interés de la humanidad es oprimido por la ambición de las clases capitalistas de Inglaterra y de Francia, que pretenden acabar con las posibilidades de ganancia que ha tenido hasta ahora el capital alemán».

*El Rheinische Zeitung de Colonia:*

«¡Cumplid con vuestro deber, amigos, independientemente de donde os coloque el destino! Lucháis por la cultura de Europa, por la libertad de vuestra patria y por vuestro propio bienestar». El *Schleswig-Holsteinische Volkszeitung* del 7 de agosto escribía: «Vivimos en la era del capitalismo, y con toda seguridad tendremos lucha de clases después de la gran guerra. Pero esta lucha de clases se desarrollará en un Estado mucho más libre del que conocemos hoy; esta lucha de clases se limitará cada vez más al terreno económico, y cuando el zarismo ruso haya desaparecido será imposible que los socialdemócratas sean tratados como proscritos, como ciudadanos de segunda categoría, desprovistos de derechos políticos».

El 11 de agosto exclamaba el *Echo* de Hamburgo:

«Pues no solamente llevamos a cabo una guerra defensiva contra Inglaterra y Francia, sino sobre todo contra el zarismo, y esta guerra la hacemos con entusiasmo, pues es una guerra por la cultura».

Y el órgano del partido en Lübeck declaraba todavía el 14 de septiembre:

«Si es salvaguardada la libertad de Europa, después del desencadenamiento de la guerra, Europa se lo deberá agradecer a la fuerza de las armas alemanas. Nuestra lucha principalmente se dirige contra el enemigo mortal de toda democracia y de toda libertad».

El mismo llamamiento en la prensa del partido alemán como un coro de varias voces.

El gobierno alemán aceptó la ayuda ofrecida en la fase inicial de la guerra: con mano displicente prendía en su yelmo los laureles de libertador de la cultura europea. Consintió, incluso, aunque con visible malestar y torpe grado, en jugar el papel de «liberador de naciones». Los comandantes generales de los dos «feroces ejércitos» llegaron hasta aprender *yídish* —«La necesidad no conoce ley»— y en la Polonia rusa halagaban a los «mendigos y conspiradores». A los polacos se les ofreció el paraíso a cambio, naturalmente, de que cometiesen en masa, contra el gobierno zarista, el mismo delito de «alta traición», por cuyo presunto intento fue ahorcado el *duala* Manga Bell en Camerún, en medio del ruido de la guerra, sin tambores ni trompetas y sin molestos procedimientos judiciales.

La prensa del partido socialdemócrata participaba todos estos saltos de oso que daba el imperialismo alemán puesto en dificultades. Mientras que la fracción del

Reichstag cubría con discreto silencio el cadáver del jefe de tribu duala, la prensa socialdemócrata llenaba el aire con sus alegres cantos de alondra sobre la libertad que era llevada a las pobres víctimas del zarismo por las «culatas alemanas».

El órgano teórico del partido, *Die Neue Zeit*, escribía en su número del 28 de agosto:

«La población fronteriza del imperio del ‘padrecito’ ha saludado las primeras tropas de la vanguardia alemana con gritos de júbilo, pues para los polacos y, judíos que habitan esas zonas la idea de patria sólo les evoca la corrupción y el látigo. Estos pobres diablos, realmente apátridas, súbditos oprimidos por el sanguinario Nicolás, no tenían otra cosa que defender que sus cadenas. Por eso viven ahora en la esperanza de que las culatas de los fusiles alemanes, empuñadas por alemanes, acaben lo más rápidamente posible con todo el sistema zarista... Mientras que los truenos de la guerra mundial se desatan sobre sus cabezas, una clara voluntad política invade a la clase obrera alemana: defenderse de los aliados de la barbarie oriental en Occidente para concluir con éstos una paz honrosa y proseguir la destrucción del zarismo hasta el último aliento de los caballos y de los hombres».

Después de que la fracción socialdemócrata confiriera a la guerra el carácter de una defensa de la nación y de la cultura alemanas, la prensa socialdemócrata proclamó su carácter de libertador de las naciones extranjeras. Hindenburg se convirtió en el albacea testamentario de Marx y Engels.

La memoria ha jugado decididamente una mala pasada a nuestro partido en el curso de esta guerra: mientras olvidaba completamente todos los principios, promesas y resoluciones de los Congresos Internacionales, precisamente en el momento que tenía que aplicarlos, recordó, para su desgracia, un «legado de Marx» y lo desempolvó en el momento en que sólo podía servir para halagar al militarismo prusiano, que Marx quería combatir «hasta el último aliento de los caballos y de los hombres». Eran los ya helados sonos de trompeta del *Neue Rheinische Zeitung* de la revolución de marzo alemana, contra la sierva Rusia de Nicolás I, los que de repente llenaron los oídos de la socialdemocracia en el año de gracia de 1914, y puso en sus manos las «culatas de los fusiles alemanes» —hombro con hombro con la nobleza terrateniente prusiana— contra la Rusia de la gran revolución.

Creemos llegado el momento de emprender una «revisión» y someter a examen las consignas de la revolución de marzo, en base a la experiencia histórica de cerca de setenta años.

En 1848 el zarismo ruso era, efectivamente, el «bastión de la reacción europea». Producto específico de las condiciones sociales rusas, profundamente enraizado en un sistema medieval basado en la economía natural, el absolutismo ruso constituía el apoyo a la vez que guía de la reacción monárquica, quebrantada por la revolución burguesa y debilitada en Alemania por el particularismo de los pequeños estados. Todavía en 1851, Nicolás I, a través del enviado diplomático prusiano von Rochow en Berlín, daba a entender que «habría visto con buenos ojos que en noviembre de

1848, cuando el general von Wrangel penetró en Berlín, la revolución hubiese sido extirpada de raíz», y que «también hubo otros momentos en los que pudo haberse evitado el dar una mala constitución». O en otra ocasión, al amonestar a Manteuffel: que «tenía la firme esperanza que el ministerio real, bajo la dirección de Hochdero, defendería con toda decisión frente a las cámaras los derechos de la corona e impondría los principios conservadores». El mismo Nicolás llegó a concederle a un primer ministro prusiano la Orden de Alexander Nevski en reconocimiento de sus «continuos esfuerzos... por el mantenimiento del orden legal en Prusia».

La guerra de Crimea produjo grandes cambios<sup>[34]</sup>. Acarreó la bancarrota militar y, al mismo tiempo, la derrota política del sistema. El absolutismo ruso se vio obligado a seguir un camino de reformas, a modernizarse, a adaptarse a las condiciones burguesas, y tendiendo así los dedos al diablo, que ahora lo tiene firmemente atrapado y que acabará, finalmente, por llevárselo todo. Los resultados de la guerra de Crimea fueron al mismo tiempo una prueba aleccionadora para el dogma de la liberación que «las culatas de los fusiles» pueden llevar a un pueblo subyugado.

La bancarrota militar de Sedán llevó a Francia a la república. Pero esa república no fue un regalo de la soldadesca de Bismarck: Prusia, ayer como hoy, no tenía otra cosa que regalar a los pueblos que no fuese su propio sistema feudal. La república fue en Francia el fruto de una maduración interior, de las luchas sociales desde 1789, y de tres revoluciones. El descalabro de Sebastopol<sup>[35]</sup> produjo el mismo resultado que el de Jena<sup>[36]</sup>: a falta de un movimiento revolucionario en el interior del país, condujo solamente a una renovación exterior y a la consolidación del antiguo régimen.

Pero las reformas de los años sesenta en Rusia, que abrieron la vía del desarrollo burgués capitalista, sólo podían ser llevadas a cabo con medios financieros de una economía burguesa capitalista. Y esos medios fueron puestos a su disposición por el capital europeo occidental: Alemania y Francia. En ese momento se entablaron las nuevas relaciones que perduran hasta nuestros días: el absolutismo ruso está sostenido por la burguesía de Europa occidental. Ya no es el «rublo ruso» el que circula en las cámaras diplomáticas y que, como se quejaba amargamente el príncipe Guillermo de Prusia en 1854, «llega hasta las antecámaras del rey», sino todo lo contrario, es el oro alemán y francés, que corre hacia Petersburgo para alimentar allí al régimen zarista, que hace tiempo que habría dejado de cumplir su misión sin esta savia vivificante. Desde entonces, el zarismo ya no es únicamente un producto de las condiciones rusas: su segunda raíz se encuentra en las relaciones capitalistas de la Europa occidental. Y esta relación se fortalece a medida que pasan los años: al mismo tiempo que el desarrollo del capitalismo ruso corroe la raíz autóctona del dominio absolutista en Rusia, fortalece cada vez más su raíz del occidente europeo. Debido a la competencia entre Francia y Alemania desde la guerra de 1870, al apoyo financiero se añadió cada vez más el político. Cuantas más fuerzas revolucionarias surgían contra el absolutismo en el seno del pueblo ruso, tantas más resistencias encontraban

por parte de los países de Europa occidental, que respaldaban moral y políticamente al amenazado zarismo. Cuando a comienzos de los años ochenta el movimiento terrorista del viejo socialismo ruso puso en peligro durante cierto tiempo al régimen zarista, anulando su autoridad, tanto fuera como dentro del país, Bismarck firmaba con Rusia un tratado de seguridad mutua y la apoyaba en la política internacional. Y, por otra parte, cuanto más cortejada era Rusia por la política alemana, tanto más ilimitadamente se abrían, como es natural, las arcas de la burguesía francesa. Apoyándose en estas dos fuentes de ingresos, el absolutismo prolongaba su existencia luchando contra la creciente marea del movimiento revolucionario en el interior.

El desarrollo capitalista, que cuidó y mimó el zarismo con sus propias manos, comenzó a dar, por fin, sus frutos: a partir de los años noventa se inicia el movimiento revolucionario de masas del proletariado ruso. Bajo el zarismo empiezan a vacilar y tambalearse sus cimientos en el propio país. El que en otro tiempo fuera «reducto de la reacción europea» se vio pronto obligado a conceder una «mala constitución» y a buscar un «reducto» salvador ante la creciente oleada levantada en su propio país. Y lo encontró en Alemania. La Alemania de Bülow pagó la deuda de agradecimiento que había contraído la Prusia de Wrangel y Manteuffel. La relación se invirtió totalmente: la ayuda rusa contra la revolución alemana fue reemplazada por la ayuda alemana contra la revolución rusa. Persecuciones policiales, expulsiones, extradiciones: una verdadera cacería de agitadores como en los benditos tiempos de la Santa Alianza se desencadenó en Alemania contra los combatientes rusos por la libertad, proseguida hasta los umbrales de la revolución rusa. La cacería no sólo encuentra su punto culminante en el proceso de Konisberg de 1904<sup>[37]</sup>: en él se ilumina como un rayo todo el transcurso de la evolución histórica desde 1848, la inversión total de las relaciones entre el absolutismo ruso y la reacción europea: *Tua res agitur* (se trata de tu causa), grita un ministro de justicia prusiano a las clases dominantes de Alemania, señalando con el índice los cimientos vacilantes del régimen zarista en Rusia. «La implantación de una república democrática en Rusia tendría sensibles repercusiones sobre Alemania —declaraba en Konisberg el fiscal del Supremo, Schütze—. Si arde la casa de mi vecino, también la mía está en peligro». Y su ayudante Caspar subraya: «Los intereses públicos de Alemania se verán considerablemente afectados por el hecho de que se mantenga o no el baluarte del absolutismo. Sin duda alguna, las llamas de un movimiento revolucionario pueden pasar fácilmente a Alemania...». Aquí se hacía evidente cómo el topo de la evolución histórica socava las cosas y, poniéndolas cabeza abajo, había enterrado la vieja frase «del reducto de la reacción europea». La reacción europea, y en primer lugar la reacción prusiano-feudal, es ahora el reducto del absolutismo ruso. Gracias a ella se mantiene todavía en pie, y en ella puede ser mortalmente herido. El destino de la revolución rusa lo confirmó.

La revolución fue aplastada. Pero si examinamos más profundamente las causas de este fracaso temporal, comprenderemos mejor la posición de la socialdemocracia

alemana en la guerra actual. Dos causas nos pueden explicar la derrota de la insurrección rusa de los años 1905-1906, a pesar de un extraordinario despliegue de fuerzas revolucionarias, claridad de fines y tenacidad. La primera radica en el carácter específico de la misma revolución: en su inmenso programa histórico, en la masa de problemas económicos y políticos que ya había planteado hacía un siglo la gran revolución francesa y de los cuales, algunos, como la cuestión agraria, no pueden resolverse dentro de los marcos del actual orden social; en la dificultad de crear una forma moderna estatal que asegurara la dominación de clase de la burguesía contra la resistencia contrarrevolucionaria de toda la burguesía del imperio. Desde este punto de vista, la revolución rusa fracasó, porque era una revolución proletaria con objetivos burgueses o, si se quiere, una revolución burguesa que utiliza formas de lucha proletario-socialistas representa el choque tormentoso entre dos épocas, fruto tanto del desarrollo tardío de las relaciones de clase en Rusia como de su madurez en la Europa occidental. Desde este punto de vista, su derrota en 1906 no suponía tampoco su definitiva bancarrota, sino únicamente la conclusión natural del primer capítulo, al que otros debían seguir, con la necesidad de una ley natural. La segunda causa era de naturaleza exterior: radicaba en Europa occidental. Nuevamente la reacción europea se apresuraba a acudir en ayuda de su protegido en apuros. Aunque todavía no con pólvora y plomo, pese a que las «culatas alemanas» en «puños alemanes» sólo esperaban en 1905 una señal de San Petersburgo para marchar contra la vecina Polonia. Pero sí con medios igualmente eficaces: con subsidios financieros y alianzas políticas se le echaba una mano al zarismo. Con dinero francés se compró la metralla que aniquilaría a los revolucionarios rusos, y de Alemania recibió la fuerza moral y política para salir del abismo de ignominia en la que le habían sumido los torpedos japoneses y los puños de los proletarios rusos. En 1910 la Alemania oficial recibía en Potsdam al zarismo ruso con los brazos abiertos. El recibimiento del sanguinario ante las puertas de la capital del Reich alemán representó no solamente la bendición de Alemania por el estrangulamiento de Persia, sino, sobre todo, al verdugo de la contrarrevolución rusa; fue el banquete oficial de la «cultura» alemana y europea sobre la supuesta tumba de la revolución rusa. ¡Y qué extraño! Cuando presenciaba en su propia patria este provocador banquete funerario por la hecatombe de la revolución rusa, la socialdemocracia alemana callaba y olvidaba totalmente el «legado de nuestros viejos maestros» de 1848. Mientras que al comienzo de la guerra, desde que se lo permite la policía, hasta el más pequeño periódico del partido se embriagaba utilizando sangrientas expresiones contra los verdugos de la libertad rusa, en 1910, cuando los verdugos eran agasajados en Potsdam, ni una sola voz, ni una sola acción de protesta, ni un solo artículo, manifestó la solidaridad con la libertad rusa, ni un solo veto contra el apoyo a la contrarrevolución rusa. Y, sin embargo, el viaje triunfal del zar en 1910 por Europa reveló meridianamente que los aplastados proletarios rusos no habían sido únicamente víctimas de la reacción de su propio país, sino también de la de Europa occidental, que hoy, como en 1848, no sólo se

rompieron la cabeza contra la reacción de su país, sino también contra su «bastión» en el extranjero.

Sin embargo, el manantial vivo de la energía revolucionaria en el proletariado ruso es tan inagotable como el cáliz de sufrimientos bajo el doble régimen del látigo del zarismo y del capitalismo. Después de un período de la más inhumana cruzada contrarrevolucionaria, comenzó de nuevo el fermento revolucionario. Desde 1911, después de la matanza de Lena<sup>[38]</sup>, la masa obrera cobró nuevos ánimos para la lucha, la marea comenzó de nuevo a subir y a espumar. Según los informes oficiales, en 1910 las huelgas económicas abarcaban en Rusia a 46 623 obreros y 256 385 días; en 1911, 96 730 obreros y 768 556 días; en los primeros cinco meses de 1912, 98 771 obreros y 1.214.881 días. En 1912 las huelgas políticas, las acciones de protesta y las manifestaciones abarcaban a 1.005.000 obreros; en 1913, 1.272.000. En 1914 la marea continuaba creciendo con sordo murmullo cada vez más amenazante. El 22 de enero, con motivo del aniversario del comienzo de la revolución, se desarrolló una huelga en la que participaron 200 000 obreros. En junio, como antes del estallido de la revolución de 1905, la llamarada se extendía incontenible en el Cáucaso, en Bakú. 40 000 obreros fueron a la huelga. El fuego pasó rápidamente a San Petersburgo: el 17 de julio fueron a la huelga 80 000 obreros, y el 20 de julio 200 000; el 23 de julio comenzaba a extenderse por todo el imperio ruso la huelga general. Se levantaron barricadas, la revolución se puso en marcha... No habían pasado muchos meses cuando avanzaba con seguridad a banderas desplegadas. Algunos años más y hubiera podido probablemente paralizar de tal forma al zarismo que éste no hubiera podido participar en la danza imperialista de todos los Estados, proyectada para 1916. Quizá esto hubiera cambiado también toda la constelación político-mundial y trastornado los planes del imperialismo.

Pero, por el contrario, fue la reacción alemana la que echó de nuevo por tierra los planes revolucionarios del movimiento ruso. La guerra fue desencadenada desde Viena y Berlín, y sepultó a la revolución rusa bajo sus ruinas, acaso por años. «Las culatas alemanas» no destrozaron al zarismo, sino a su rival. Proporcionaron el pretexto para la guerra más popular que había mantenido Rusia desde hacía un siglo. Todo contribuía a prestigiar la aureola moral del gobierno ruso: la provocación de la guerra por parte de Viena y Berlín, visible para todos salvo en Alemania; la «unión sagrada» proclamada en Alemania y el delirio nacionalista desencadenado; el destino de Bélgica; la necesidad de acudir en socorro de la república francesa: nunca había tenido el absolutismo una posición tan increíblemente favorable en una guerra europea. La bandera de la revolución, con tantas esperanzas enarboladas, sucumbió en el salvaje torbellino de la guerra —pero sucumbió con honra, y de nuevo surgirá de la brutal matanza—, a pesar de las «culatas alemanas», a pesar de la victoria o la derrota del zarismo en los campos de batalla. También fracasaron las insurrecciones nacionales en Rusia. Es evidente que las minorías nacionales se dejaron seducir menos por la misión libertadora de las cohortes de Hindenburg que la



socialdemocracia alemana. Los judíos, pueblo práctico si lo hay, calcularían que las «culatas alemanas» que no habían logrado siquiera «aniquilar» su propia reacción prusiana, a su sufragio censitario, por ejemplo, mucho menos serían capaces de aniquilar el absolutismo ruso.

Los polacos, a merced de los horrores triplicados de la guerra, no podían responder como es debido a los prometedores mensajes de salvación de los «libertadores» de Wreschen, donde se enseñaba el padrenuestro en alemán a los niños polacos mediante crueles castigos corporales y de las comisiones alemanas de asentamiento<sup>[39]</sup>: pero han debido traducir la profunda sentencia alemana de Gotz von Berlichingen<sup>[40]</sup> en un polaco más vigoroso todavía. Todos, tanto polacos y judíos como rusos, comprobaron muy pronto que las «culatas alemanas», con las que se les rompía la crisma, no les traían la libertad, sino la muerte.

La leyenda liberadora de la socialdemocracia alemana ligada al testamento de Marx, es, sin embargo, algo más que una broma pesada en esta guerra: es una frivolidad. Para Marx, la revolución rusa significaba un giro en la historia mundial. Todas sus perspectivas políticas e históricas contenían esta reserva: «Mientras la revolución no estalle en Rusia». Marx creía en la revolución rusa y la esperaba, incluso cuando contemplaba a la Rusia sojuzgada. La revolución, mientras tanto, había comenzado. No triunfó en su primer combate, pero ya no puede ser descartada, está a la orden del día, acaba precisamente de resurgir. Y súbitamente avanzan los socialdemócratas alemanes con las «culatas alemanas» y declaran nula y sin valor la revolución rusa, borrándola de la historia. Resucitan de repente la nomenclatura de 1848: ¡Viva la guerra contra Rusia! Pero en 1848 imperaba la revolución en Alemania, mientras en Rusia se mantenía una rígida y desesperada reacción. En 1914, por el contrario, Rusia llevaba la revolución en su seno, y en Alemania, mientras, imperaba el feudalismo terrateniente prusiano. Los «libertadores de Europa» no partieron para su misión cultural contra Rusia de las barricadas alemanas, tal como predecía Marx en 1848, sino directamente de la mazmorra donde eran prisioneros de un pequeño teniente. En estrecha fraternidad con los junkers prusianos, que son el bastión más sólido del zarismo ruso; del brazo de los ministros y procuradores de Konisberg, con los cuales habían sellado la «Sagrada unión», los socialdemócratas alemanes se lanzaron contra el zarismo, rompiendo las «culatas de sus fusiles» en la crisma de los proletarios rusos...

Resulta apenas imaginable una farsa histórica más sangrienta y un insulto más brutal a la revolución rusa y al legado de Marx. Constituye el episodio más oscuro de la conducta política de la socialdemocracia durante la guerra.

Pero la liberación de la cultura europea debía ser sólo un episodio. El imperialismo alemán se arrancó muy pronto la incómoda máscara, y la campaña se volvió abiertamente contra Francia y, sobre todo, contra Inglaterra. Una parte de la prensa del partido cooperó ágilmente en la realización del cambio. En lugar del sangriento zar, se dio a la tarea de exponer al desprecio general la pérdida Albión y a

su alma de tendero, y se dedicó a defender la cultura europea contra el poderío naval inglés, como antes contra el absolutismo ruso. La funesta y confusa situación en la que se metió el partido no podía manifestarse en forma más clara, que en los ímprobos esfuerzos de la mejor prensa del partido, que, espantada ante el frente reaccionario, intentó por todos los medios hacer retroceder la guerra a su objetivo inicial, insistiendo en el «legado de nuestros maestros», es decir, en el mito que la misma socialdemocracia había creado. «Con el corazón acongojado he tenido que movilizar mi ejército contra un vecino con el que hemos combatido juntos en tantos campos de batalla. Con sincero pesar veo cómo se rompe una amistad mantenida fielmente por Alemania». Esto fue sencillo, franco y honrado. La fracción y la prensa socialdemócratas cambiaron y transcribieron estas palabras en un artículo del *Neue Rheinische Zeitung*. Cuando la retórica de las primeras semanas de la guerra fue reemplazada por el prosaico estilo lapidario del imperialismo, se esfumó la única débil explicación posible de la actitud de la socialdemocracia.

## VI. La Unión Sagrada

El otro aspecto de la actitud de la socialdemocracia fue la aceptación oficial de la Unión Sagrada, es decir, la paralización de la lucha de clases durante la duración de la guerra. La declaración de la fracción leída en el Reichstag el 4 de agosto fue el primer acto de la renuncia a la lucha de clases. El texto había sido acordado previamente con los representantes del gobierno del Reich y de los partidos burgueses; el acto solemne del 4 de agosto fue una comedia patriótica preparada de antemano entre bastidores para el pueblo y para el extranjero, en la que la socialdemocracia desempeñaba ya, junto con otros participantes, el papel que había elegido.

La aprobación de los créditos de guerra por la fracción dio la consigna a todas las jerarquías dirigentes del movimiento obrero. Los jefes sindicales ordenaron la paralización inmediata de todas las luchas salariales y lo comunicaron expresamente de manera oficial a los empresarios, invocando los deberes patrióticos de la Unión Sagrada. Se renunció a la lucha contra la explotación capitalista de modo voluntario mientras durase la guerra. Los mismos jefes sindicales tomaron la iniciativa de enviar mano de obra de las ciudades a los agricultores, para que las cosechas no sufrieran retraso. La dirección del movimiento femenino socialdemócrata proclamó la unión con las mujeres burguesas en torno al «servicio femenino nacional», para que, en lugar de enviar la parte más importante de mano de obra que le había quedado al partido en el país después de la movilización para un trabajo de agitación socialdemócrata, prestase servicios de interés nacional: reparto de ropas, trabajo social, etc. Bajo la ley especial contra los socialistas, el partido había aprovechado al máximo las elecciones parlamentarias para difundir su propaganda y afirmar sus posiciones, pese a los estados de sitio y a la persecución a que se veía sometida la prensa socialdemócrata. Ahora la socialdemocracia renunciaba oficialmente, en las elecciones al Reichstag, a las dietas regionales y a las representaciones comunales, a toda campaña electoral, es decir, a toda agitación y propaganda en el sentido de la lucha de clases proletaria, y reducía las elecciones al Parlamento a su simple contenido burgués: a ganar escaños, para lo que estableció relaciones amistosas con los partidos burgueses. La aprobación del presupuesto por parte de los representantes socialdemócratas en las dietas regionales y en las representaciones comunales —con excepción de las dietas de Prusia y de Alsacia y Lorena—, acompañado de un solemne llamamiento de la Unión Sagrada, subraya la brusca ruptura con la práctica anterior a la guerra. La prensa socialdemócrata, salvo un par de excepciones, elevó el principio de la unidad nacional a interés vital del pueblo alemán. En el momento de iniciarse la guerra advirtió de que no se retiraran fondos de las cajas de ahorros, impidiendo con todas sus fuerzas que se perturbara la vida económica del país y asegurando que las cajas de ahorros pudieran ser utilizadas para los empréstitos de guerra. Advertía a las proletarias que no informaran a sus maridos en el campo de

batalla de las miserias que ellas y sus hijos pasaban, de la insuficiencia de los suministros a cargo del Estado, aconsejándolas escribirles de modo que se sintieran tranquilos y estimulados acerca de la feliz situación familiar, describiendo alegremente la ayuda recibida<sup>[41]</sup>. Elogiaba el trabajo educador del moderno movimiento obrero, que constituía una preciosa ayuda para la marcha de la guerra, como, por ejemplo, en la siguiente cita clásica:

»A los verdaderos amigos se los conoce sólo en la adversidad. Ese viejo refrán se confirma en estos momentos. Los vejados, importunados y perseguidos socialdemócratas salen como un solo hombre en defensa de la patria, y las centrales sindicales alemanas, a las que con frecuencia tan amarga se les hizo la vida en la Alemania prusiana, informan unánimemente que sus mejores miembros se encuentran prestando servicio. Incluso periódicos de empresa de la catadura del *Generalanzeiger* informan de este hecho, y señalan que están convencidos de que ‘esas gentes’ cumplirán con su deber como todos, y que quizá allí donde estén ellos el fuego será más intenso.

En cuanto a nosotros, estamos persuadidos de que gracias a su instrucción nuestros sindicalistas pueden hacer algo más que ‘dar palos’. Con los modernos ejércitos de masas no se ha hecho más fácil a los generales el arte de la guerra, los proyectiles de la infantería moderna con los que se puede hacer blanco hasta una distancia de 3000 metros, y a 2000 metros con toda precisión, hacen completamente imposible a los jefes de los ejércitos hacer avanzar grandes aglomeraciones de tropas en cerradas columnas de marcha. Hay que ‘dispersarlas’ a tiempo, y esa dispersión exige un número mucho mayor de patrullas y una gran disciplina y claridad de juicio no sólo en los destacamentos, sino en cada individuo, y es aquí donde se manifiesta el papel educador de los sindicatos y hasta qué punto hay que tener en cuenta esta educación en días tan difíciles como éstos. Puede ser que el soldado ruso o francés haga prodigios de valentía, pero el sindicalista alemán le superará en lo que respecta al frío y sereno razonamiento. Además, en las zonas fronterizas la gente organizada conoce frecuentemente el terreno como la palma de su mano, y muchos funcionarios sindicales conocen idiomas, etc. Así pues, si en 1866 se decía que el avance de las tropas prusianas había sido una victoria de los maestros de escuela, esta vez se podrá hablar de una victoria de los funcionarios sindicales (*Frankfurter Volksstimme*, 18 de agosto de 1914).

El órgano teórico del partido, *Die Neue Zeit* (número 23, del 25 de septiembre de 1914), declaraba: «Mientras que la cuestión sea únicamente victoria o derrota, pasan a segundo plano todas las demás cuestiones, incluido el objetivo de la guerra. O sea, pasan a segundo plano todas las diferencias entre partidos, clases y nacionalidades en el seno del ejército y de la población». Y en el número 8, del 27 de noviembre de 1914, declaraba el mismo *Neue Zeit* en un artículo titulado *Los límites de la Internacional*: «La guerra mundial divide a los socialistas en diversos campos y fundamentalmente en diversos campos nacionales. La Internacional es incapaz de

impedirlo. Es decir, no es un instrumento eficaz en la guerra; es, esencialmente, un instrumento en tiempo de paz». Su «gran misión histórica» sería «la lucha por la paz, la lucha de clases en tiempos de paz».

Es decir, la socialdemocracia ha declarado inexistente la lucha de clases a partir del 4 de agosto de 1914 y hasta que haya sido firmado el futuro tratado de paz. Con los primeros estallidos de los cañones de Krupp en Bélgica, Alemania se convirtió en un país maravilloso en el que imperaban la solidaridad de clases y la armonía social.

¿Cómo cabe imaginarse realmente este milagro? Como es sabido, la lucha de clases no es un invento ni una libre creación de la socialdemocracia que se pudiera suprimir caprichosamente durante ciertos períodos de tiempo. La lucha de clases del proletariado es más antigua que la socialdemocracia; es un producto elemental de la sociedad clasista, que aparece con la presencia del capitalismo en Europa. No es la socialdemocracia la que ha instruido al proletariado moderno en la lucha de clases, sino que es más bien un producto de ésta para llevar conciencia de los objetivos y coordinación a los diversos fragmentos locales y temporales de la lucha de clases. ¿Qué ha cambiado desde la irrupción de la guerra? ¿Acaso han cesado de existir la propiedad privada, la explotación capitalista y la dominación de clase? ¿Acaso han declarado los poseedores en una explosión de patriotismo: ahora, puesto que estamos en guerra, los medios de producción y por el tiempo que dure, tierra, fábricas y empresas, las ponemos a disposición de la comunidad, renunciamos al beneficio particular de los bienes, abolimos todos los privilegios políticos y los sacrificamos ante el altar de la patria mientras ésta se encuentra en peligro? Hipótesis absurda y que recuerda a un cuento de niños. Y, sin embargo, éste hubiera sido el único supuesto al que hubiera podido seguir lógicamente la declaración de la clase obrera: se suspende la lucha de clases. Pero nada de ello se ha producido. Por el contrario, todas las relaciones de propiedad, la explotación, la dominación de clase y hasta la ausencia de derechos políticos en toda su variada manifestación prusiano-germana, han permanecido intactas. El retumbar de los cañones en Bélgica y en Prusia oriental no cambiaron en lo más mínimo la estructura económica, social y política de Alemania.

La supresión de la lucha de clases fue una medida completamente unilateral. Mientras permanecía el «enemigo interno» de la clase obrera, la explotación y la opresión capitalistas, los dirigentes de la clase obrera, socialdemocracia y sindicatos, en un momento de generosidad patriótica, entregaron la clase obrera a este enemigo y por toda la duración de la guerra y sin ofrecer resistencia. Mientras que las clases dominantes seguían completamente armadas de sus privilegios de propiedad y dominio, la socialdemocracia ordenaba el «desarme» del proletariado.

Ya una vez se había presenciado el milagro de la armonía de clases y de la confraternización de todas las capas de una moderna sociedad burguesa: en 1848 en Francia.

«En la mente de los proletarios —escribe Marx en su obra *La lucha de clases en*

*Francia-*, que en general confundían la aristocracia financiera con la burguesía; en la imaginación de los buenos republicanos, que negaban la existencia de las clases o la admitían a lo sumo como una consecuencia de la monarquía constitucional; en la hipócrita fraseología de las fracciones burguesas hasta entonces excluidas del poder, la dominación de la burguesía quedaba abolida con la instauración de la república. Todos los realistas se convirtieron en republicanos; y todos los millonarios de París, en obreros. La palabra que correspondía a esta imaginaria disolución de las relaciones de clase fue la de *fraternité*, la de la fraternización y la hermandad. Esta cómoda abstracción de las contradicciones de clase, este equilibrio sentimental de los intereses de clase contradictorios entre sí, esta elevación entusiasta por encima de la lucha de clases, la *fraternité*, fue la verdadera consigna de la revolución de febrero... El proletariado parisiense se abandonaba al goce de esos magnánimos delirios de fraternidad... El proletariado parisiense, que veía en la República su propia creación, aclamaba como es natural todo acto del gobierno provisional, actos que pueden tener lugar más fácilmente en una sociedad burguesa. Se dejó utilizar voluntariamente por Caussidière para los servicios policíacos, con el fin de proteger la propiedad en París, incluso permitió que Louis Blanc suavizara las querellas salariales entre obreros y patronos. Su *point d'honneur* era dejar inmaculado el honor burgués de la República ante los ojos de Europa».

O sea, que en febrero de 1848 el proletariado parisiense, ingenuamente ilusionado, había suspendido también la lucha de clases, pero, dicho sea de paso, después de que con su acción revolucionaria había destruido la monarquía de julio e implantado la República. El 4 de agosto de 1914, la revolución de febrero fue invertida: la supresión de las contradicciones de clase, no bajo la república, sino bajo la monarquía militar, no tras una victoria del pueblo sobre la reacción, sino tras una victoria de la reacción sobre el pueblo, no con la proclamación de la libertad, igualdad y fraternidad, sino con la proclamación del estado de sitio, con el estrangulamiento de la libertad de prensa y con la abolición de la Constitución. El gobierno proclamaba solemnemente la Unión Sagrada y comprometía a todos los partidos a mantenerla honradamente. Pero, como político experimentado, no confiaba del todo en la promesa y aseguró la Unión Sagrada mediante eficaces medidas de la dictadura militar. La fracción socialdemócrata también aceptó sin protesta ni resistencia. Las declaraciones de la fracción en el Reichstag, del 4 de agosto y también del 2 de diciembre no dedicaban ni una sola sílaba contra la bofetada que representaba el estado de sitio. Con la Unión Sagrada y los créditos de guerra la socialdemocracia aprobaba tácitamente el estado de sitio, que la entregaba atada de pies y manos a las clases dominantes. Reconocía, al mismo tiempo, que la defensa de la patria exigía el estado de sitio, el amordazamiento del pueblo y la dictadura militar. Pero el estado de sitio sólo estaba dirigido contra la socialdemocracia. Sólo de su parte podía esperarse también resistencia, dificultades y acciones de protesta contra la guerra. En el mismo instante en que, con la aprobación de la socialdemocracia, se

proclamaba la Unión Sagrada, es decir, la supresión de las contradicciones de clase, la socialdemocracia era declarada en estado de sitio, y se proclamaba la lucha contra la clase obrera en su forma más violenta, bajo la forma de la dictadura militar. Como fruto de su capitulación, la socialdemocracia cosechó lo que hubiera cosechado en el peor de los casos, es decir, la derrota, si hubiera tomado la decisión de resistir: ¡el estado de sitio! La declaración solemne de la fracción del Reichstag invoca, para fundamentar la aprobación del crédito, el principio socialista del derecho a la autodeterminación de las naciones. El primer paso de la «autodeterminación» de la nación alemana en esta guerra fue la camisa de fuerza del estado de sitio que se impuso a la socialdemocracia. Apenas se ha visto en la historia un escarnio mayor inferido a sí mismo por un partido.

Con la aceptación de la Unión Sagrada, la socialdemocracia renegó de la lucha de clases por el tiempo y duración de la guerra. Pero con ello renegaba de los fundamentos de su propia existencia, de su propia política. ¿Qué es su vida misma, sino lucha de clases? ¿Qué papel podría desempeñar durante la guerra, una vez abandonado su principio vital: la lucha de clases? Al renegar de la lucha de clases, la socialdemocracia se ha anulado a sí misma, mientras que dure la guerra, como partido político activo, como representante de la política obrera. Con ello se privaba de su arma más importante: la crítica de la guerra desde el punto de vista particular de la clase obrera. Abandonada la «defensa de la patria» a las clases dominantes, limitándose a colocar a la clase obrera bajo mando de aquéllas y a garantizar el orden durante el estado de sitio, es decir, a desempeñar el papel de gendarme de la clase obrera.

Pero, con su actitud, la socialdemocracia ha puesto gravemente en peligro, más allá del tiempo de duración de la guerra actual, la causa de la libertad alemana, que ahora defienden los cañones de Krupp según la declaración de la fracción. En los círculos dirigentes de la socialdemocracia se confía mucho en que después de la guerra la clase obrera verá ampliarse considerablemente las libertades democráticas y que se le otorgue la igualdad de derechos con la burguesía, como recompensa por su actividad patriótica en la guerra. Pero nunca en la historia se han otorgado derechos políticos a las clases dominadas por una actitud complaciente frente a las clases dominantes, como una propina. Por el contrario, la historia está llena de ejemplos de los más viles perjuros cometidos en tales casos por las clases dominantes, aun cuando fueron hechas promesas solemnes antes de la guerra. En realidad, con su conducta, la socialdemocracia no ha asegurado la ampliación futura de las libertades políticas en Alemania, y sí quebrantó las que existían antes de la guerra. La forma en que se soporta en Alemania la supresión de la libertad de prensa y de reunión, de la vida pública y el estado de sitio, durante meses y sin el menor signo de resistencia y hasta con el aplauso en cierto modo por parte de la socialdemocracia<sup>[42]</sup>, no tiene ejemplo en la historia moderna de la sociedad. En Inglaterra existe una completa libertad de prensa, en Francia la prensa no está ni mucho menos tan amordazada



como en Alemania. En ningún país ha desaparecido tan completamente la opinión pública y ha sido reemplazada tan tranquilamente por la «opinión» oficiosa bajo las órdenes del gobierno como en Alemania. Incluso en Rusia sólo se conocen los estragos del lápiz rojo del censor, que anula la voz de la oposición; por el contrario, es completamente desconocido el procedimiento de que la prensa de la oposición haya de imprimir artículos ya elaborados por el gobierno, y de que en sus propios artículos hayan de defender determinadas concepciones que le son dictadas y ordenadas por las autoridades gubernamentales en el curso de «conversaciones confidenciales con la prensa». Aun en la misma Alemania no se ha conocido durante la guerra de 1870 nada comparable con el actual estado de cosas. La prensa gozaba de ilimitada libertad y los acontecimientos bélicos, para vivo disgusto de Bismarck, eran objeto de críticas a veces muy vivas, y de enfrentamientos de opiniones, particularmente sobre los fines de la guerra, las cuestiones de anexión, problemas de la constitución, etc. Y cuando Johann Jacoby<sup>[43]</sup> fue detenido, una ola de indignación se extendió por Alemania y el mismo Bismarck desaprobó el atrevido atentado de la reacción, calificándolo de muy desacertado. Tal era la situación en Alemania después de que Bebel y Liebknecht habían rechazado tajantemente, en nombre de la clase obrera alemana, toda relación con los fanáticos patrióticos que dominaban entonces. Y tenía que llegar la patriótica socialdemocracia, con sus 4 250 000 electores, la enternecedora fiesta de la reconciliación de la Unión Sagrada y la aprobación de los créditos de guerra por la fracción socialdemócrata para que le fuese impuesta a Alemania la dictadura militar más dura que ha permitido nunca un pueblo moderno. Que tales cosas sean posibles hoy en Alemania, que sean aceptadas sin el más mínimo intento de resistencia, no ya por la prensa burguesa, sino por la influyente y muy desarrollada prensa socialdemócrata, todo esto posee una funesta significación para el destino de la libertad alemana. Demuestra que la sociedad en Alemania no tiene hoy en sí misma ninguna base para las libertades políticas, ya que puede prescindir de ellas tan fácilmente y sin el menor conflicto. No olvidemos que el ínfimo número de derechos políticos que existía en el Reich alemán antes de la guerra no fue, como en Francia e Inglaterra, el fruto de grandes y repetidas luchas revolucionarias, ni se encuentran firmemente enraizados por tradición en la vida del pueblo, sino que es el regalo de la política de Bismarck después de una o dos décadas de permanente y victoriosa contrarrevolución. La Constitución alemana no maduró en los campos de la revolución, sino en el juego diplomático de la monarquía militar prusiana, como el cemento con el que fue construida esta monarquía militar, convirtiéndola en el actual Reich alemán. Los peligros para el «proceso libertador en Alemania» no radican, como opina la fracción del Reich, en Rusia, sino en la misma Alemania. Radican en ese origen especialmente contrarrevolucionario de la Constitución alemana, radican en esos factores de poder reaccionario de la sociedad alemana, que desde la fundación del Imperio han mantenido una constante y solapada guerra contra la endeble «libertad alemana»; la nobleza terrateniente de Ostelbien, la

agresividad de la gran industria, el centro ultrarreaccionario, la degeneración canallesca del liberalismo alemán, el régimen personal y el dominio del sable que surge de todos esos factores juntos, así como el curso de Saverne, que celebraba sus triunfos justo antes del inicio de la guerra. Éstos son los verdaderos peligros para la cultura y el «desarrollo liberal» de Alemania. Y ahora, la guerra, el estado de sitio y la actitud de la socialdemocracia fortalecen en gran medida todos esos factores. Existe, por cierto, un pretexto auténticamente liberal para explicar la actual paz de cementerio que impera en Alemania: se trataría únicamente de una renuncia «temporal» mientras dura la guerra. Pero un pueblo políticamente maduro no puede renunciar «temporalmente» a sus derechos políticos y a la vida pública, como tampoco una persona viva puede «renunciar» al aire que respira. Un pueblo que reconoce por su actitud que durante la guerra es necesario el estado de sitio, ha reconocido con ello que la libertad política no es tan indispensable. La tolerante aprobación de la socialdemocracia del actual estado de sitio —y su consenso a los créditos sin reserva alguna, así como la aceptación de la Unión Sagrada no significan otra cosa— repercutirá desmoralizadamente sobre las masas populares, el único apoyo de la Constitución en Alemania, de igual modo que repercute estimulando y fortaleciendo la reacción imperante, el enemigo de la Constitución.

Con su renuncia a la lucha de clases, nuestro partido se cerró a sí mismo el camino para influir eficazmente sobre la duración de la guerra y sobre las condiciones del futuro tratado de paz. Y en este punto se contradijo con su propia declaración oficial. Un partido que se opusiera solemnemente a toda anexión, es decir, a las inevitables consecuencias lógicas de la guerra imperialista, en la medida en que ésta transcurre felizmente en el terreno militar, ofrecería armas adecuadas a la movilización de las masas populares y de la opinión pública hacia sus fines, para ejercer a través de ellas una eficaz presión y para controlar de esta manera la guerra e influir en la conclusión de la paz. Pero hizo lo contrario. Al asegurar con la Unión Sagrada la paz en la retaguardia del militarismo, la socialdemocracia le permitió seguir su camino sin el menor respeto por otros intereses que no fueran los de las clases dominantes, desencadenando unas irrefrenables tendencias imperialistas internas, que aspiran a la anexión y que habrán de conducir a tales anexiones. En otras palabras: con la aceptación de la Unión Sagrada y el desarme político de la clase obrera la socialdemocracia ha reducido a la categoría de frase impotente su propia declaración solemne en contra de toda anexión.

Pero con ello se logró otra cosa más: ¡la prolongación de la guerra! Y aquí resulta palpable el peligroso ardid que para la política proletaria se encuentra en el dogma actualmente admitido de que nuestra oposición a la guerra sólo puede ser expresada mientras exista el peligro de guerra. Una vez que la guerra es un hecho, se habría extinguido el papel de la socialdemocracia, entonces la consigna sería: victoria o derrota, es decir, la lucha de clases se suspende mientras dure la guerra. En realidad, para la política de la socialdemocracia comienza lo más importante una vez iniciada

la guerra. La resolución tomada en el Congreso Internacional de Stuttgart de 1907, con la aprobación unánime de los representantes del partido y de los sindicatos alemanes, y confirmada una vez más en Basilea en 1912, dice:

«En el caso de que la guerra llegase a estallar a pesar de todo, el deber de la socialdemocracia es luchar por su rápido fin, y combatir con todas sus fuerzas para aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para movilizar al pueblo y acelerar la liquidación del dominio de clase capitalista».

¿Qué hizo la socialdemocracia en esta guerra? Exactamente todo lo contrario a lo que se acordó en los Congresos de Stuttgart y Basilea: con la aprobación de los créditos y el mantenimiento de la Unión Sagrada cooperó con todos los medios a su alcance para impedir la crisis económica y política, y la movilización de las masas a causa de la guerra. «Combate con todas sus fuerzas» para salvar la sociedad capitalista de su propia anarquía, como consecuencia de la guerra, y con ello contribuye a la ilimitada prolongación de la guerra y al aumento del número de sus víctimas. Se supone de todas formas —como afirman frecuentemente los diputados del Reichstag— que no hubiera caído ni un hombre menos en el campo de batalla, tanto si la fracción socialdemócrata hubiera aprobado los créditos de guerra, como si no. Sí, nuestra prensa sustenta en general la opinión de que tuvimos que cooperar en la «defensa de la patria» y apoyarla, para disminuir lo más posible las sangrientas víctimas que la guerra traería a nuestro pueblo. La política llevada a cabo logró exactamente lo contrario: sólo gracias a la actitud patriótica de la socialdemocracia la guerra imperialista, respaldada por la Unión Sagrada, pudo desencadenar libremente sus furias. Hasta ahora el miedo a los disturbios internos y al furor del miserable pueblo había sido la pesadilla constante de las clases dominantes y el freno más eficaz a sus apetitos bélicos. Son conocidas las palabras de Bülow de que se pretendía aplazar lo más posible toda guerra, principalmente por miedo a la socialdemocracia. Rohrbach dice en su libro *La guerra y la política alemana*, en la página VII: «Si no se presentan catástrofes naturales, lo único que puede obligar a Alemania a la paz es el hambre de los pobres». Este autor pensaba, evidentemente, en un hambre que se manifiesta, que se hace sentir y notar, para sensibilizar a las clases dominantes. Oigamos ahora, finalmente, lo que dice un destacado militar y teórico de la guerra, el general von Bernhardt. En su gran obra *Von heutigen Kriege* (De la guerra actual) escribe:

»»De esta forma, los modernos ejércitos de masas hacen más difícil la dirección de la guerra desde todos los puntos de vista. Pero, además, estos ejércitos llevan en sí mismos un factor de peligro que no se debe subestimar.

El mecanismo de un ejército así es tan gigantesco y tan complicado que sólo puede ser operativo y controlable cuando el engranaje ofrece garantías, al menos en su conjunto, y pueden ser impedidas fuertes conmociones morales en gran escala. No se puede esperar la completa eliminación de tales fenómenos en una campaña de suerte cambiante, como tampoco unos combates siempre victoriosos. Pero pueden ser

superados si se presentan en una escala limitada. Mas, allí donde la dirección pierde el control sobre las grandes masas concentradas, allí donde son presa del pánico, donde el suministro falla en gran medida y el espíritu de la insubordinación impera por doquier, tales masas se vuelven incapaces de resistir al enemigo, convirtiéndose más bien en un peligro para sí mismas y para la propia dirección del ejército, ya que rompen los lazos de la disciplina, perturban caprichosamente el curso de las operaciones y plantean a la dirección tareas que no está en condiciones de resolver.

O sea, bajo cualquier circunstancia, la guerra, con las grandes masas que integran hoy el ejército, es un juego arriesgado que pone al máximo de tensión las fuerzas personales y financieras del Estado. Bajo tales circunstancias, resulta completamente natural que se tomen las medidas pertinentes de todo tipo, que han de posibilitar que la guerra, cuando estalle, sea terminada rápidamente y se acabe rápidamente la enorme tensión que ha de surgir necesariamente del enfrentamiento entre naciones.

Así, tanto los políticos burgueses como las autoridades militares consideran la guerra con los grandes ejércitos actuales como un «juego arriesgado», y éste hubiera sido el factor más eficaz para hacer que los actuales gobernantes retrocedieran ante el desencadenamiento de una guerra, así como para, en caso de guerra, estar preparados para su rápida conclusión. En esta guerra la conducta de la socialdemocracia, que actúa en todas las direcciones para disminuir «la enorme tensión», ha disipado las preocupaciones, rompiendo los únicos diques que se oponían a la incontrolable corriente del imperialismo. Habría de suceder algo que ni un Bernhardi, ni cualquier otro hombre de estado burgués, hubiese podido considerar posible ni en sueños: del campo de la socialdemocracia surgió la consigna de «resistir», es decir: de continuar la matanza humana. Y de esta forma desde hace meses caen sobre nuestras conciencias las miles de víctimas que cubren los campos de batalla.

## VII. El espantajo de la ‘invasión’

A pesar de todo, si no hemos podido impedir el desencadenamiento de la guerra, si la guerra es ya un hecho consumado, si la nación se encuentra ante el peligro de una invasión extranjera, ¿cómo podemos dejar indefensa a la propia patria, cómo vamos a entregársela al enemigo?; ¿abandonar los alemanes su país a los rusos?; ¿los franceses y los belgas a los alemanes?; ¿los serbios a los austriacos? ¿Acaso no dice el principio socialista del derecho a la autodeterminación de las naciones que todo pueblo tiene el derecho y el deber de proteger su libertad y su independencia? Cuando la casa se quema, ¿no hay que apagarla, en primer lugar, en vez de ponerse a buscar al culpable que le prendió fuego? Este argumento de la «casa ardiendo» ha desempeñado un gran papel en la actitud de los socialistas, tanto de un lado como de otro, tanto de Alemania como de Francia. También en los países neutrales ha sentado escuela: traducido al holandés significa: cuando el barco hace agua, ¿no se debe, ante todo, intentar taponar las vías de agua?

Ciertamente, es un pueblo indigno el que capitula ante el enemigo extranjero, como el partido que capitula ante el enemigo interno. Tan sólo una cosa han olvidado los bomberos de la «casa ardiendo»: que en la boca de los socialistas la defensa de la patria significa algo distinto a desempeñar el papel de carne de cañón bajo el mando de la burguesía imperialista. En primer lugar, por lo que respecta a la «invasión», ¿es realmente aquel espantajo ante el cual toda lucha de clases interna debería desaparecer como embrujada y paralizada por un poder sobrenatural? Según la teoría política del patriotismo burgués y del estado de sitio, toda lucha de clases es un crimen contra los intereses de la defensa de la patria, porque pone en peligro y debilita la fuerza defensiva de la nación. La socialdemocracia oficial se ha dejado engañar por este griterío. Y, sin embargo, la historia moderna de la sociedad burguesa muestra a cada paso que para ella la invasión extranjera no es el más abominable de los horrores como la quieren pintar hoy, sino un medio probado y utilizado con preferencia contra el «enemigo interno». ¿Acaso no llamaron los Borbones y los aristócratas de Francia a la invasión extranjera, contra los jacobinos? ¿Acaso no llamó la contrarrevolución austriaca y clérigo-estatal en 1849 a la invasión francesa contra Roma, la rusa contra Budapest? ¿Acaso no amenazó en Francia abiertamente el «partido del orden» en 1850 con la invasión de los cosacos para acallar a la Asamblea Nacional? Y con el famoso tratado del 18 de mayo de 1871 entre Jules Favre, Thiers y compañía y Bismarck, ¿no se acordó poner en libertad a las tropas bonapartistas y llamar en su apoyo a las prusianas, con el fin de acabar con la Comuna de París<sup>[44]</sup>? Para Carlos Marx fue suficiente esta experiencia histórica para desenmascarar, hace ya 45 años, a las «guerras nacionales» del moderno Estado burgués como un engaño. En su conocido manifiesto del Consejo General de la Internacional sobre el caso de la Comuna de París dice:

«Que después de las guerras más terribles de los tiempos modernos se alíe el ejército victorioso con el vencido para aplastar conjuntamente al proletariado, este acontecimiento inaudito no demuestra, como creía Bismarck la destrucción definitiva de la nueva sociedad ascendente, sino la descomposición total de la vieja sociedad burguesa. El más alto heroísmo de que era todavía capaz la vieja sociedad es la guerra nacional, y ésta aparece ahora como un mero engaño gubernamental que no tiene otra finalidad que la de postergar la lucha de clases, y que desaparece tan pronto como esta lucha de clases se convierte en guerra civil. La dominación de clase no es ya posible ocultarla por más tiempo bajo un uniforme nacional; ¡los gobiernos nacionales están unidos contra el proletariado!».

La invasión y la lucha de clases no representan cosas contradictorias en la historia burguesa, tal como se dice en la leyenda oficial, sino que la una es medio y expresión de la otra. Y si para las clases dominantes la invasión es un medio eficaz contra la lucha de clases, para las clases revolucionarias la más violenta lucha de clases ha demostrado ser el mejor medio contra la invasión. En el umbral de la era moderna la turbulenta historia de las ciudades, debido a las innumerables transformaciones internas y pugnas externas —sobre todo de las italianas, la historia de Florencia, de Milán, con su lucha secular contra la dinastía de los Hohenstaufen—, demuestra que la violencia y la impetuosidad de las luchas de clases internas no sólo no debilitaban la fuerza defensiva de las comunidades frente al exterior, sino que, por el contrario, precisamente del fuego de estas luchas salían las poderosas llamaradas que eran lo suficientemente fuertes como para oponer resistencia a todo ataque del enemigo. Pero el ejemplo clásico de todos los tiempos es la gran revolución francesa. Si esto fue válido alguna vez, lo fue para la Francia del año 1793, para el corazón de Francia, París, ¡rodeados de enemigos! Si París y Francia no sucumbieron entonces ante la oleada de la Europa aliada, de la invasión por doquier, y si, en el curso de luchas sin par contra el creciente peligro y el ataque enemigo, llegaron a presentar una resistencia cada vez más gigantesca, aplastando toda nueva coalición del enemigo mediante nuevos prodigios del inagotable arrojo combativo, esto fue debido gracias al ilimitado desencadenamiento de las fuerzas internas de la sociedad en el gran enfrentamiento de clases. Hoy, con la perspectiva de un siglo, resulta evidente que sólo la expresión más violenta de aquel enfrentamiento, que sólo la dictadura del pueblo parisiense y su brutal radicalismo pudieron extraer del fondo de la nación medios y fuerzas suficientes para defender y consolidar la recién nacida sociedad burguesa contra un mundo lleno de enemigos: contra las intrigas de la dinastía, las maquinaciones de los aristócratas y del clero traidores a la patria, la insurrección de la Vendée, la traición de los federales, la resistencia de sesenta departamentos y capitales provinciales y contra los ejércitos y flotas unificados de la coalición monárquica de Europa. Como lo atestigua una experiencia secular, no es el estado de sitio, sino la despiadada lucha de clases la que despierta el respeto de sí mismo, el heroísmo y la fuerza moral de las masas populares, que es la mejor protección y la

mejor defensa del país contra los enemigos extranjeros.

El mismo trágico malentendido comete la socialdemocracia cuando invoca el derecho a la autodeterminación de las naciones para justificar su actitud en esta guerra. Es verdad: el socialismo reconoce a todo pueblo el derecho a la independencia y a la libertad y a la libre decisión de su propio destino. Pero es un verdadero sarcasmo para el socialismo que los actuales Estados capitalistas sean presentados como la expresión del derecho a la autodeterminación de las naciones. ¿En cuál de esos Estados ha podido determinar la nación las formas y las condiciones de su existencia nacional, política o social?

Lo que significa la autodeterminación del pueblo alemán, lo que quiere, esto lo anunciaron y lo defendieron los demócratas de 1848, los combatientes pioneros del proletariado alemán, Marx, Engels y Lassalle, Bebel y Liebknecht: la república unida de todos los alemanes. Por ese ideal derramaron su sangre en la barricada los combatientes de marzo en Viena y Berlín, por la realización de ese programa quisieron Marx y Engels en 1848 obligar a Prusia a mantener una guerra con el zarismo ruso<sup>[45]</sup>. El primer requisito para el cumplimiento de ese programa nacional fue la liquidación del «montón de podredumbre organizada», llamado monarquía de los Habsburgo, y la abolición de la monarquía militar prusiana, así como de las dos docenas de monarquías raquílicas de Alemania.

El fracaso de la revolución alemana y la traición de la burguesía alemana a sus propios ideales democráticos condujeron al gobierno de Bismarck y a su creación: la actual Gran Prusia con sus veinte patrias bajo un solo casco militar, que se llama el Reich alemán. La Alemania actual ha sido erigida sobre la tumba de la revolución de marzo, sobre los escombros del derecho a la autodeterminación nacional del pueblo alemán. La guerra actual, que, junto a la conservación de Turquía, tiene por objeto la conservación de la monarquía de los Habsburgo y el fortalecimiento de la monarquía militar prusiana, es un nuevo entierro de los caídos en marzo y del programa nacional de Alemania. Y es un verdadero chiste diabólico de la historia el que los socialdemócratas, herederos de los patriotas alemanes de 1848, enarbolean en esta guerra... ¡la bandera del «derecho a la autodeterminación de las naciones»! ¿O está acaso este derecho en el imperio británico con la India y la dominación sudafricana de un millón de blancos sobre cinco millones de gentes de color? ¿O acaso en Turquía o en el imperio zarista? Sólo para un político burgués, para el que las razas dominantes representan la humanidad, y las clases dominantes representan la nación, puede hablarse en los Estados coloniales de una «autodeterminación nacional». En el sentido socialista de ese concepto no puede haber ninguna nación libre cuando su existencia estatal se basa en la esclavización de otros pueblos, pues también los pueblos colonizados se cuentan como pueblos y como miembros del Estado. El socialismo internacional reconoce el derecho de las naciones a ser libres, independientes e iguales, pero sólo él puede crear tales naciones, sólo él puede realizar el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Esta consigna del



socialismo no es, al igual que todas las demás, una canonización de lo existente, sino una orientación y un estímulo para la política revolucionaria, transformadora y activa del proletariado. Mientras existan los Estados capitalistas, mientras la política mundial imperialista determine y configure la vida interna y externa de los Estados, el derecho a la autodeterminación nacional no tendrá nada que ver con su práctica, ni en la guerra, ni en la paz.

Más aún: en el *milieu*<sup>[46]</sup> imperialista actual no puede existir en modo alguno ninguna guerra de defensa nacional, y toda política socialista que haga abstracción de ese determinado medio histórico, que quiera guiar en medio de este torbellino mundial sólo por los puntos de vista unilaterales de su país, no será desde un principio otra cosa que un castillo de naipes.

Hemos intentado anteriormente señalar el trasfondo del enfrentamiento actual de Alemania con sus enemigos. Fue necesario iluminar con más precisión las verdaderas fuerzas motrices y los nexos causales internos de la guerra actual, porque en la toma de posición de nuestra fracción del Reichstag y de nuestra prensa desempeñó un papel decisivo la defensa de la existencia, de la libertad y de la cultura de Alemania. Frente a esto hay que poner de relieve la verdad histórica de que se trata de una guerra preventiva preparada desde hace años por el imperialismo alemán, provocada por sus objetivos político-mundiales y desencadenada premeditadamente en el verano de 1914 por la diplomacia alemana y austriaca. Además, en la valoración general de la guerra mundial y de su importancia para la política de clases del proletariado carece completamente de importancia la cuestión de la defensa y el ataque, la búsqueda del «culpable». Si Alemania es la que menos está a la defensiva, tampoco lo están Francia e Inglaterra, pues lo que «defienden» no es su posición nacional, sino su posición político-mundial, sus antiguas posesiones imperialistas, amenazadas ahora por los ataques del advenedizo alemán. Si las campañas del imperialismo alemán y austriaco en Oriente desencadenaron, sin duda alguna, la conflagración mundial, el imperialismo francés, al apoderarse de Marruecos, el inglés, al prepararse para el saqueo de Mesopotamia y Arabia, así como todas las medidas destinadas a consolidar su dominación en la India, y el ruso, con su política balcánica dirigida contra Constantinopla, acarrearón y amontonaron el combustible para esa conflagración. Los preparativos militares desempeñaron un papel esencial como motores para el desencadenamiento de la catástrofe, pero en realidad se trataba de una competición en la que participaron todos los Estados. Y si Alemania puso la primera piedra para la carrera armamentista europea con la política de Bismarck en 1870, esta política había sido favorecida antes con el Segundo Imperio y después con la política aventurera militar y colonial de la Tercera República, a través de su expansión en Asia oriental y en África.

En sus ilusiones sobre la «defensa nacional», los socialistas franceses fueron impulsados, sobre todo, por el hecho de que tanto el gobierno francés como el pueblo no tenían las menores intenciones bélicas en julio de 1914. «Hoy en día en Francia

todos están por la paz, sincera y honradamente, de manera incondicional y sin reserva alguna», señalaba Jaurés en el último discurso de su vida, en vísperas de la guerra, en la casa del pueblo de Bruselas. El hecho es completamente cierto, y puede explicar psicológicamente la indignación que se apoderó de los socialistas franceses ante la guerra criminal impuesta por la fuerza a su país. Pero ese hecho no es suficiente para enjuiciar la guerra mundial como un fenómeno histórico y para que la política proletaria pueda tomar posición ante ella. La historia de la que nació la guerra actual no comenzó en julio de 1914, sino que se remonta a décadas anteriores, durante las cuales fue tejida hilo a hilo con la necesidad de una ley natural, hasta que la malla espesa de la política mundial imperialista envolvió a cinco continentes: un gigantesco complejo histórico de fenómenos, cuyas raíces penetran hasta las profundidades plutónicas del devenir económico, y cuyas ramas más altas apuntan en la dirección de un mundo nuevo que comienza a vislumbrarse; fenómenos que por su magnitud hacen palidecer totalmente los conceptos de crimen y castigo, de defensa y ataque.

La política imperialista no es la obra de un Estado cualquiera o de varios Estados, sino que es el producto de un determinado grado de maduración en el desarrollo mundial del capital, un fenómeno internacional por naturaleza, un todo indivisible que sólo se puede reconocer en todas sus relaciones cambiantes y del cual ningún Estado puede sustraerse.

Sólo desde este punto de vista puede valorarse correctamente la cuestión de la «defensa nacional» en la guerra actual. El Estado nacional, la unidad nacional y la independencia; tales eran el escudo ideológico bajo el que se constituían los grandes Estados burgueses en la Europa central del siglo pasado. El capitalismo no es compatible con la dispersión estatal, con la desmembración económica y política; necesita para su desarrollo un territorio lo más extenso y unido posible y una cultura espiritual, sin los cuales no pueden elevarse las necesidades de la sociedad al nivel exigido por la producción mercantil capitalista ni puede hacer funcionar el mecanismo del moderno poder de clase burgués. Antes de que el capitalismo pudiese convertirse en una economía mundial que abarcara a toda la tierra, trató de crearse un territorio unido en los límites nacionales de un Estado. Ese programa —ya que sólo podía llevarse a cabo por vía revolucionaria sobre el tablero de ajedrez político y nacional que nos dejó el Medioevo feudal— sólo fue realizado en Francia durante la gran revolución. En el resto de Europa se quedó a medias, y, como la revolución burguesa en general, se detuvo a mitad del camino. El Reich alemán y la Italia actual, la continuidad hasta hoy de Austria-Hungría y de Turquía, del Imperio ruso y del Imperio mundial británico, son vivas pruebas al respecto. El programa nacional sólo ha desempeñado un papel histórico como expresión ideológica de la burguesía en ascenso y que buscaba el poder en el Estado, hasta que la dominación de clase de la burguesía quedó, mal que bien, instalada en los grandes Estados de la Europa central y creó los instrumentos y las condiciones indispensables para desarrollar su política.

Desde entonces el imperialismo ha enterrado completamente el viejo programa

democrático burgués; la expansión más allá de las fronteras nacionales (cualesquiera que fuesen las condiciones nacionales de los países anexionados) se convirtió en la plataforma de la burguesía de todos los países. Si el término «nacional» permaneció, su contenido real y su función se han convertido en su contrario; actúa sólo como mísera tapadera de las aspiraciones imperialistas y como grito de batalla de sus rivalidades, como único y último medio ideológico para lograr la adhesión de las masas populares y desempeñar su papel de carne de cañón en las guerras imperialistas.

La tendencia general de la actual política capitalista domina como ley ciega y todopoderosa los diversos Estados, como las leyes de la competencia económica determinan imperiosamente las condiciones de producción del empresario aislado.

Imaginémonos por un instante —para contrastar el fantasma de la «guerra nacional» que domina actualmente la política socialdemócrata— que en uno de los Estados actuales la guerra hubiese comenzado, realmente, como una guerra de defensa nacional, pero de tal manera que el éxito militar hubiera conducido a la ocupación de territorios extranjeros. Dada la existencia de grupos capitalistas influyentes, que están interesados en conquistas imperialistas, en el curso de la guerra misma se despiertan apetitos expansionistas, y la tendencia imperialista, que al principio de la guerra sólo se encontraba en germen o en estado latente, crecerá en el curso de la misma guerra como en la atmósfera de un invernadero y determinará el carácter de la guerra, sus objetivos y resultados. Más aún: el sistema de alianza entre los Estados militares —que domina desde hace décadas las relaciones políticas de los Estados— trae consigo que cada uno de los partidos beligerantes trate de ganarse aliados en el curso de la guerra, aunque no sea más que por interés defensivo. Con ello son implicados en la guerra nuevos países, e inevitablemente afectados o creados nuevos círculos imperialistas en la política mundial. De esta manera, Inglaterra, por un lado, ha implicado al Japón en la guerra, extendiéndola de Europa al Asia oriental y colocando al orden del día los destinos de China, atizando la rivalidad entre el Japón y los Estados Unidos y entre Inglaterra y el Japón, es decir, acumulando nuevo material para futuros conflictos. Y, en el otro campo, Alemania arrastró a Turquía a la guerra, lo que condujo a liquidar inmediatamente la cuestión de Constantinopla, de los Balcanes y del Próximo Oriente. Quien no hubiera comprendido que la guerra mundial fue una guerra puramente imperialista, en sus causas y puntos de partida, podrá ver, por lo menos, en sus repercusiones que la guerra, bajo las actuales condiciones, ha de convertirse, de manera completamente mecánica e inevitable en un proceso imperialista de reparto del mundo. Es lo que se produjo, por así decirlo, desde el comienzo.

Como el equilibrio de fuerzas permanece constantemente precario entre las partes beligerantes, cada una de ellas está obligada, desde un punto de vista puramente militar, a reforzar su propia posición y a preservarse de los peligros de nuevas hostilidades, frenando a los países neutrales mediante un juego político intenso en el

que se encuentran implicados pueblos y países. Véanse, por una parte, las «propuestas» germano-austriacas y las anglo-rusas, por la otra, en Italia, en Rumania, en Grecia y en Bulgaria. La pretendida «guerra nacional defensiva» tiene así el sorprendente efecto de que hasta entre los Estados no participantes provoca un desplazamiento general de posesiones y de relaciones de fuerza en una dirección expresamente expansionista. Y, finalmente, el hecho mismo de que hoy todos los Estados capitalistas que estuvieron implicados en la guerra tengan posesiones coloniales (aun cuando la guerra haya podido comenzar como «guerra de defensa nacional» y su participación en la guerra se deba a puntos de vista meramente militares, bien porque todo Estado beligerante trate de ocupar las colonias del enemigo o procure al menos su insubordinación; véase si no la incautación de las colonias alemanas por parte de Inglaterra y los intentos de desencadenar la «guerra santa» en las colonias inglesas y francesas), ese hecho convierte automáticamente toda guerra actual en una conflagración imperialista.

De esta forma, el concepto de esta guerra de defensa humilde, virtuosa y patriótica, que se apodera hoy de nuestros parlamentarios y redactores, es una mera ficción en la que no se encuentra el menor rastro de una comprensión histórica del conjunto y de sus nexos con la política mundial. Sobre el carácter de la guerra no deciden precisamente las solemnes declaraciones, ni tampoco las honradas intenciones de los llamados políticos dirigentes, sino la correspondiente estructura histórica de la sociedad y de su organización militar.

A primera vista podría parecer que el esquema de la pura «guerra de defensa nacional» se correspondería a un país como Suiza. Pero precisamente Suiza no es un Estado nacional y no puede expresar por ello el prototipo del Estado actual. Precisamente su existencia «neutral» y su profusión militar no son más que productos negativos del latente estado de guerra de las grandes potencias militares que la rodea, y que no durarán sino el tiempo en que Suiza pueda soportar esta situación. El destino de Bélgica muestra cómo una tal neutralidad puede ser pisoteada en un abrir y cerrar de ojos por la bota del imperialismo<sup>[47]</sup>. Aquí nos encontramos con la situación especial de los Estados pequeños. Serbia forma hoy un ejemplo clásico de la «guerra nacional». Si existe algún Estado que, según todas las características exteriores formales, tenga el derecho a la defensa nacional, éste es Serbia. Rota su unidad nacional con las anexiones austriacas, amenazada su existencia nacional por Austria, obligada por Austria a la guerra, Serbia, según todos los criterios humanos de una auténtica guerra de defensa, lucha por la existencia, la libertad y la cultura de su nación. Si la fracción socialdemócrata alemana tiene razón con su actitud, entonces los socialdemócratas serbios, que protestan contra la guerra en el Parlamento de Belgrado y rechazan los créditos de guerra, son, ni más ni menos, traidores a los intereses vitales del propio país. En realidad, los serbios Lapstewitsch y Kazlerowitsch no sólo han pasado con letras de oro a la historia del socialismo internacional, sino que al mismo tiempo han demostrado tener una mirada penetrante

de los verdaderos nexos causales de la guerra, con lo que han prestado los mejores servicios a su país y a la educación política de su pueblo. En todo caso, desde un punto de vista formal, Serbia se encuentra en una guerra de defensa nacional. Pero las tendencias de su monarquía y de sus clases dominantes están dirigidas, al igual que los esfuerzos de las clases dominantes en todos los Estados actuales, a la expansión, sin tener en cuenta las fronteras nacionales, y adquieren por ello un carácter agresivo. Así se explica también la tendencia de Serbia hacia la costa del Adriático, donde ha de sostener con Italia una auténtica concurrencia imperialista a espaldas de los albaneses, concurrencia cuyo fin será determinado fuera de Serbia por las grandes potencias. Sin embargo, el punto crucial es el siguiente: detrás del nacionalismo serbio se encuentra el imperialismo ruso. La misma Serbia es una pieza de ajedrez en el gran tablero de la política mundial, y un enjuiciamiento de la guerra en Serbia que hiciese abstracción de esos grandes nexos y del trasfondo general político-mundial no tendrá base alguna. Lo mismo ocurre con las últimas guerras balcánicas. Considerado unilateral y formalmente, los jóvenes Estados balcánicos tenían todo el derecho histórico, pues realizaban el viejo programa democrático del Estado nacional. Pero, por lo que respecta al contexto histórico real, que ha hecho de los Balcanes punto candente y encrucijada de la política mundial imperialista, las guerras balcánicas no han sido, objetivamente, más que un fragmento en la contienda general, un eslabón en la fatídica cadena de los acontecimientos que condujeron con fatal necesidad a la actual guerra mundial. La socialdemocracia internacional ha preparado un entusiasta recibimiento en Basilea a los socialistas balcánicos por su decisivo rechazo a toda cooperación moral y política en la guerra de los Balcanes y por haber desenmascarado la verdadera fisonomía de la guerra; con ello fue condenada de antemano la actitud de los socialistas alemanes y franceses en la guerra actual.

En la misma situación en que se encontraban los Estados balcánicos están hoy todos los pequeños Estados, Holanda por ejemplo. «Cuando el barco hace agua, hay que pensar, en primer lugar, en taponarlo». En efecto, ¿de qué podría tratarse para la pequeña Holanda que no fuera la simple defensa nacional, la defensa de la existencia y la independencia del país? Si se tienen en cuenta únicamente las intenciones del pueblo holandés y las de sus clases dominantes, no se trataría más que de la defensa nacional. Pero la política proletaria, que se funda en el conocimiento histórico, no puede limitarse a tener en cuenta las intenciones subjetivas de un país aislado, sino que debe situarse en el plano internacional y orientarse en relación con la compleja situación global de la política mundial. También Holanda, quiéralo o no, es sólo una ruedecilla de todo el engranaje de la política mundial y de la diplomacia actual. Esto aparecería de forma evidente en el momento en que Holanda fuera arrastrada a la devoradora corriente de la guerra mundial. Inmediatamente sus enemigos tratarían de golpear también sobre sus colonias. La estrategia holandesa se orientaría lógicamente a la conservación de sus actuales posesiones, la defensa de la independencia nacional del pueblo flamenco en el mar del Norte se extendería, concretamente, a la defensa de

su derecho de dominio y explotación sobre los malayos. Pero esto no es suficiente: el militarismo holandés, abandonado a sus propias fuerzas, se hundiría como una cáscara de nuez en la tormenta de la guerra mundial; Holanda, quisiéramo o no, pasaría a ser inmediatamente miembro de uno de los consorcios beligerantes de los grandes Estados, y, de esta suerte, portador e instrumento de tendencias puramente imperialistas.

Así, el cuadro histórico del imperialismo actual es el que determina el carácter de la guerra para cada país particular, y este cuadro hace que, en nuestros días, las guerras de defensa nacional sean absolutamente imposibles. Kautsky escribía hace unos pocos años en su folleto *Patriotismo y socialdemocracia* (Leipzig, 1907):

»Si bien el patriotismo de la burguesía y el del proletariado son dos fenómenos completamente distintos y diametralmente opuestos, existen, no obstante, situaciones en que ambas formas de patriotismo pueden converger para actuar de común acuerdo, incluso en el caso de una guerra. La burguesía y el proletariado de una nación están por igual interesados en su independencia y autonomía, en eliminar y alejar todo tipo de opresión y explotación por una nación extranjera... En el curso de luchas nacionales surgidas de aspiraciones semejantes, el patriotismo del proletariado siempre se encontró unido al de la burguesía... Pero, desde que el proletariado se ha convertido en una fuerza que se torna peligrosa para las clases dominantes con ocasión de toda crisis importante del Estado, desde que la revolución amenaza al final de una guerra, como demuestran la Comuna de París de 1871 y el terrorismo ruso después de la guerra ruso-turca, desde entonces, la burguesía de las naciones que no son suficientemente independientes ni unificadas, ha abandonado de hecho sus objetivos nacionales cuando éstos sólo pueden alcanzarse tras el derrocamiento de un gobierno, ya que detesta y teme más a la revolución de lo que ama la independencia y grandeza de la nación. Por eso la burguesía renuncia a la independencia de Polonia y permite la existencia de formas estatales tan antediluvianas como las de Austria y Turquía, que parecían condenadas a la ruina hace ya una generación. Por esta razón, las luchas nacionales, en las zonas civilizadas de Europa, han dejado de ser causa de revoluciones o guerras. Los problemas nacionales, que aún hoy sólo pueden ser resueltos mediante guerras o revoluciones, únicamente encontrarán una solución tras la victoria del proletariado. Pero entonces, gracias a la solidaridad internacional, tomarán una forma muy distinta a la que tienen en esta sociedad de explotación y de opresión. El proletariado de los Estados capitalistas no tendrá necesidad de ocuparse, como hoy, de sus luchas prácticas y podrá consagrar todas sus fuerzas a otras tareas (págs. 12-14).

»Mientras tanto, es cada vez más inverosímil que los patriotismos proletario y burgués se unan para la defensa de la libertad del propio pueblo. La burguesía francesa se ha unido con el zarismo. Rusia ya no es ningún peligro para la libertad de Europa occidental, porque ha sido debilitada por la revolución. Bajo tales condiciones, ya no se puede esperar en ninguna parte una guerra de defensa nacional

en la que se puedan unir los patriotismos burgués y proletario (pág. 16).

»Ya hemos visto que han cesado las contradicciones que en el siglo XIX, todavía, podían obligar a más de un pueblo amante de la libertad a enfrentarse bélicamente con sus vecinos; hemos visto que el militarismo actual no se atiene ni en lo más mínimo a la defensa de importantes intereses populares, sino sólo a la defensa del beneficio; no a la salvaguardia de la independencia y de la integridad nacional, que nadie amenaza, sino sólo a la consolidación y extensión de las conquistas de ultramar, que únicamente sirven a los intereses del beneficio capitalista. Las actuales contradicciones de los Estados no pueden provocar ya ninguna guerra a la que el patriotismo proletario no tenga que oponerse de la forma más categórica (pág. 23).

¿Qué resulta de todo esto en lo que concierne a la actitud práctica de la socialdemocracia en la guerra actual? ¿Debería la socialdemocracia declarar que puesto que esta guerra es imperialista, puesto que este Estado no responde al derecho social de autodeterminación ni al ideal nacional, nos es completamente indiferente y lo abandonamos al enemigo? La actitud pasiva de dejar hacer no puede ser nunca la línea de conducta de un partido revolucionario como la socialdemocracia. Su papel no es situarse bajo el mando de las clases dominantes para la defensa del estado de clases existente, ni permanecer silenciosamente, al margen, esperando a que pase la tormenta, sino mantener una política de clase independiente que, con ocasión de toda gran crisis de la sociedad burguesa, empuje hacia adelante a las clases dominantes para superar la crisis; éste es el papel de la socialdemocracia, como vanguardia del proletariado combativo. En lugar de encubrir la guerra imperialista con el manto de la defensa nacional, se trata de tomar en serio el derecho a la autodeterminación de los pueblos y la defensa nacional, de utilizarlos como palanca revolucionaria contra la guerra imperialista. El requisito más elemental de la defensa nacional es que la nación tome en sus propias manos la defensa. El primer paso para ello es la milicia, no solamente el armar, de inmediato, a toda la población masculina adulta, sino, sobre todo, la posibilidad para el pueblo de decidir sobre la guerra y la paz, es decir: el restablecimiento inmediato de todos los derechos políticos, pues la más amplia libertad política es el fundamento indispensable de la defensa popular nacional. Proclamar estas medidas verdaderas de defensa nacional y promover su realización era la primera tarea de la socialdemocracia. Durante cuarenta años hemos demostrado tanto a las clases dominantes como a las masas del pueblo que sólo la milicia está en condiciones de defender verdaderamente a la patria y hacerla invencible. Y ahora, cuando se presentó la primera prueba, hemos puesto la defensa de la patria, como algo completamente natural, en las manos del ejército existente, carne de cañón bajo la férula de las clases dominantes. Nuestros parlamentarios no han hecho otra cosa que acompañar de sus «ardientes votos» a esta carne de cañón, que partía para el frente, y reconocer que este ejército representaba la defensa de la patria, al admitir, sin comentario, que el ejército real prusiano era un verdadero salvador, en el momento de mayor peligro para el país; con ello abandonaban el punto fundamental



de nuestro programa político, es decir, la milicia, reduciendo a la nada nuestra propaganda de cuarenta años sobre el ejército, convirtiéndola en una extravagancia doctrinaria y utópica que nadie tomará ya en serio <sup>[48]</sup>.

De manera distinta entendían la defensa de la patria los maestros del proletariado internacional. Cuando el proletariado tomó el poder, en el París de 1871, sitiado por los prusianos, escribía Marx, entusiasmado por su acción:

»París, centro y sede del viejo poder gubernamental y, al mismo tiempo, centro de gravedad social de la clase obrera francesa, se ha levantado en armas contra el intento del señor Thiers y de sus terratenientes de restablecer y eternizar este viejo poder gubernamental heredado del Imperio. París sólo pudo resistir porque el mismo estado de sitio lo había librado del ejército, reemplazándolo por una guardia nacional integrada principalmente por obreros. Ahora había que convertir este hecho en una institución permanente. El primer decreto de la Comuna fue, por eso, la supresión del ejército permanente y su sustitución por el pueblo en armas... Si la Comuna era, pues, la verdadera representante de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y en consecuencia el verdadero gobierno nacional, como gobierno obrero, como audaz promotor de liberación del trabajo, era al mismo tiempo, en el más amplio sentido de la palabra, internacional. Bajo la mirada del ejército prusiano, que había anexionado a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexionaba a Francia a los obreros de todo el mundo (*Manifiesto del Consejo General de la Internacional*).

Y ¿cómo concebían nuestros viejos maestros el papel de la socialdemocracia en una guerra como la actual? Federico Engels escribía en 1892 como sigue las líneas fundamentales de la política que el partido del proletariado debe adoptar en una gran guerra:

»Una guerra, en la que rusos y franceses invadieron Alemania, significaría para ésta una lucha a vida o muerte, en la que sólo podría asegurar su existencia nacional recurriendo a medidas revolucionarias.

»El gobierno actual, si no es obligado, no desencadenará, ciertamente, la revolución. Pero tenemos un fuerte partido que puede obligarlo a ello o reemplazarlo si es necesario: el partido socialdemócrata.

»No hemos olvidado el gran ejemplo que nos dio la Francia de 1793. Se acerca el centenario de 1793. Y si el ansia de conquista del zar y la impaciencia chauvinista de la burguesía francesa detuvieran el avance victorioso, pero pacífico de los socialistas alemanes, éstos —podéis confiar en ello— están dispuestos a demostrar al mundo que los proletarios alemanes de hoy no son indignos de los ‘descamisados’ franceses, y que 1893 estaría a la altura de 1793. Y si los soldados del señor Constant invadieran el territorio alemán, serían saludados con las palabras de *La Marsellesa*:

*Quoi? ces cohortes étrangères*

*Feraient la loi dans nos foyers?* <sup>[49]</sup>

En una palabra: la paz garantiza la victoria del Partido Socialdemócrata Alemán en unos diez años. La guerra le traerá la victoria en dos o tres años o la ruina

completa por lo menos en quince o veinte años.

Cuando escribía esto, Engels pensaba en una situación completamente distinta a la actual. Todavía tenía ante sus ojos al viejo imperio zarista, mientras que nosotros, desde entonces, hemos vivido la gran revolución rusa. Pensaba en una verdadera guerra de defensa nacional de Alemania, atacada simultáneamente por el Este y por el Oeste. Finalmente, sobrevaloraba la madurez de las condiciones en Alemania y las perspectivas de una revolución social, cayendo, como es frecuente en los verdaderos combatientes, en un juicio demasiado optimista del ritmo de la evolución histórica. Pero, a pesar de todo, lo que se destaca con claridad en sus exposiciones es que Engels no entendía por defensa nacional, en el espíritu de la política socialdemócrata, el apoyo al gobierno militar prusiano y feudal y a su estado mayor, sino una acción revolucionaria, siguiendo el ejemplo de los jacobinos franceses.

Sí, los socialdemócratas están obligados a defender a su patria en una gran crisis histórica. Y precisamente ahí radica la grave culpa de la fracción socialdemócrata del Reich, cuando manifiesta solemnemente en su declaración del 4 de agosto de 1914: “En la hora del peligro no dejaremos a la patria en la estacada”, renegando de sus propias palabras en el mismo instante. La socialdemocracia ha dejado a la patria en la estacada en el momento de mayor peligro. Pues su primer deber ante la patria era, en ese momento, mostrar el verdadero trasfondo de esta guerra imperialista, desenmarañar la trama de mentiras diplomáticas y patrióticas que encubren este atentado contra la patria; decir clara y terminantemente que tanto la victoria como la derrota en esta guerra serían igualmente funestas para el pueblo alemán; oponerse enérgicamente al amordazamiento de la patria mediante el estado de sitio; proclamar la necesidad de armar inmediatamente al pueblo y de que éste decidiese sobre la guerra y la paz; exigir con la máxima energía que la representación popular se reuniera en sesión permanente mientras durase la guerra, para asegurar el vigilante control sobre el gobierno por parte de la representación popular y sobre la representación popular por el pueblo; abolición inmediata de toda supresión de derechos políticos, puesto que sólo un pueblo libre puede defender eficazmente a su patria; finalmente, oponerse al programa de guerra imperialista que tiende a la conservación de Austria y de Turquía, es decir, de la reacción en Europa y en Alemania; defender el viejo programa verdaderamente nacional de los patriotas y demócratas de 1848, el programa de Marx, Engels y Lassalle: la consigna de una gran república alemana. Ésta era la bandera que debía haberse desplegado ante el país, que habría sido verdaderamente nacional y libertadora, y hubiera estado de acuerdo tanto con las mejores tradiciones de Alemania como con la política de clase internacional del proletariado.

El gran momento histórico de la guerra mundial exigía, manifiestamente, una decidida dirección política, tomar una posición de amplias perspectivas, una orientación superior del país que sólo la socialdemocracia estaba llamada a proponer. En su lugar, la representación parlamentaria de la clase obrera, que tenía la palabra en

esos momentos, fracasó inaudita y lamentablemente. La socialdemocracia —gracias a sus dirigentes— no ha emprendido una política falsa, sino que no ha adoptado ninguna, se ha anulado completamente a sí misma como partido de clase, y con una peculiar concepción del mundo abandonó al país, sin oposición, a los horrores de la guerra imperialista en el exterior y a la dictadura del sable en el interior, rehusando desde un principio la responsabilidad de la guerra. Todo lo contrario: la socialdemocracia no necesitaba aprobar los medios para esta “defensa”, es decir, para la matanza imperialista por los ejércitos de la monarquía militar, puesto que su utilización no dependía de la aprobación de la socialdemocracia; estaba en minoría, frente a una compacta mayoría que representaba las tres cuartas partes del Reichstag burgués. Con su aprobación voluntaria, la fracción socialdemócrata sólo logró una cosa: la demostración de la unidad de todo el pueblo en la guerra, la proclamación de la Unión Sagrada, es decir, la paralización de la lucha de clases, la interrupción de la política de oposición de la socialdemocracia en el curso de la guerra. Con su aprobación voluntaria de los créditos ha otorgado a esta guerra el carácter de defensa democrática de la patria, ha apoyado y refrendado la confusión de las masas sobre las verdaderas condiciones y tareas de la defensa de la patria.

Así, el gran dilema entre los intereses patrióticos y la solidaridad internacional del proletariado, el trágico conflicto que hizo que nuestros parlamentarios se pusieran “con el corazón acongojado” al lado de la guerra imperialista, es pura imaginación, simple ficción burguesa nacionalista. Entre los intereses nacionales y los intereses de clase de la Internacional proletaria existe, más bien, total armonía, tanto en la guerra como en la paz; ambos exigen el más enérgico desarrollo de la lucha de clases y la más enérgica defensa del programa socialdemócrata.

¿Pero qué debía hacer nuestro partido para fortalecer su oposición contra la guerra y sus reivindicaciones? ¿Debía proclamar la huelga de masas? ¿O llamar a sus soldados a la desertión? Así era planteada habitualmente la cuestión. Una respuesta afirmativa a tales preguntas sería tan ridícula como si el partido afirmara, por ejemplo: “cuando estalle la guerra haremos la revolución”. Las revoluciones no se “hacen”, y los grandes movimientos del pueblo no se llevan a la práctica con recetas técnicas sacadas de los bolsillos de las instancias del partido. Los pequeños círculos de conspiradores pueden “preparar” un *putsch* para un día determinado y una hora determinada, pueden dar la señal de “ataque” a su par de docenas de miembros en el momento necesario. Los movimientos de masas en los grandes momentos históricos no pueden ser dirigidos con medios primitivos. La huelga de masas “mejor preparada” puede fracasar lamentablemente bajo determinadas circunstancias, justamente cuando la dirección de un partido da “la señal”, o derrumbarse después de iniciada. Que grandes manifestaciones populares y acciones de masa, bajo esta o aquella forma, tengan lugar, dependen de un gran número de factores económicos, políticos y síquicos; las tensiones correspondientes a la lucha de clases, el grado de educación política, la madurez del espíritu combativo de las masas; factores que son

imprevisibles y que ningún partido puede producir artificialmente. Ésta es la diferencia entre las grandes crisis de la historia y las pequeñas acciones efectistas que un partido bien disciplinado puede realizar tranquilamente en tiempos de paz bajo la batuta de las “instancias”. El momento histórico exige en cada caso formas adecuadas al movimiento popular y crea otras nuevas, improvisa medios de lucha desconocidos hasta entonces, escoge y enriquece el arsenal del pueblo sin tener en cuenta todas las prescripciones de los partidos.

Lo que los dirigentes de la socialdemocracia, como vanguardia del proletariado con conciencia de clase, debían haber propuesto no eran ridículas prescripciones y recetas de carácter técnico, sino dar la consigna política, formular con claridad las tareas políticas y los intereses del proletariado en la guerra. Para todo movimiento de masa es válido lo que se puede decir de las huelgas de masas en la revolución rusa:

»Si la dirección de la huelga de masas, en lo que se refiere al momento de su surgimiento y al cálculo y pago de sus costos, es algo que incumbe al mismo periodo revolucionario, desde otro punto de vista, la dirección de la huelga de masas recae sobre la socialdemocracia y sus organismos ejecutivos. En lugar de romperse la cabeza con la parte técnica, con el mecanismo de la huelga de masas, la socialdemocracia está llamada a hacerse cargo de la dirección *política* aún en medio de un periodo revolucionario. La consigna, señalar la orientación de la lucha, fijar la *táctica* de la lucha política de tal forma que en cada fase y en cada momento se movilice toda la fuerza actual, activa y desencadenada del proletariado, para que se manifieste en la actitud combativa del partido, en que la táctica de la socialdemocracia, por su decisión y agudeza, no se encuentre nunca por *debajo* del nivel de las relaciones de fuerza existentes, sino que, al contrario, se sitúe por encima de este nivel; ésta es la tarea más importante de la “dirección” en el periodo de las huelgas de masas. Y esa dirección se transforma por sí misma, en cierta medida, en dirección técnica. Una táctica consecuente, decidida y de vanguardia por parte de la socialdemocracia despierta en las masas un sentimiento de seguridad, de confianza en sí mismas, elevando además el espíritu combativo; una táctica vacilante, débil, basada en la subestimación del proletariado, paraliza y confunde a las masas. En el primer caso, las huelgas de masas se desencadenan “solas” y siempre “a tiempo”; en el segundo, incluso fracasan los llamamientos directos de la dirección a la huelga de masas. De ambos casos ofrece la revolución rusa elocuentes ejemplos <sup>[50]</sup>.

La prueba de que no se trata de la forma exterior, técnica, de la acción sino de su contenido político, lo demuestra el hecho de que, por ejemplo, precisamente las tribunas parlamentarias, las únicas libres, con gran audiencia nacional e internacional, pueden convertirse en poderosos instrumentos de movilización popular si fueran utilizadas por la representación socialdemócrata para formular clara y tajantemente los intereses, las tareas y las reivindicaciones de la clase obrera en esta crisis.

Cabe preguntarse si las masas habrían apoyado con su conducta enérgica las consignas de la socialdemocracia. Nadie puede decir esto con seguridad. Pero

tampoco ésta es la cuestión decisiva. Nuestros parlamentarios han dejado partir “confiadamente” a la guerra a los generales del ejército prusiano-alemán sin exigirles, previamente a la aprobación de los créditos, la garantía de una victoria ni excluir la posibilidad de una derrota. Lo que vale para los ejércitos militaristas vale también para los ejércitos revolucionarios: unos y otros entran en combate sin que se les exija previamente la seguridad del triunfo. En el peor de los casos, la voz del partido no hubiera tenido, al principio, una repercusión visible. Las mayores persecuciones hubieran sido probablemente la recompensa a la varonil actitud de nuestro partido, como lo fueron en 1870 para Bebel y Liebknecht. “¿Pero qué otra cosa cabe hacer? —opinaba sencillamente Ignaz Auer en su discurso de la conmemoración de Sedan de 1895—; un partido que quiera conquistar el mundo ha de mantener bien en alto sus principios, sin tener en consideración los peligros que esto encierra; estaría perdido... si actuara de otro modo”.

»No es fácil nadar contra la corriente —escribía el viejo Liebknecht—, y cuando la corriente se precipita con la rapidez arrolladora y la violencia de un Niágara, no es fácil ni sencillo.

Los camaradas de más edad recuerdan todavía la cacería de socialistas del año de la más profunda ignominia nacional: la vergonzosa ley contra los socialistas de 1878. Millones de personas veían entonces en cada socialdemócrata a un asesino o a un delincuente común, como en 1870 veían a un traidor a la patria o a un enemigo mortal. Tales explosiones del ‘alma popular’» tienen algo de sorprendente, ensordecedor y opresivo en su increíble fuerza elemental. Uno se siente impotente ante un poder superior, ante una verdadera *force majeure*<sup>[51]</sup> que no vacila. No existe ningún enemigo concreto. Es como una epidemia... está en los hombres, en el aire, en todas partes.

Pero la explosión de 1878 no fue comparable en fuerza y salvajismo a la de 1870. No fue solamente un huracán de pasiones humanas que doblega, abate y destruye todo lo que toca, sino el terrible aparato del militarismo en plena y terrible actividad, y nosotros, entre el zumbido atronador de los engranajes de acero, cuyo contacto significaba la muerte, y pasando por entre los brazos de hierro, que giraban chirriantes en torno nuestro y que podían apresarnos en cualquier momento; junto a las fuerzas naturales desencadenadas por el genio del mecanismo más perfecto del crimen que vio nunca el mundo. Y todo esto en medio de un trabajo desesperado; todas las calderas a punto de estallar. ¿A qué se reduce, entonces, la fuerza aislada, la voluntad individual? Sobre todo cuando se sabe que se pertenece a una ínfima minoría y que se carece de un punto seguro de apoyo en el pueblo.

Nuestro partido se encontraba en formación. Pasábamos por la más dura e inimaginable prueba antes de haber creado la necesaria organización. Cuando llegó la cacería de socialistas, en el año de la vergüenza para nuestros enemigos, y de la gloria para la socialdemocracia, poseíamos ya una organización tan fuerte y extendida que cada uno de nosotros se veía fortalecido por la conciencia de tener un potente

respaldo y por la certeza de que nadie que estuviese en su sano juicio podía creer en la extinción del partido. No era, entonces, fácil nadar contra la corriente. Pero ¿qué se podía hacer? Lo que tenía que suceder, tenía que suceder. Esto significaba que había que apretar los dientes y resistir pasase lo que pasase: No era el momento de sentir miedo... Pues bien, Bebel y yo... no nos preocupamos ni un segundo de las advertencias. No podíamos dejar libre el campo, teníamos que permanecer en nuestro puesto pasara lo que pasara.

Permanecieron en sus puestos, y la socialdemocracia vivió durante cuarenta años de la fuerza moral de aquellos camaradas, que había empleado entonces contra un mundo de enemigos.

Así debería haber sucedido también esta vez. En el primer momento tal vez no se hubiera logrado más que salvar el honor del proletariado alemán, que los miles y miles de proletarios que ahora caen en las trincheras hundidos en la noche y la tiniebla no murieran cegados por la confusión espiritual, sino con la diáfana convicción de que lo que les fue más querido en la vida: la socialdemocracia internacional y liberadora de los pueblos, no fue un engañoso espejismo. Pero al menos la voz audaz de nuestro partido hubiera podido actuar como un poderoso amortiguador ante el delirio chauvinista y el desvarío de la multitud, hubiera protegido del delirio a los círculos políticamente educados del pueblo, hubiera dificultado a los imperialistas la tarea de envenenar y embrutecer al pueblo. Precisamente la cruzada contra la socialdemocracia hubiera hecho volver en sí más rápidamente a las masas populares. Y entonces, en el curso ulterior de la guerra, en la medida en que aumentara en todos los países el lamento por las innumerables y horrorosas matanzas humanas, en la medida en que se desenmascarara cada vez más claramente el carácter imperialista de la guerra y en que se hiciera más insolente el griterío de feria de la especulación sanguinaria, todo lo que hay de vivo, honrado, humano y progresista se hubiera agrupado bajo la bandera de la socialdemocracia. Y, sobre todo: en el torbellino general, la ruina y la destrucción, la socialdemocracia alemana hubiera permanecido como una roca sobre un mar rugiente, como el gran faro de la Internacional por el que se hubieran orientado inmediatamente todos los demás partidos obreros. La enorme autoridad moral de que gozaba la socialdemocracia alemana en todo el mundo proletario hasta el 4 de agosto de 1914 habría provocado, sin duda alguna, en poco tiempo, un cambio en medio de la confusión general. Con ello habrían aumentado las ansias de paz y la presión de las masas populares por obtenerla en todos los países, se habría acelerado el fin del genocidio, habría disminuido el número de sus víctimas. El proletariado alemán habría seguido siendo el centinela del socialismo y de la liberación de la humanidad; y esta obra patriótica no hubiera sido indigna de los discípulos de Marx, Engels y Lassalle.

## VIII. Lo que la guerra puede dar al proletariado

A pesar de la dictadura militar y de la censura de prensa, del fracaso de la socialdemocracia y de la guerra fratricida, de la «Unión Sagrada» surge con violencia la lucha de clases, y de los vapores sangrientos de los campos de batalla, la solidaridad internacional de los obreros. No en los débiles intentos de reanimar artificialmente a la vieja Internacional, no en las renovadas promesas de aquí y de allá de volverse a unir inmediatamente después de la guerra; ¡no!, durante la guerra, a partir de la guerra, surge con nueva fuerza y vigor el hecho de que los proletarios de todos los países tienen un único y mismo interés. La guerra mundial refuta por sí misma la ilusión que creó.

¿Victoria o derrota? Tal es la consigna del militarismo dominante en cada uno de los países beligerantes, y, como un eco, la han adoptado los dirigentes socialdemócratas. Para los proletarios de Alemania, de Francia, de Inglaterra y de Rusia, como para las clases dominantes de estos países, ahora está en juego únicamente la victoria o la derrota en los campos de batalla. Mientras que retumban los cañones, todo proletario debe pensar en la victoria de su propio país, es decir, en la derrota de los otros. Veamos pues, lo que puede acarrear la victoria del proletariado.

Según la versión oficial, aceptada sin crítica por los dirigentes de la socialdemocracia, la victoria significa para Alemania la perspectiva de un ilimitado crecimiento económico, sin obstáculos, y la derrota, la ruina económica. Esta concepción se apoya en el esquema de la guerra de 1870. Pero el florecimiento capitalista, que siguió en Alemania a la guerra de 1870, no fue debido a la guerra, sino a la unificación política, aun cuando ésta se presentara bajo la figura deformada del Reich alemán creado por Bismarck. El auge económico fue un efecto de la unificación, a pesar de la guerra y de los múltiples frenos reaccionarios que entrañaba. Lo que aportó la guerra victoriosa fue el fortalecimiento de la monarquía militar en Alemania y del régimen feudal prusiano, mientras la derrota contribuyó en Francia a liquidar el Imperio y a instaurar la República. Hoy el problema se presenta de forma distinta en todos los Estados implicados. La guerra no actúa hoy como un método dinámico para ayudar al joven capitalismo naciente a crear las indispensables premisas políticas de su desarrollo «nacional». La guerra puede poseer este carácter todo lo más en Serbia y, aún aquí, considerada aisladamente. Reducida a su sentido histórico objetivo, la actual guerra mundial es, en su globalidad, una lucha competitiva del capitalismo llegado a su plena madurez por el poderío mundial, por la explotación de los últimos restos de las zonas mundiales no capitalistas. De esto resulta un carácter completamente distinto de la guerra y de sus repercusiones. El alto grado de desarrollo económico mundial de la producción capitalista se manifiesta tanto en una técnica extraordinariamente elevada, es decir, de la fuerza destructora de los armamentos, como en el nivel equilibrado de todos los países beligerantes. La



organización internacional de la industria de guerra se refleja actualmente en el equilibrio militar que se restablece incesantemente a través de decisiones parciales y oscilaciones de los platillos de la balanza, y que posterga una y, otra vez una decisión general. A su vez, la indecisión de los resultados militares de la guerra trae como consecuencia que sean enviadas continuamente reservas procedentes tanto de las masas de población de los países beligerantes como de los hasta ahora neutrales. La guerra encuentra en todas partes el material acumulado por los apetitos y contradicciones imperialistas, creando otros nuevos y propagándose como un incendio en la estepa. Pero cuanto mayores sean las masas y mayor sea el número de países implicados en la guerra mundial, tanto mayor será su duración. De todo este conjunto de factores resultado de la guerra aparece, antes de cualquier decisión militar sobre la victoria o la derrota, un fenómeno desconocido para las guerras anteriores a la era contemporánea: la ruina económica de todos los países participantes, y también, en creciente medida, de los formalmente no implicados. Cada mes que pasa se confirma y aumenta este resultado, y la posibilidad de recoger los frutos de una victoria militar se aleja diez años. Ni la victoria ni la derrota pueden cambiar, a fin de cuentas, en nada este resultado; lo que hace dudosa, por el contrario, una decisión puramente militar, y conduce, con mayor probabilidad, a la conclusión final de que la guerra terminará debido al agotamiento general. En estas condiciones, una Alemania victoriosa —incluso si los autores de la guerra imperialista logran llevar el genocidio hasta el aplastamiento total de sus enemigos, y se cumplieran sus más ardientes deseos— sólo conseguirían una victoria pírrica. Sus trofeos serían algunos territorios anexionados, despoblados y empobrecidos, y la ruina bajo su propio techo, que aparecerá tan pronto desaparezcan los bastidores de la economía financiera, con sus créditos bélicos, y los pueblos de Potemkin del «inquebrantable bienestar popular»<sup>[52]</sup> mantenidos en actividad por los suministros de la guerra. Hasta para el observador más superficial es evidente que ni siquiera el Estado más victorioso puede pensar hoy en recibir indemnizaciones por concepto de guerra que puedan restañarle, ni remotamente, las heridas recibidas. A modo de compensación y para completar su victoria, Alemania asistiría a la ruina económica, todavía mayor del enemigo derrotado: Francia e Inglaterra, es decir, de los países con los que Alemania se encuentra más íntimamente ligada por relaciones económicas y de cuyo bienestar depende fundamentalmente su propio resurgimiento económico. Tal es el cuadro con el que se encontraría el pueblo alemán después de la guerra —entiéndase bien, después de una guerra «victoriosa»—; los costos de la guerra, «aprobados» anticipadamente por la representación popular patriótica, se cubren en realidad ulteriormente, es decir, el único fruto palpable de la «victoria» que el pueblo cargaría sobre sus hombros sería el peso de una serie interminable de impuestos junto a una reacción militar fortalecida.

Si procuramos imaginarnos las peores consecuencias de una derrota, nos encontramos —excepción hecha de las anexionaciones imperialistas— que son

exactamente iguales a los resultados inevitables de la victoria: las repercusiones de la guerra poseen hoy un carácter tan profundo y tan amplio que el resultado militar poco puede influir.

Pero supongámonos, por un momento, que el Estado victorioso pudiera sustraerse a la ruina y descargársela al enemigo derrotado, estrangulando su desarrollo económico por medio de todo tipo de impedimentos. ¿Podría avanzar con éxito la clase obrera alemana, en su lucha sindical de posguerra, si las acciones sindicales de los obreros franceses, ingleses, belgas e italianos fueran paralizadas por el retroceso económico? Hasta 1870 el movimiento obrero de cada país avanzó de manera independiente, y hasta en las ciudades aisladas se tomaban muchas de sus decisiones. Fue en París, en sus calles, donde se libraron y decidieron las batallas del proletariado. El actual movimiento obrero, su penosa lucha económica diaria y su organización de masas están basadas en la cooperación de todos los países de producción capitalista. Si es cierto que la causa del proletariado sólo prospera sobre la base de una vida económica sana y vigorosa, esto no concierne únicamente a Alemania, sino también a Francia, a Inglaterra, Bélgica, Rusia e Italia. Y si el movimiento obrero se estanca en todos los Estados capitalistas de Europa, si dominan bajos salarios, sindicatos débiles y menor resistencia de los explotados, entonces será imposible que el movimiento sindical florezca en Alemania. Desde este punto de vista, el daño es, a fin de cuentas, exactamente el mismo para la lucha económica del proletariado si el capitalismo alemán se refuerza a expensas del capitalismo francés, que si el capitalismo inglés se desarrolla a expensas del capitalismo alemán.

Dirijamos ahora nuestra atención a los resultados políticos de la guerra. Aquí la diferenciación tendría que ser más fácil que en el terreno económico. Desde siempre las simpatías y el apoyo de los socialistas se han dirigido hacia el beligerante que defiende el progreso histórico contra la reacción. En la actual guerra mundial, ¿qué campo defiende el progreso y cuál la reacción? Está claro que esta cuestión no se puede enjuiciar por las características exteriores de los Estados beligerantes, como «democracia» o «absolutismo», sino por las tendencias objetivas de la posición político-mundial defendida por cada parte. Antes de que podamos enjuiciar las ventajas que produciría al proletariado alemán una victoria alemana, hemos de tener presente cómo actuaría sobre el conjunto de las relaciones políticas de Europa. La victoria decisiva de Alemania provocaría como resultado inmediato la anexión de Bélgica así como, posiblemente, algunos otros territorios en el Este y en el Oeste y una parte de las colonias francesas; la conservación de la monarquía de los Habsburgo y su enriquecimiento con nuevos territorios, y, finalmente, la conservación de una «integridad» ficticia de Turquía bajo protectorado alemán, es decir, la transformación inmediata del Asia Menor y de Mesopotamia en provincias alemanas bajo una u otra forma. Consecuencia ulterior sería la efectiva hegemonía militar y económica de Alemania en Europa. Todos estos resultados, producto de la completa victoria militar alemana, no los esperamos porque respondan a los deseos

de los vocingleros imperialistas de la guerra actual, sino porque se desprenden como consecuencias inevitables de la posición político-mundial adoptada por Alemania, de los enfrentamientos con Inglaterra, con Francia y con Rusia, y que, en el curso de la guerra, aumentan increíblemente muy por encima de sus dimensiones iniciales. Pero es suficiente tener presente esos resultados para ver que de ningún modo producirían un equilibrio político mundial que fuese de alguna forma duradero. Independientemente de la ruina que significara la guerra para todos los participantes y quizá, más aún, para los vencidos, los preparativos para una nueva guerra mundial bajo la dirección de Inglaterra comenzarían al día siguiente de haberse firmado el tratado de paz, para sacudirse el yugo del militarismo prusiano-alemán, que oprimiría a Europa y al Próximo Oriente. Una victoria de Alemania significaría el preludio de una inmediata segunda guerra mundial, y sólo una señal para un nuevo y febril rearme militar, así como para el desencadenamiento de la más negra reacción en todos los países, y en Alemania misma en primer lugar. De otra parte, la victoria de Inglaterra y de Francia significaría para Alemania, muy probablemente, la pérdida, al menos, de una parte de las colonias y de los territorios del Reich y, con toda seguridad, la bancarrota de la posición político-mundial del imperialismo alemán. Pero esto significa: la desmembración de Austria-Hungría y la completa liquidación de Turquía. La estructura archirreaccionaria de ambos Estados y la necesidad de su destrucción exigida por el desarrollo del progreso, la desaparición de la monarquía de los Habsburgo y de Turquía no podrían conducir, en el actual y concreto medio político mundial, sino a la venta de sus países y pueblos a Rusia, Inglaterra, Francia e Italia. A este fabuloso reparto mundial, y a este cambio de correlación de fuerzas en los Balcanes y en el Mediterráneo se añadiría un nuevo reparto y un nuevo cambio en Asia: la liquidación de Persia y una nueva desmembración de China. Pasarían a primer plano de la política mundial los conflictos anglo-rusos y anglo-japoneses, lo que quizá, como inmediata continuidad de la actual guerra mundial, acarrearía una nueva guerra mundial, en torno a Constantinopla, por ejemplo; en todo caso, convertiría esta guerra en una perspectiva inevitable. También desde este punto de vista la guerra conduciría a un nuevo y febril rearme de todos los Estados —la Alemania vencida, a la cabeza, naturalmente— y, por consiguiente, a una era de dominio absoluto del militarismo y de la reacción en toda Europa, cuyo objetivo final sería una nueva guerra mundial.

De esta forma, la política proletaria, si ha de pronunciarse en la guerra actual por uno u otro campo, desde el punto de vista del progreso y de la democracia, tomando en consideración globalmente la política mundial y sus perspectivas ulteriores, se encuentra entre Scilla y Caribdis, y la alternativa: victoria o derrota, tanto en el terreno político como en el económico, implica para la clase obrera europea, en tales circunstancias, una elección desesperada entre dos palizas. Por eso, no es más que una funesta locura que los socialistas franceses opinen que mediante el aplastamiento militar de Alemania se cortaría la cabeza al militarismo alemán, o al imperialismo

mismo, y se abriría al mundo un nuevo camino hacia la democracia pacífica. Al imperialismo y al militarismo a su servicio se salen muy bien las cuentas de cada victoria y derrota de esta guerra, a menos que el proletariado internacional, con su intervención revolucionaria, desbaratara sus proyectos.

La lección más importante que el proletariado puede extraer para su política de la guerra actual es la absoluta certeza de que, ni en Alemania ni en Francia; ni en Inglaterra ni en Rusia, puede convertirse en un eco obediente de la consigna victoria o derrota, consigna que sólo desde el punto de vista del imperialismo tiene un contenido real y que equivale, para cada gran Estado, a la cuestión: adquisición o pérdida de la posición político-mundial de poder (anexiones, colonias y hegemonía militar). Para el proletariado europeo en su conjunto; la victoria o la derrota de cualquier bando beligerante son igualmente funestas desde su punto de vista de clase. Se trata de la guerra como tal; y cualquiera que sea su resultado militar, que implica la mayor derrota imaginable para el proletariado europeo, sólo el combatir la guerra e implantar lo más rápidamente posible la paz «por la lucha internacional del proletariado», puede acarrear la única victoria para la causa proletaria. Y sólo esa victoria puede acarrear, al mismo tiempo, la salvación real de Bélgica y de la democracia en Europa.

En la guerra actual el proletariado con conciencia de clase no puede identificar su causa a la de ningún bando militar. ¿Se deduce de esto, acaso, que la política proletaria exige el mantenimiento del statu quo, que no tenemos otro programa de acción más que el deseo de que todo se quede como era antes de la guerra? Pero el estado de cosas existente nunca ha sido nuestro ideal, nunca ha sido la expresión de la autodeterminación de los pueblos. Y más aún: el estado de cosas anterior ya no puede ser salvado, ya no existe, aun cuando permanezcan los anteriores límites estatales. La guerra, antes de finalizar formalmente sus resultados, ha provocado un gigantesco cambio de las relaciones de poder, y en las mutuas apreciaciones de fuerzas, en las alianzas y en los enfrentamientos, ha sometido las relaciones de los Estados entre sí y de las clases en el seno de la sociedad a una revisión tan profunda, ha destruido tantas viejas ilusiones y potencias, ha creado tantos nuevos impulsos y tareas que resulta ya completamente imposible un retroceso a la vieja Europa, tal como era antes del 4 de agosto de 1914, como resulta imposible el retorno a las condiciones prerrevolucionarias aun en el caso de que la revolución sea aplastada. La política del proletariado no conoce «retroceso», sólo puede avanzar, debe ir siempre más allá, por encima de lo existente y lo recién creado. Solamente en este sentido puede enfrentarse con su política propia a los dos bandos de la guerra mundial imperialista.

Pero esa política no puede consistir en que los partidos socialdemócratas, cada uno de por sí o todos juntos en conferencias internacionales, rivalicen en hacer proyectos y presentar recetas para indicarle a la diplomacia burguesa cómo ha de firmar la paz y posibilitarle el desarrollo ulterior pacífico y democrático. Todas las reivindicaciones que tiendan hacia el «desarme» total o parcial, hacia la abolición de

la diplomacia secreta, hacia la destrucción de todos los grandes Estados y su transformación en Estados pequeños, como todas las reivindicaciones semejantes, son totalmente utópicas sin excepción mientras subsista la denominación de clase capitalista. Tanto más cuanto ésta, dado el actual curso imperialista, no puede renunciar al militarismo actual, a la diplomacia secreta y al gran Estado multinacional centralista, de forma que los referidos postulados se reducen más consecuentemente a la simple «reivindicación»: abolición del Estado capitalista de clase. No es con consejos y proyectos utópicos sobre cómo se podría suavizar, domar y amortiguar al imperialismo en el marco del Estado burgués mediante reformas parciales, con lo que la política proletaria reconquistará el puesto que le corresponde. El problema real que plantea la guerra mundial a los partidos socialistas, y de cuya solución depende el destino del movimiento obrero, es el de la capacidad de acción de las masas proletarias en su lucha contra el imperialismo. El proletariado internacional no carece de postulados, programas y consignas, sino de hechos, de resistencia eficaz, de capacidad de atacar al imperialismo en el momento decisivo, justamente durante la guerra, y llevar a la práctica la vieja consigna «guerra a la guerra». Éste es el Ródano que hay que saltar, aquí está el nudo gordiano de la política proletaria y de su futuro lejano.

El imperialismo, con toda su brutal política de violencia y la cadena de incesantes catástrofes sociales que provoca, es una necesidad histórica para las clases dominantes del actual mundo capitalista. Nada sería más funesto para el proletariado al salir de la guerra actual que concebir la menor ilusión y esperanza sobre la posibilidad de una evolución ulterior idílica y pacífica del capitalismo. La conclusión para la política proletaria de la necesidad histórica del imperialismo no es que deba capitular ante él para roer a sus pies los huesos que éste le conceda graciosamente después de sus victorias.

La dialéctica histórica progresa a través de contradicciones, en toda cosa necesaria coloca su contrario en el mundo. El poder de clase burgués es sin duda alguna una necesidad histórica, pero también lo es la insurrección de la clase obrera en contra; el capital es una necesidad histórica, pero también lo es su enterrador, el proletario socialista; el poderío mundial del imperialismo es una necesidad histórica, pero también lo es su derrocamiento por la internacional proletaria. A cada paso nos encontramos con dos necesidades históricas que se enfrentan mutuamente, y la nuestra, la necesidad del socialismo, tiene mayor aliento. Nuestra necesidad está plenamente justificada desde el momento en que la otra, la dominación de la clase burguesa, cesa de ser portadora del progreso histórico, desde el momento en que se convierte en freno, en un peligro para el desarrollo ulterior de la sociedad. La actual guerra mundial ha desenmascarado el orden social capitalista. El empuje de expansión imperialista del capitalismo, como expresión de su más elevada madurez y del último período de su vida, tiende a transformar desde el punto de vista económico todo el planeta en un mundo productor capitalista, aniquilando todas las formas

productoras y sociales atrasadas y precapitalistas, a convertir en capital todas las riquezas de la tierra y todos los medios de producción, a transformar a las masas populares trabajadoras de todos los países en esclavos asalariados. En África y en Asia, desde el cabo Norte al cabo de Hornos y hasta los mares del Sur, los restos de las viejas comunidades del comunismo primitivo, las relaciones feudales de dominio, las economías campesinas patriarcales y las antiquísimas producciones artesanales son destruidas y pisoteadas por el capitalismo, que aniquila pueblos enteros y borra del mapa viejas culturas, para colocar en su lugar la producción de beneficio en su forma más moderna. Esta brutal marcha triunfal del capital en el mundo, iniciada y acompañada por todos los medios: la violencia, el robo y la infamia, tenía su lado bueno: creó las condiciones para su ruina definitiva, creó el dominio mundial capitalista al que debe seguir la revolución mundial socialista. Éste fue el único aspecto cultural y progresista de la llamada gran obra cultural en los países primitivos. Para los economistas y políticos burgueses los ferrocarriles, las cerillas suecas, el alcantarillado y las tiendas representan «progreso» y «cultura». Estas obras por sí mismas, implantadas sobre condiciones económicas primitivas, no representan ni civilización ni progreso, pues se pagan al precio de la ruina económica y cultural de los pueblos, que han sufrido a un tiempo todos los padecimientos y horrores de dos épocas: la de las lecciones de poder tradicionales de la economía natural y de la más moderna y sutil explotación capitalista. Sólo como condición material de la supresión de la dominación del capital y de la supresión de la sociedad de clases, las obras producto de la marcha triunfal del capitalismo en el mundo llevan el sello del progreso, entendido en amplio sentido histórico. En ese sentido, el imperialismo trabaja, en última instancia, para nosotros.

La actual guerra mundial representa un giro en la trayectoria del capitalismo. Por primera vez, las fieras que la Europa capitalista había soltado sobre otros continentes irrumpieron, de un solo salto, en su centro. Un grito de espanto recorrió el mundo cuando Bélgica, esta pequeña joya valiosa de la cultura europea, y los monumentos culturales más venerados del norte de Francia caían hechos pedazos ante el ataque de una ciega fuerza destructora. El «mundo civilizado», que había observado impasible cómo el mismo imperialismo llevaba a la más espantosa muerte a diez mil hombres y llenaba el desierto de Kalahari con los gritos desesperados de los que morían de sed y con los huesos de los moribundos; cómo en Putumayo, en el lapso de diez años, eran martirizadas hasta la muerte cuarenta mil personas por una banda de señores de la industria europea, convirtiendo en inválidos al resto de un pueblo; cómo China, una civilización antiquísima, era entregada, a sangre y fuego, por la soldadesca europea, a todos los horrores de la destrucción y de la anarquía; cómo Persia era estrangulada impotente por el lazo cada vez más apretado de la dominación extranjera; cómo en Trípoli los árabes eran sometidos por el fuego y la espada al yugo del capital, y su civilización y sus ciudades borradas del mapa; este «mundo civilizado» acaba apenas de darse cuenta que la mordedura de la fiera imperialista es mortal, que su aliento es

pérfido. Y se dio cuenta sólo cuando las fieras hundieron sus afiladas garras en el propio seno materno, en la cultura burguesa europea. Y aún este conocimiento se abre paso bajo la desfigurada versión de la hipocresía burguesa, según la cual cada pueblo sólo reconoce la infamia en el uniforme nacional de su adversario. «¡Los bárbaros alemanes!»: como si todo pueblo que se prepara para la muerte organizada no se convirtiera en ese mismo momento en una horda de bárbaros. «¡Los horrores de los cosacos!»: como si la guerra no fuese el horror de los horrores, ¡como si el hecho de ensalzar la matanza como algo heroico en un periódico de la juventud socialista no fuera puro espíritu cosaco!

Pero la actual furia de la bestialidad imperialista en los campos de Europa produce, además, otra consecuencia que deja al «mundo civilizado» completamente indiferente: la desaparición masiva del proletariado europeo. Jamás una guerra había exterminado en tales proporciones a capas enteras de la población; jamás una guerra, por lo menos desde hacía un siglo, había abarcado a tantos civilizados y antiguos países europeos. Millones de vidas humanas son aniquiladas en los Vosgos, en las Ardenas, en Bélgica, en Polonia, en los Cárpatos, en el Save, millones de hombres se convierten en inválidos. Pero de estos millones, las nueve décimas partes las constituye el pueblo trabajador de la ciudad y del campo. Es nuestra fuerza y nuestra esperanza la que es segada diariamente, hilera tras hilera, como la hierba bajo la hoz. Son las mejores, las más inteligentes, las más preparadas fuerzas del socialismo internacional los portadores de las más sagradas tradiciones y del más audaz heroísmo del moderno movimiento obrero, las vanguardias de todo el proletariado mundial: los obreros de Inglaterra, de Francia, de Bélgica, de Alemania y de Rusia los que ahora son amordazados y asesinados en masa. Y estos obreros de los países capitalistas dirigentes de Europa son, precisamente, los que tienen la misión histórica de llevar a cabo la transformación socialista. Sólo desde Europa, desde los países capitalistas más antiguos, podrá darse la señal, cuando haya llegado la hora, para la revolución social que liberará a la humanidad. Sólo los obreros ingleses, franceses, belgas, alemanes, rusos e italianos juntos podrán dirigir a los ejércitos de los explotados y oprimidos de los cinco continentes. Sólo ellos podrán, cuando haya llegado la hora, exigir cuentas y aplicar el merecido castigo al capitalismo por sus crímenes seculares cometidos en todos los pueblos primitivos, por su obra de exterminio en todo el globo. Pero para que el socialismo pueda avanzar y triunfe es necesario un proletariado fuerte, capaz de actuar e instruido, son necesarias masas cuyo poder radica tanto en su nivel cultural como en su número. Son justamente estas masas las que son diezmadas en la guerra mundial. Centenares de miles de personas en la flor de su edad y su juventud, cuya preparación socialista necesitó décadas de trabajo, instrucción política y agitación en Inglaterra y en Francia, en Bélgica, en Alemania y en Rusia, y otros centenares de miles de personas que mañana podían ser ganadas para el socialismo caen y mueren en los campos de batalla. El fruto obtenido por generaciones en un largo, penoso y sacrificado trabajo de décadas es destruido en



pocas semanas, las tropas de choque del proletariado internacional son diezmadas.

La sangría de la carnicería de junio había paralizado el movimiento obrero francés durante quince años. El derramamiento de sangre producido por la hecatombe de la Comuna lo hizo retroceder diez años más. Lo que ocurre ahora es una carnicería masiva sin precedentes, que reduce cada vez más la población obrera adulta de todos los países civilizados que están en guerra, que ha quedado reducida a mujeres, ancianos e inválidos, una sangría que amenaza con desangrar al movimiento obrero europeo. Una guerra mundial más de este tipo, y serán enterradas bajo las ruinas amontonadas por la barbarie imperialista las esperanzas del socialismo. Es mucho más grave que la atroz destrucción de Lovaina y de la catedral de Reims. Es un atentado no ya a la cultura burguesa del pasado, sino a la cultura socialista del futuro, un golpe mortal contra la fuerza que lleva en su seno el futuro de la humanidad y que puede salvar todos los valiosos tesoros del pasado en una sociedad mejor. Aquí el capitalismo descubre su cabeza cadavérica, aquí confiesa que ha caducado su derecho histórico a la existencia, que su dominación ya no es compatible con el progreso de la humanidad.

Aquí se confirma que la actual guerra mundial no es solamente un asesinato, sino también un suicidio de la clase obrera europea. Pues son los soldados del socialismo los proletarios de Inglaterra, de Francia, Alemania, Bélgica y Rusia, los que se matan entre sí desde hace meses por orden del capital, los que se hunden en el corazón el frío hierro mortal, los que, estrechados en un abrazo mortal, se arrastran juntos a la tumba.

»¡Alemania, Alemania por encima de todo! ¡Viva la democracia! ¡Viva el zar y el esclavismo! ¡Diez mil tiendas de campaña, garantía estándar! ¡Cien mil kilos de manteca, de sucedáneos de café, a entregar inmediatamente...! Los dividendos suben y los proletarios caen. Y con cada uno de ellos cae un combatiente del futuro, un soldado de la revolución, un salvador de la humanidad del yugo del capitalismo.

La locura cesará y el fantasma sangriento del infierno desaparecerá cuando los obreros de Alemania y de Francia, de Inglaterra y de Rusia despierten una vez de su delirio, se tiendan las manos fraternalmente y acallen el coro bestial de los factores imperialistas de la guerra y el ronco bramido de las hienas capitalistas, con el viejo y poderoso grito de batalla de los obreros: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

# APÉNDICE

## TESIS SOBRE LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA INTERNACIONAL

Un gran número de camaradas de todas partes de Alemania ha aceptado las siguientes tesis, que representan una aplicación del programa de Erfurt a los problemas actuales del socialismo internacional.

1. La guerra mundial ha destruido los resultados de un trabajo de cuarenta años del socialismo europeo al anular la importancia de la clase obrera revolucionaria como factor de poder político y el prestigio moral del socialismo, ha hecho saltar en pedazos la Internacional proletaria, ha llevado a sus secciones al fratricidio mutuo y ha encadenado al barco del imperialismo los deseos y las esperanzas de las masas populares en los países más importantes del desarrollo capitalista.
2. Con la aprobación de los créditos de guerra y la proclamación de la Unión Sagrada, los dirigentes oficiales de los partidos socialistas en Alemania, Francia e Inglaterra (con excepción del Partido Obrero Independiente) han fortalecido la retaguardia del imperialismo, han movido a las masas populares a soportar pacientemente la miseria y los horrores de la guerra, han contribuido al desencadenamiento desenfrenado de la furia imperialista, a la prolongación de la matanza y al aumento de sus víctimas, haciéndose así copartícipes de la guerra y de sus causas.
3. Esa táctica de las instancias oficiales del partido en los países beligerantes, y sobre todo en Alemania, hasta ahora país dirigente en la Internacional, significa una traición a los principios más elementales del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera y a los intereses democráticos de los pueblos. Por esta razón, la política socialista ha sido condenada a la impotencia también en aquellos países en los que los partidos han permanecido fieles a sus deberes: en Rusia, Serbia, Italia y —con una excepción— Bulgaria.
4. En la medida en que la socialdemocracia oficial de los países dirigentes renunció a la lucha de clases en la guerra, postergándola para después, ha garantizado a las clases dominantes de estos países una tregua para fortalecer sus posiciones en lo económico, político y moral a costa del proletariado.
5. La guerra mundial no está al servicio de la defensa nacional ni de los intereses económicos o políticos de las masas populares, es un aborto de las rivalidades imperialistas entre las clases capitalistas de los diversos países en su lucha por conquistar el dominio mundial y el monopolio para expoliar y oprimir a aquellos territorios que todavía no se encuentran dominados por el capitalismo. En la era

de este imperialismo desencadenado no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales no san más que, un engaño para poner a las masas populares trabajadoras al servicio de su enemigo mortal, al servicio del imperialismo.

6. De la política de los Estados imperialistas y de la guerra imperialista no pueden surgir la libertad y la independencia para ninguna nación oprimida. Las pequeñas naciones, cuyas clases dominantes son apéndices y cómplices de sus camaradas de clase en los grandes Estados, representan sólo piezas de ajedrez en el juego imperialista de las grandes potencias y, al igual que sus masas obreras, son utilizadas durante la guerra como instrumento para ser sacrificadas después, cuando acabe la guerra, a los intereses capitalistas.
7. Bajo tales circunstancias, en cualquier derrota y en cualquier victoria, la actual guerra mundial significa una derrota del socialismo y de la democracia. Cualquiera que sea su fin —a excepción de la intervención revolucionaria del proletariado internacional—, ésta conducirá al reforzamiento del militarismo, de las contradicciones internacionales, de las rivalidades económico-mundiales. Aumenta la explotación capitalista y fortalece la reacción interna, debilita el control público y rebaja cada vez más los Parlamentos a la categoría de obedientes instrumentos del militarismo. De esta forma, la actual guerra mundial desarrolla, al mismo tiempo, todas las premisas para una nueva guerra.
8. La paz mundial no puede ser garantizada por planes utópicos, reaccionarios en el fondo, como son los de las comisiones mixtas de diplomáticos capitalistas, las maquinaciones diplomáticas sobre el «desarme», «libre navegación en los mares», abolición del derecho de abordaje, «conferencias estatales europeas», «asociaciones aduaneras de la Europa central», Estados nacionales intermedios y cosas similares. El imperialismo, el militarismo y la guerra no podrán ser eliminados ni frenados mientras las clases capitalistas ejerzan indiscriminadamente su dominación de clase. El único medio para oponerles con éxito resistencia y la única salvaguardia para la paz mundial está en la capacidad de acción política y la voluntad revolucionaria del proletariado internacional para echar su fuerza en el platillo de la balanza.
9. El imperialismo, como última fase de vida y desarrollo más elevado de la dominación mundial política del capitalismo, es el enemigo mortal común a los proletarios de todos los países. Pero, con las fases anteriores del capitalismo, comparte el destino de reforzar la fuerza de su enemigo mortal en la misma medida en que se desarrolla. Acelera la concentración del capital, la extinción de las capas medias, el aumento del proletariado, despierta la resistencia creciente de las masas y conduce a la intensiva agudización de las contradicciones de clase. Tanto en la guerra como en la paz, la lucha de clases proletaria ha de concentrarse principalmente contra el imperialismo. La lucha contra él es para el

proletariado internacional, al mismo tiempo, la lucha por el poder político en el Estado y el enfrentamiento decisivo entre socialismo y capitalismo. La meta final socialista será realizada por el proletariado internacional cuando presente un frente unido a todo el imperialismo y haga de la consigna «guerra a la guerra» la directriz de su política práctica, poniendo en ella toda su energía y su valor.

10. Para ello, la tarea principal del socialismo se orienta hoy a reagrupar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva, para hacer de él, mediante una fuerte organización internacional con una concepción unitaria de sus intereses y tareas, con táctica unitaria y capacidad de acción política tanto en la paz como en la guerra, el factor decisivo de la vida política, papel que le ha sido asignado por la historia.
11. La guerra ha desarticulado a la Segunda Internacional. Su fracaso se ha confirmado por su incapacidad para luchar eficazmente durante la guerra contra la dispersión nacional y para adoptar una táctica y una acción común para el proletariado de todos los países.
12. Ante la traición de las representaciones oficiales de los partidos socialistas de los países dirigentes a los objetivos e intereses de la clase obrera, ante su giro desde el campo de la internacional proletaria al campo de la política burguesa imperialista, es vitalmente necesario para el socialismo crear una nueva Internacional obrera que dirija y organice la lucha de clase revolucionaria contra el imperialismo en todos los países.

Para cumplir su misión histórica deberá apoyarse en los siguientes principios:

1. La lucha de clases en el seno de los Estados burgueses contra las clases dominantes y la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países son dos reglas de conducta indispensables de la clase obrera en su lucha liberadora histórico-mundial. No existe ningún socialismo fuera de la solidaridad internacional del proletariado, y no existe ningún socialismo fuera de la lucha de clases. El proletariado socialista no puede renunciar, ni en la guerra ni en la paz, a la lucha de clases y a la solidaridad internacional sin cometer un suicidio.
2. La acción de clases del proletariado de todos los países debe fijarse, como fin principal, tanto en la guerra como en la paz, combatir al imperialismo e impedir las guerras. La acción parlamentaria, así como la acción sindical y la actividad global del movimiento obrero, deben subordinarse al siguiente objetivo: enfrentar lo más radicalmente posible, en cada país, el proletariado a la burguesía nacional, destacar en todo momento la contradicción política y espiritual entre ambos, poniendo de manifiesto y fomentando la comunidad

internacional de los proletarios de todos los países.

3. En la Internacional radica el punto central de la organización de clase del proletariado. La Internacional decide en tiempos de paz sobre la táctica de las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, de política colonial, de política comercial, de la fiesta del Primero de Mayo, y, además, sobre toda la táctica a mantener en tiempos de guerra.
4. El deber de aplicar las resoluciones de la Internacional está por encima de todos los demás deberes de la organización. Las secciones nacionales que se opongan a sus resoluciones se excluyen por lo mismo de la Internacional.
5. En las luchas contra el imperialismo y la guerra, la fuerza decisiva sólo puede surgir de las masas compactas del proletariado de todos los países. La preocupación táctica de las secciones nacionales debe dirigirse, por lo tanto, a educar a las amplias masas para que adquieran capacidad de acción política y puedan desplegar una iniciativa decidida, a asegurar la cohesión internacional de la acción de masas, a estructurar las organizaciones políticas y sindicales para que estén en condiciones de garantizar la rápida y enérgica cooperación de todas las secciones, y de que la voluntad de la Internacional se concrete en una acción de las más amplias masas obreras de todos los países.
6. La tarea más inmediata del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela de la burguesía, que se manifiesta en la influencia de la ideología nacionalista. Las secciones nacionales deben dirigir su trabajo de agitación tanto en los parlamentos como en la prensa a la denuncia de la fraseología tradicional del nacionalismo como instrumento de dominio burgués. La única defensa de toda libertad verdaderamente nacional consiste hoy en la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de los proletarios, a cuya defensa hay que subordinar todo lo demás, es la Internacional socialista.

Zurich, 1916.



ROSA LUXEMBURG o, por castellanización del apellido, ROSA LUXEMBURGO (Zamosc, Rutenia, 1870 - Berlín, 1919). Hija de un comerciante de Varsovia, su brillante inteligencia le permitió estudiar a pesar de los prejuicios que imperaban contra las mujeres en ese entonces, y pese a la discriminación antisemita que existía en Europa contra los judíos. Rosa Luxemburg hizo un doctorado en una época en la que poquísimas mujeres iban a la universidad. Se dice que hablaba once idiomas. Pronto destacó como una de los principales dirigentes de la socialdemocracia europea.

En 1889, a los 18 años, abandonó Polonia a consecuencia de la persecución de la policía debido a su militancia socialista, refugiándose en Suiza. Allí terminó sus estudios, entró en contacto con revolucionarios exiliados y se unió a la dirección del joven Partido Socialdemócrata Polaco. Contrajo matrimonio en 1895 con Gustav Lübeck para adquirir la nacionalidad alemana y poder trabajar con el movimiento obrero en este país.

Junto al político alemán Karl Liebknecht, fundó la liga de Spartacus, que más adelante se convertiría en el Partido Comunista Alemán. Fue redactora del periódico teórico marxista «Neue Zeit» y autora de varios libros. Fue sentenciada (1903-1904) a nueve meses de prisión acusada de «insultar al Káiser» (emperador). Participó directamente en la revolución de 1905 en Polonia. En marzo de 1906 fue arrestada y encarcelada en Varsovia durante cuatro meses.

Participó activamente tanto en el Congreso del partido socialdemócrata alemán en

1906 como en el Congreso Socialista Internacional celebrado en Stuttgart un año después, en el que intervino en nombre del partido ruso y polaco. Su pensamiento representaba a las opciones más radicales en el seno de la II Internacional. Gran teórica, realizó importantes contribuciones al desarrollo del marxismo, en especial en lo referente a las relaciones entre nacionalismo y socialismo, y sobre el socialismo democrático.

Hizo también aportes teóricos originales en torno al imperialismo y al derrumbe del capitalismo, en su obra *La acumulación del capital* de 1913. Su crítica a Marx se basa en las predicciones de éste acerca de las crisis cíclicas del capitalismo. Marx pensaba que el capitalismo, como sistema económico y político basado en el crecimiento y la búsqueda constante del beneficio, debía colapsar en algún momento, por saturación. Sin embargo, muchas décadas después de muerto Marx, las crisis periódicas del capitalismo parecían aplazarse o solventarse sin producir convulsiones en el sistema. Rosa Luxemburgo encontró la explicación a este hecho en el colonialismo, hallando que el crecimiento de las potencias capitalistas encontró una vía de expansión en las colonias, la cuales, al tiempo que procuraban materias primas a muy bajo costo, servían también de mercado donde colocar los productos manufacturados. En el mismo sentido, expuso las primeras teorías sobre el imperialismo, que más tarde desarrollaría Lenin. Rosa Luxemburgo creía en una opción socialista internacional, esto es, alejada de particularismos y nacionalismos, en la que las masas obreras, solidariamente, tomaran el poder.

Lenin también fue objeto de críticas por parte de Rosa Luxemburgo, en especial en lo referente a las concepciones que tenía sobre la democracia en el partido y la dictadura del proletariado. Rosa Luxemburgo postulaba un menor dirigismo y una mayor integración de las bases en la dinámica partidista, y se oponía a la concepción del centralismo democrático de un partido de revolucionarios profesionales que defendía Lenin.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, el grupo parlamentario socialdemócrata alemán (SPD) apoya unánimemente a los créditos de guerra. Rosa Luxemburgo, pacifista convencida, forma parte de la oposición interna en el SPD, que difunde centenares de miles de folletos para movilizar a la población contra la guerra. Ella es arrestada de nuevo el 20 de febrero, esta vez acusada de incitar a los soldados a la rebelión. Se la sentencia a un año de prisión, pero al salir del tribunal se dirige de inmediato a un mitin popular, en el que repite su revolucionaria propaganda antibélica. El conflicto alrededor de los créditos de guerra pedidos por el Kaiser para financiar la actividad bélica acaba llevando a la escisión del partido en enero de 1917, con la fundación, el 6 de abril, del USPD (Socialdemócratas Independientes).

En 1918 hay vientos de revolución en Alemania, cuyas fuerzas de izquierda miran hacia el ejemplo ruso y cuya población está cansada de la guerra. El 28 de enero se

declara la huelga general y se inicia la formación de Consejos Obreros. El 31 de enero la huelga es prohibida y se declara el estado de sitio, extendiéndose la represión. En marzo, Rosa Luxemburg es encarcelada conjuntamente con Leo Jogiches y otros militantes espartaquistas que difundían propaganda revolucionaria en el ejército. El 9 de noviembre, a raíz de un levantamiento de marinos en Kiel, estalla la Revolución de Noviembre con la conformación de Consejos de Obreros y Soldados en todo el territorio nacional. El emperador Guillermo II abdica. Se pretende la refundación de Alemania como democracia socialista con una nueva Constitución. Rosa Luxemburg, liberada dos días antes, llega a Berlín y coedita Bandera Roja, el periódico de la liga de Spartacus, con Karl Liebknecht, para poder influir a diario en los sucesos políticos. En los últimos días del año 1918, participa en la fundación del Partido Comunista Alemán, KPD. Sin embargo, las fuerzas radicales de izquierda no logran imponerse frente a la tendencia reformista del socialdemócrata Friedrich Ebert.

El 15 de enero 1919, Rosa Luxemburg y su coideario Karl Liebknecht son asesinados en Berlín por los soldados que reprimen el levantamiento. Sus cuerpos son arrojados a un canal. Estos asesinatos desatan una ola de protestas violentas en todo el país, que se extienden hasta mayo 1919, y cuya represión militar lleva a varios miles de muertos.



# Notas

[1] «La marcha de seis semanas...» se refiere a los planes del Estado Mayor alemán, dirigido por Helmut von Moltke, quien pretendía ganar la guerra en dos etapas:

1ª) derrotando e invadiendo Francia en un ataque rápido (seis semanas); 2ª) enviando luego todos los contingentes de tropas al frente oriental. <<

[2] Nombre del crucero alemán (Pantera) que fue enviado a Agadir en 1911. <<

[3] Se refiere a los 555 delegados al Congreso de Basilea, que representaban a 23 naciones. <<

[4] Se trata de un juramento de los antiguos confederados suizos. <<

[5] La votación de la fracción parlamentaria del SPD en el Reichstag a favor de los créditos de guerra. <<

[6] Revista humorístico-satírica de la socialdemocracia alemana. <<

[7]*Norddeutscher Reichstag*. El parlamento de Alemania del Norte. <<



[8] Bethmann-Hollweg, Theodor von (1856-1921), canciller alemán desde 1909 hasta 1917. Partidario originariamente —durante la Primera Guerra— de una política de entendimiento (*Verständigungsfriede*), fue cediendo poco a poco a las presiones nacionalistas y expansionistas. <<

[9] Se refiere a la tradición socialista alemana, ya iniciada por Marx en tiempos de la *Nueva Gaceta del Rin*, que mantenía la necesidad de que la revolución alemana derrotase militarmente al despotismo ruso como condición para asegurar el desarrollo revolucionario en Europa. <<

[10] Se refiere al documento recortado y manipulado que Bismarck dio a la publicación acerca de las conversaciones en Bad Ems entre Benedetti y Guillermo I y que tuvieron como contenido la exigencia de garantías planteada por Napoleón III respecto a la renuncia del príncipe Leopoldo von Hohenzollern a sus pretensiones al trono español. La publicación de este documento fue la causa de que Francia declarase la guerra a Alemania. Al menos la oficialmente dada. <<

[11] Hecho consumado. En francés en el original. <<

[12] León de Belfort. En francés en el original. <<

[13] Acorazados y superacorazados. En inglés en el original. <<

[14] El Partido Nacional Liberal se fundó en 1866-1867, compuesto por grupos liberales que apoyaban la política de Bismarck. Su base estaba formada por la gran burguesía y las clases medias urbanas. Obtuvo —en su período de mayor alza— el 30% de los votos en 1871. A partir de entonces, fue oscilando en torno al 13% en todas las demás elecciones. <<

[15] Centro. De su verdadero nombre, *Deutsche Zentrumspartei*. Se fundó en 1870 como expresión del catolicismo alemán. Antes de 1919 el centro solía tener del 20 al 25% de los escaños en el Parlamento. <<



[16] Referencia a la política naval inaugurada por Alfred von Tirpitz, que culminó en un ambicioso plan de construcción naval, iniciado en 1898. <<

[17] El nombre viene de que, en ese año, las sublevaciones de nativos del África suroccidental alemana fueron aplastadas con singular crueldad por las tropas alemanas. El SPD denunció el carácter inhumano de la represión, levantando una oleada de furor patriótico. <<

[18] Bülow, Bernhard von (1849-1929), canciller alemán de 1900 a 1909, artífice del llamado «bloque de Bülow», que reunía a conservadores y liberales nacionales frente al Centro. Partidario de una política de expansión imperialista que, sin embargo, no chocara con los intereses de Francia e Inglaterra. <<

[19] Se refiere al régimen implantado en Turquía por el Partido de los Jóvenes Turcos, tras la sublevación de Salónica de 1908, dirigida por Enver Pachá y que destronó al sultán Abdul Hamid. <<

[20] La posición de Marx en lo relativo a Turquía durante la guerra de Crimea estuvo muy influida por los criterios de Urquhart, entonces embajador británico en el imperio otomano, furibundo enemigo de Rusia —como Marx— y partidario de un fortalecimiento de Turquía. <<

[21] El 3 de diciembre de 1912, después de la guerra de los Balcanes, el orador de la fracción socialdemócrata del Reichstag, David, exponía: «Ayer se apuntó aquí que la política alemana en Oriente no era culpable del desmoronamiento de Turquía, que la política alemana en Oriente ha sido acertada. El señor canciller del Reich opinó que habíamos prestado buenos servicios a Turquía, y el señor Bassermann dijo que habíamos inducido a Turquía a realizar razonables reformas. Sobre este último punto no estoy al corriente de nada (animación entre los socialdemócratas); y también los buenos servicios quisiera ponerlos en tela de juicio. ¿Por qué se ha derrumbado Turquía? Lo que allí se derrumbó fue un régimen de nobles terratenientes, similar, al que tenemos en los territorios prusianos a la orilla oriental del Elba, en Ostelbien (“¡Muy bien!” entre los socialdemócratas; risas por parte de la derecha). El derrumbamiento de Turquía es un fenómeno paralelo al del derrumbamiento del régimen feudal de la Manchuria china. Los regímenes feudales parece ser que se acercan paulatinamente a su fin (exclamaciones de los socialdemócratas: “¡Ojalá!”); ya no corresponden a las exigencias del mundo moderno».

Dije que las relaciones en Turquía se asemejan un cierto grado a las de Ostelbien (Este del Elba). Los turcos son una casta gobernante de conquistadores, sólo una pequeña minoría. Junto a ellos hay además no turcos, que han adoptado la religión mahometana; pero los verdaderos turcos ancestrales son sólo una pequeña minoría, una casta guerrera, una casta que se ha apoderado de todos los puestos claves, como en Prusia, en la administración, en la diplomacia, en el ejército; una casta cuya posición económica se apoyaba en un gran latifundio, en el poder sobre obedientes campesinos, precisamente como en Ostelbien; una casta que, frente a esos siervos tributarios, de origen extranjero y de religión extranjera, frente a los campesinos búlgaros y serbios, mantuvo la misma despótica y brutal política que nuestro *espahí* (*Espahís*: soldados de la caballería turca y del ejército francés en Argelia) en Ostelbien (animación). Mientras Turquía poseía una economía natural, esto funcionaba; pues en tales condiciones resultaba soportable, en cierto modo, un tal régimen feudal, ya que el señor feudal no se dedica de manera tan despiadada a sacarle el jugo a sus súbditos tributarios; cuando éste puede comer y beber y vivir bien se encuentra satisfecho. Pero en el momento en que Turquía, por el contacto con Europa, llegó a poseer una economía moderna monetaria, la operación del señor feudal turco sobre sus campesinos se hizo cada vez más inaguantable. Se llegó a una explotación excesiva de ese campesino, y una gran parte de los campesinos fue reducida a la categoría de mendigos; muchos se hicieron bandidos. ¡Éstos son los *komitashis*! (risas por parte de la derecha). Los señores feudales turcos no sólo mantuvieron la guerra contra el enemigo extranjero, no, por debajo de esa guerra contra el enemigo extranjero se ha producido en Turquía una revolución campesina.

Esto fue lo que le partió las costillas a los turcos, ¡y esto ha provocado la caída de su sistema feudal!

Y cuando se dice que el gobierno ha proporcionado allí buenos servicios...; pues bien, los mejores servicios que hubiera podido prestar a Turquía, y también al joven sistema turco, esos servicios no los ha prestado. Hubiese podido aconsejarles la realización de las reformas que estaba obligada a llevar a cabo Turquía por el Protocolo de Berlín, liberando a los campesinos, tal como hiciera Bulgaria y Serbia. ¡Pero cómo podía hacer esto la diplomacia feudal prusiano-alemana!

... Las instrucciones que recibió el señor mariscal de Berlín no podían estar dirigidas a prestarle realmente buenos servicios a los Jóvenes Turcos. Lo que les llevó —no quiero hablar aquí de los asuntos militares— fue un cierto espíritu que fue inculcado a la oficialidad turca, el espíritu del «elegante oficial de la guardia» (animación entre los socialdemócratas), un espíritu que tan funestas consecuencias tuvo para el ejército turco en esa lucha. Se cuenta que se han encontrado cadáveres de oficiales con botas de charol. Elevarse por encima de la masa del pueblo, sobre todo por encima de la masa de soldados, esa arrogancia infinita del oficial, ese ordeno y mando, ha extirpado de raíz la relación de confianza en el ejército turco, y con esto se comprende que ese espíritu haya contribuido a provocar la descomposición interna del ejército turco.

Señores, con respecto a la cuestión de quién es el culpable del desmoronamiento de Turquía, tenemos una opinión distinta. La ayuda de un cierto espíritu prusiano no ha provocado sólo el derrumbamiento de Turquía, naturalmente que no, pero ha contribuido a ello, lo ha acelerado. En el fondo se trató de causas económicas, tal como he expuesto«. (Nota de la Autora). <<

[22] El golpe de Estado de 1912, que abolió la Constitución, se dio al socaire de la guerra de Turquía contra Italia a causa de Trípoli. <<



[23] Se refiere a la denota de Turquía en la primera guerra de los Balcanes, frente a la liga compuesta por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro. <<

[24] Turquía intervino, junto con Rumania, Grecia y Montenegro, a favor de Serbia, atacada por Bulgaria. <<

[25] Se refiere a la conferencia que se celebró en 1906 (no en 1905), por la que Alemania reconocía el predominio de Francia en el norte de África. <<

[26] La ruidosa campaña difamatoria mantenida durante años en los círculos de los imperialistas alemanes en torno a Marruecos no era lo más recomendable para aplacar las inquietudes de Francia. La Unión Panalemana defendía abiertamente el programa de anexión de Marruecos, escrito naturalmente como una «cuestión vital» para Alemania, y difundió su panfleto, por su presidente Heinrich Class, titulado ¡Marruecos occidental, alemán! Cuando, después del comercio del Congo, el profesor Schiemann trató de defender en el *Kreuzzeitung* el arreglo del Ministerio de Relaciones Exteriores y la renuncia de Marruecos, el *Post* cayó sobre él de la siguiente manera:

El profesor Schiemann es ruso de nacimiento, y hasta quizá ni siquiera de puro origen alemán. Nadie le puede reprochar por eso que se muestre frío y cínico ante cuestiones que afectan de la manera más sensible la conciencia nacional y el orgullo patriótico que palpitan en el pecho de todo alemán del Reich.

El juicio de un extranjero, que habla del latido del corazón patriótico y del doloroso estremecimiento del alma acongojada del pueblo alemán, como si fuesen una pasada fantasía política y una aventura de conquistadores, ha de despertar en nosotros nuestra justa ira y nuestro desprecio tanto más por cuanto ese extranjero, en su calidad de catedrático de la Universidad de Berlín, goza de la hospitalidad del Estado prusiano. Pero nos ha de invadir un profundo dolor ante el hecho de que ese hombre que en el órgano dirigente del partido germano-conservador se atreve a calumniar de tal forma los sentimientos más sagrados del pueblo alemán, sea maestro y consejero de nuestro Kaiser en cuestiones políticas y —con derecho o sin él— sea considerado como el portavoz del Kaiser«. (N. de la A.) <<

[27] En enero de 1908 escribía, siguiendo la prensa alemana, el político liberal ruso Peter von Struve: «Ya ha llegado el momento de decir que sólo hay un camino para crear una gran Rusia, y éste es: la orientación de todas las fuerzas hacia un terreno que es accesible a la influencia real de la cultura rusa. Este territorio es toda la cuenca del mar Negro, es decir, todos los países europeos y asiáticos que tienen acceso al mar Negro. Aquí poseemos, para nuestro dominio económico imbatible, una base real: hombres, carbón y hierro. Sobre esta base real —y sólo sobre ella— puede crearse, mediante un incansable trabajo cultural, que ha de ser apoyado en todas las direcciones por el Estado, una gran Rusia económicamente poderosa».

A comienzos de la actual guerra mundial escribía el mismo Struve todavía antes del ataque de Turquía: «Entre los políticos alemanes surgió una política turca autónoma que se condensó en el programa y en la idea de la egiptización de Turquía bajo la protección de Alemania. El Bósforo y los Dardanelos tendrían que convertirse en un Suez alemán. Antes de la guerra ítalo-turca, que echó a Turquía de África, y antes de la guerra de los Balcanes, que casi arrojó a los turcos de Europa, surgió claramente a Alemania la siguiente tarea: mantener Turquía y su independencia en interés del fortalecimiento económico y político de Alemania. Después de las mencionadas guerras esa tarea sólo cambió en la medida en que salió a relucir la extraordinaria debilidad de Turquía: bajo esas circunstancias, una alianza ha de convertirse de facto en un protectorado o en un tutela e que ha de llevar al imperio otomano al nivel de Egipto. Pero está completamente claro que un Egipto alemán en el mar Negro y en el mar de Mármara sería completamente intolerable desde un punto de vista ruso. No es de admirarse, pues, que el gobierno ruso protestase inmediatamente contra aquellos pasos encaminados hacia una política tal, particularmente contra la misión del general Liman von Sanders, e no sólo reorganizó al ejército turco, sino que también habría de mandar un cuerpo del ejército en Constantinopla. Formalmente recibió Rusia satisfacciones en esa cuestión, pero en realidad la cuestión no cambió lo más mínimo. Bajo tales circunstancias se aproximaba en diciembre de 1913 una guerra entre Rusia y Alemania: el caso de la misión militar de Liman von Sanders había descubierto la política de Alemania dirigida a la ‘egiptización’ de Turquía».

Esa nueva orientación de la política alemana hubiese bastado para provocar un conflicto armado entre Alemania y Rusia. O sea, que en diciembre de 1913 entramos en una época de maduración de un conflicto que tenía que adquirir inevitablemente el carácter de un conflicto mundial«. (N. de la A.) <<

[28] En el panfleto imperialista *¿Por qué la guerra alemana?* leemos: «Rusia ya ha tratado antes de engatusarnos, ofreciéndonos a nosotros, alemanes y austriacos, a aquellos 10 000 000 de alemanes que tuvieron que quedar fuera de nuestra unificación nacional de 1866 y 1870-1871. Si les entregáramos a la vieja monarquía de los Habsburgo, podríamos obtener la recompensa por la traición». (N. de la A.) <<

[29] El *Kolnische Zeitung* escribía después del atentado de Sarajevo, es decir, en vísperas de la guerra, cuando las cartas de la política alemana oficial no habían sido descubiertas todavía:

«Quien no esté al tanto de la situación se preguntará por qué Austria, pese a los favores que le ha hecho a Bosnia, no sólo no es querida en el país, sino directamente odiada por los serbios, que constituyen el 42% de la población. La respuesta sólo la sabrá el verdadero conocedor del pueblo y de las condiciones en él imperantes: el forastero, el habituado a los conceptos y hechos europeos, se quedará sin entenderlo. La respuesta es clara y sencillamente: la administración de Bosnia estaba completamente equivocada en su orientación y en sus ideas básicas, y de ello tiene la culpa el desconocimiento vituperable que impera todavía hoy, después de más de una generación (desde la ocupación), sobre los hechos reales en el país». (N. de la A.) <<

[30] *Warum es der deutsche Krieg ist?* (¿Por qué la guerra alemana?) pág. 18. El órgano de la camarilla del duque, *Gross-Oesterreich*, escribía semana tras semana incendiarios artículos en el siguiente estilo:

‘Si se quiere vengar la muerte del duque y príncipe heredero Francisco Fernando de una forma digna de su manera y sentir, entonces habrá que cumplir lo más rápidamente posible el legado político de esta víctima inocente del funesto desarrollo de las relaciones en el sur del imperio.

»Desde hace seis años esperamos la resolución final de todas las tensiones agobiantes que sentimos con tan insoportable pena en toda nuestra política. Porque sabemos que sólo con una guerra puede nacer la Austria nueva y grande, la gran Austria feliz que libere a sus pueblos, por eso queremos la guerra. Queremos la guerra porque tenemos la íntima convicción de que sólo mediante una guerra podrá ser alcanzado nuestro ideal de una forma radical y repentina: una gran Austria, en la que la idea estatal austriaca, la misión austriaca de llevar a los pueblos de los Balcanes la libertad y la cultura, florezca bajo el resplandor de un futuro grande y feliz

»Desde que el Gran hombre está muerto, cuya fuerte mano y cuya indomable energía hubieran creado de la noche a la mañana una Gran Austria, desde entonces la guerra es nuestra única esperanza.

»¡Es la última carta a la que nos lo jugamos todo!

»La gran excitación que impera en Austria y en Hungría contra Serbia, desde ese atentado, conducirá quizá a la explosión contra Serbia y, en su curso ulterior, también contra Rusia.

»El duque Francisco Fernando fue el único que pudo preparar, aunque no pudo realizarla, esa gran idea imperial. Ojalá sea su muerte la ofrenda que era necesaria para que se extendiera la llama imperial sobre toda Austria». (N. de la A.) <<



[31] «Naturalmente, en los círculos de la política alemana se estaba informado de esto, y ya hoy no se revela ningún secreto al decir que, al igual que las otras flotas europeas, también las fuerzas navales alemanas se encontraban en aquel entonces en un inmediato estado de preparación bélica» (Rohrbach, *Der Krieg und die deutsche Politik*, pág. 32. La guerra y la política alemana). (N. de la A.) <<

[32] Rohrbach, *Der Krieg und die deutsche Politik*, pág. 41. (N. de la A.) <<

[33] *Ibidem*, pág. 83. (N. de la A.) <<

[34] A consecuencia de la guerra de Crimea (1853-1856) Rusia perdió importancia en Europa a favor de Francia, alterándose con ello el equilibrio de los Estados europeos.

<<

[35] Se refiere a la caída de Sebastopol en manos de los aliados, lo que, prácticamente, supuso el fin de la guerra de Crimea. <<

[36] Se refiere a la estrepitosa derrota de Prusia en octubre de 1806, que supuso el hundimiento militar y general del Estado prusiano ante Napoleón I. <<

[37] Se refiere a un proceso en junio de 1904 contra varios socialdemócratas, en la ciudad de Konisberg, bajo la acusación de pertenecer a una sociedad secreta, de haber cometido alta traición y de haber pasado documentación revolucionaria a Rusia. <<

[38] Se refiere a la represión de los obreros de las minas de Lena el 4 (17) de abril de 1912: 200 muertos y cerca de 300 heridos al disparar la policía contra una manifestación que pedía la libertad para el comité de huelga. <<



[39] Se refiere a las comisiones nombradas por el gobierno alemán, encargadas de llevar adelante la política de germanización de los territorios polacos. <<

[40] Gotz von Berlichingen (1480-1562): caballero franco que se sumó a la sublevación campesina de 1525, siendo uno de sus dirigentes y traicionándola en el momento decisivo. La referencia de Rosa Luxemburgo es a la obra de teatro de Goethe. <<

[41] Véase el artículo del órgano del partido de Nuremberg, reproducido en el *Echo* de Hamburgo el 6 de octubre de 1914. (N. de la A.) <<

[42] El *Chemnitzer Volksstimme* escribía el 21 de octubre de 1914: «En todo caso, la censura militar en Alemania es, en su conjunto, más honrada y razonable que en Francia o Inglaterra. El griterío sobre la censura, tras la cual sólo se oculta la carencia de una firme actividad ante el problema de la guerra, sólo ayuda a los enemigos de Alemania a difundir la mentira de que ésta sea una segunda Rusia. El que crea seriamente que bajo la actual censura militar no puede escribir de acuerdo a sus convicciones, que deje la pluma y se calle». (N. de la A.) <<

[43] Jacoby, Johann (1805-1877), médico y político alemán, perteneciente a la izquierda de la Asamblea Nacional de 1848. Posteriormente enemigo de la política de Bismarck y miembro del partido socialdemócrata alemán. <<

[44] Se refiere al Tratado de paz del 10 de mayo de 1871, firmado en Frankfurt. <<

[45] Véase nota 9. <<

[46] En francés en el original. <<



[47] Al comienzo de la guerra, Bélgica fue invadida por las tropas alemanas, lo que formaba parte del plan de conquista de Francia. <<

[48] «Si, pese a todo, la fracción socialdemócrata del Reichstag aprueba ahora por unanimidad los créditos de guerra —escribía el órgano del partido de Munich el 6 de agosto—, si manifiesta sus más ardientes deseos de éxito a todos los que parten a la defensa del Reich alemán, esto no representa una ‘maniobra táctica’, sino que es la consecuencia completamente natural de la actitud de un partido que siempre estuvo dispuesto a poner un ejército popular para la defensa de la patria en el lugar que le parecía más la expresión del dominio de clases que de la voluntad de defensa de la nación contra desvergonzados ataques». ¡¡Parecía!!... En el *Neue Zeit*, la guerra actual ha sido elevada directamente a la categoría de «guerra popular», y el ejército existente a la de «ejército popular» (véanse núms. 20 y 23 de agosto y septiembre de 1914). El escritor de temas militares socialdemócrata, Hugo Schulz, ensalza en su crónica de guerra del 24 de agosto de 1914 el «fuerte espíritu de milicia» que se encuentra «vivo» en el ejército de los Habsburgo (¡¡). (N. de la A.) <<

[49] ¿Pues qué? ¿Estas cohortes extranjeras / impondrán la ley en nuestros hogares?

<<

[50] Luxemburgo, R., *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, Págs. 64 y 65. <<

[51] En francés en el texto: «fuerza mayor». <<

[52] Se refiere a las aldeas ficticias que el ministro Potemkin «creaba» para satisfacción de la zarina, cuando ésta iba de viaje. <<